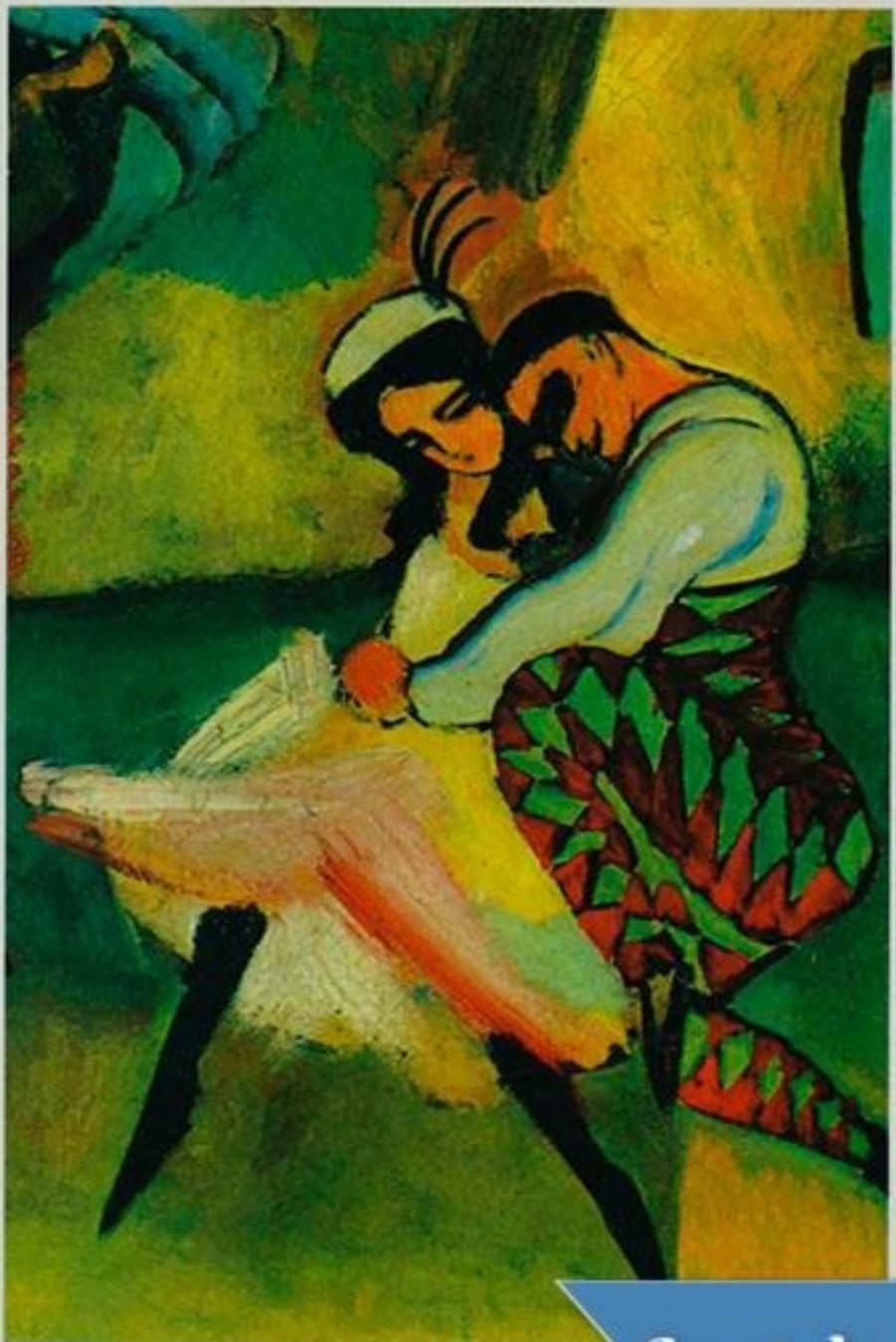


se

Susana Fortes

Tiernos y traidores



Lectulandia

Ante los ojos de la adolescencia, el mundo, de repente, se revela como una promesa y nada parece más inmediato que la satisfacción de todos los deseos. La belleza oculta la trama de su misteriosa complejidad y se derrama como un bálsamo sobre los sentimientos. Pero la ternura de esta edad primera es al mismo tiempo la trampa que hace a los adolescentes seres vulnerables, criaturas dispuestas para el gran sacrificio ineludible: la traición, la decepción.

Inés vuelve a la ciudad natal y siguiendo sus pasos ve surgir, con la fuerza de una resurrección temible, los fantasmas del pasado. En los lugares y en los objetos se han depositado las imágenes de una historia que quería olvidar, pero las voces de aquella tragedia dan vida al murmullo de los remordimientos.

Ella misma, enamorada de Lancelot, su impecable profesor de literatura; Byron, poeta precoz, bohemio furioso, corazón despechado; Martín, testigo pasivo, culpable secreto, vuelven a vivir la historia de lo que quizá hubieran sido los mejores años de su juventud.

El tema de «Tiernos y traidores», que Susana Fortes resuelve con esmerada maestría, es un tema de importancia esencial que ha dado grandes obras a la narrativa contemporánea, desde «Les enfants terribles» de Cocteau hasta «A este lado del paraíso de Scott Fitzgerald».

Con penetrante agudeza psicológica, con escritura conmovedora y conmovida, dando a las palabras su resonancia poética y su emoción original, Susana Fortes cuenta una historia que muchos hemos vivido.

Lectulandia

Susana Fortes

Tiernos y traidores

ePub r1.0

Titivillus 26.04.2018

Susana Fortes, 1999
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Proyecto Scriptorium

Titivillus



se
epublicre

5

Aniversario

Edición conmemorativa

Más libros, más libres

*A mi abuelo Isaac, de quien
heredé la fe en los augurios*

*A mi hermano Carlos, que
habita en el castillo de arena donde
empezó la infancia, en las tardes
sin tiempo, junto al mar.*

IN MEMORIAN

*Nieva y todos en la ciudad
quisieran cambiar de nombre*

JORGE TEILLIER

GÉNESIS. AL PUNTO APARECIÓ LA AURORA, DE ROSADOS DEDOS

Es muy temprano. Poco antes del amanecer.

Todas las ciudades resultan extrañas a esta hora.

Todavía no hay en el cielo ningún color que pueda nombrarse. Los distintos tonos están en suspenso, a la espera de que despunte el día.

El silencio también forma parte de la misma extrañeza, un silencio que flota entre las calles como la neblina, envolviéndolas con su hechizo. Pausa o lentitud.

La vivienda está en el quinto piso de un edificio modernista, en el casco viejo de la ciudad. El suelo, de listones de madera, cruje ligeramente. Al fondo del pasillo se ve una habitación franqueada por una puerta de doble hoja con la parte superior acristalada. Al abrirla, sorprende la rara penumbra de la estancia, sombras que van adueñándose de sus contornos confusos hasta delimitar con precisión el perfil de los objetos, la distancia entre ellos, su color, en una gradación casi imperceptible. La luz es ahora crepuscular, gris y anaranjada, no se parece a ninguna otra. Las persianas están completamente levantadas y puede percibirse el desorden general: libros apilados en el suelo, periódicos viejos, recibos atrasados. Quien aquí vive, habita el caos. Sobre la mesa hay un ejemplar de *Las flores del mal*, varios folios escritos a mano, dos tazas vacías sobre una bandeja de mimbre, diversos artículos que parecen proceder de tierras lejanas: una máscara africana, dos dragones de papel de seda, un candelabro de siete brazos, cajas de madera de diferentes tamaños, un pequeño Ford T de latón y numerosos afiches en miniatura desperdigados sin ningún criterio. Pero, sobre todas las cosas, destaca por su tamaño y situación una fotografía ampliada y enmarcada en madera noble. De ella emana esa fascinación que ejercen algunas imágenes cuando poseen un particular resorte interior, una especie de memoria o presentimiento que las sostiene. De ese modo, el que la observa con atención puede encontrarse trasladado de pronto ante el paisaje retratado, percibir las diferentes tonalidades que tienen las montañas, sentir la brisa que agita las copas de los árboles, contemplar la palidez del cielo, el color tostado de la tierra, y pararse en las figuras de los tres adolescentes que centran la composición hasta escuchar con precisión el impacto conciso del disparo que anticipa la imagen (clic).

En la foto, dos amigos sonríen haciendo el signo de la victoria y una mujer rubia, casi una niña, marca justo el centro del encuadre. La cámara, una Nikon automática, es disparada desde una posición más elevada, quizá el fotógrafo estaba encaramado a lo alto de una roca. Uno de los chicos, el más alto, se llama Byron. Tiene la cara angulosa, las cejas pobladas y oscuras, bien perfiladas, con tendencia a juntarse, lo que le da a su gesto un aire hosco y arrogante muy adolescente, reforzado por los ojos, de un brillo intenso, que miran vigilantes a la cámara con una expresión entre selvática y curiosa. La apariencia bravía de la parte superior del rostro contrasta, sin embargo, con el mentón hendido por un pequeño hoyuelo y con la boca, todavía infantil, de labios anchos y sensuales que se abren en una sonrisa algo nerviosa pero franca. Esta contradicción no tiene por qué significar que el muchacho esté fingiendo, aunque tampoco se descarta esa posibilidad. Es tan joven, que probablemente aún no ha decidido quién quiere ser, ni ha tenido tiempo de elegir un destino, ni tan siquiera de poseer un pasado. Lleva una camisa blanca abierta y un jersey de lana echado descuidadamente sobre los hombros, la pierna izquierda está cruzada sobre la derecha en la que se apoya todo el peso del cuerpo, dando la impresión de un equilibrio inestable. El brazo derecho está flexionado para subrayar el gesto en V de los dedos índice y corazón. No sabemos de qué victoria se trata. Tal vez se refiera a un partido de fútbol, o a una apuesta ganada, o quizá no sea más que una actitud con la que se pretende predisponer al azar. El pelo, abundante y desordenado, le cae en un mechón ondulado sobre un lado de la frente acentuando el aspecto general de rebeldía (sin duda todavía cree en la inmortalidad). Tiene un aire marcadamente romántico y agitanado, por todo eso lo de Byron, mucho más apropiado en cualquier caso que su verdadero nombre. Se diría que la imagen resulta de un inconformismo demasiado estudiado, como si estuviera ensayando una pose. Sin embargo, hay en él algo que da sensación de autenticidad, que lo hace entrañable, a pesar suyo. Una especie de sugestión de carácter o complicación, algo que tal vez anunciaba lo que iba a pasar después.

El otro es Martín, no se podría precisar con exactitud la edad que tiene, pero por su apariencia de aplomo y responsabilidad, parece bastante mayor que sus amigos, aunque probablemente no lo sea. Podría decirse que es un muchacho bien parecido, quizá demasiado delgado, de facciones proporcionadas y expresión amable aunque con un ligero matiz de confusión o sorpresa, al que contribuye el estrabismo casi imperceptible de los ojos, la mirada parece interesada en algo lejano, como dirigida hacia el futuro. Tal vez usa gafas y se las ha quitado, en un arranque de coquetería, para la foto. El pelo es liso, de color castaño claro, perfectamente recortado en capas superpuestas. La debilidad aparente de la barbilla queda desmentida por dos pequeñas arrugas verticales que limitan la comisura de los labios dándole a su sonrisa una impronta resolutiva, como si más que una sonrisa fuera una manera de estar en el mundo (probablemente, no le importa ser inmortal, sino seguir viviendo). Tiene las piernas ligeramente abiertas y los pies colocados hacia afuera buscando el ángulo de

equilibrio. El brazo izquierdo está extendido hacia adelante con decisión y es con este brazo con el que hace el signo de la victoria. Lleva una camisa a rayas y un jersey azul marino de pico, que por el tipo de punto parece tejido a mano. Al contrario que Byron, posee un aire más bien dócil pero lo matiza una ligerísima expresión de agobio que se deduce del aura de seriedad que lo envuelve y que no consigue disipar la incipiente sonrisa. Se diría que el muchacho soporta una carga excesiva, como si se le estuviera exigiendo demasiado. Con todo, la expresión general de su rostro es afable y respetuosa. Posiblemente su rasgo más inescrutable y el que suscita más inquietud, sea la frente, con dos surcos transversales impropios de su edad y una tendencia a cargarse sobre las cejas, con preocupación o pesar, lo que despierta la sospecha de que podría tratarse de alguien que oculta un secreto, o quizá solamente de alguien que está obligado a guardarlo.

La mujer no es exactamente nada, se llama Inés, nombre literario, tal vez sueña con ser escritora. La escritura, si le llega, lo hará como el viento, de una manera invisible, sin saber. En la fotografía, los ojos dominan la expresión del rostro, son rasgados, no se aprecia bien el color aunque parecen claros, quizá verdosos o moteados, translúcidos pero no inocentes, ya que están remarcados por unas ojeras prematuras que los ensombrecen y le confieren un aire quiromántico, profundamente turbador. Podría decirse que hay en su mirada algo irremediable, una influencia tumultuosa de río desbordándose (pero tal vez ella aún no lo sabe). La piel tiene una apariencia saludable y sonrosada, como vivificada por el aire de la montaña. La boca recuerda a la de Ingrid Bergman, el labio inferior ligeramente más carnoso que el superior, lo que puede indicar sensualidad o impaciencia, los dientes son pequeños y bien formados pero los dos delanteros están separados por una ranura perfectamente visible, lo que le da a la sonrisa un aspecto travieso, tal vez este detalle indica, como se creía antiguamente, que le gusta mentir. El viento le despeina levemente el pelo, de un color rubio arena, desparramado por los hombros. Lleva puesta una blusa azul pálido muy ajustada que le marca el contorno del pecho, unos tejanos y un jersey blanco atado a la cintura; su indumentaria y la elegancia del porte revelan un sello indiscutible de clase. Su actitud es cómoda y desenvuelta, no hay en ella ningún indicio de tensión de no ser por esa vibración casi imperceptible de las aletas de la nariz, que deja adivinar una inquietud fragilísima, tal vez algo que ignora pero que presiente. Su imagen centra el espacio visual e irradia a su alrededor una presencia física muy poderosa. La luz es blanca, casi transparente, como de seda. Al fondo se recorta el perfil lejano de las montañas con tonalidades terrosas y malvas. Los árboles de la derecha, de ramaje negruzco, parecen hundidos en una humedad vegetal. Los tres jóvenes tienen las cabezas muy juntas y sus brazos están entrelazados a la altura de los hombros en un gesto de camaradería y al mismo tiempo de expectación, algo contenido que todavía no se sabe lo que es. Téngase en cuenta, para su descargo, que aún hay en sus vidas una parte ignorada y tienen otra cosa en común: un gusto por la espera en la que se demoran como si fingieran tener tiempo. Da la impresión de que

son buenos amigos, quizá están influidos por el prestigio novelero de algunas lecturas, y buscan parecer una especie de mosqueteros, en cualquier caso, seguro que están acostumbrados a fabular. En todos ellos hay cierto fingimiento, pequeños detalles sin importancia. Pero quien observa una falsedad se siente inclinado a pensar que puede haber más. Aunque a lo mejor se trata simplemente de una impostura propia de la edad, que probablemente les viene de la creencia en que todavía están a tiempo de decidir el papel que van a representar en el mundo y por la misma razón les predispone a ensayar la pose, a inventarse. Tal vez por eso les van a ocurrir cosas.

Todas las posibilidades estaban fijadas ya ahí, en esa osadía con la que se anticipan al tiempo, a los hechos. Una fotografía, además de la materialización de un recuerdo, puede también tener algo de premonición. Es extraño vivir con el peso de los recuerdos, no son como la vida, sin embargo la conforman. No explican el misterio, pero lo encierran. No nos preservan de nada, pero sus vaticinios son promesas que tarde o temprano acaban por cumplirse.

Quizá analizando con detenimiento la instantánea podamos descifrar el acertijo de estas vidas, entender el ademán o la actitud que adoptaron un día determinado, en un momento, las palabras que dijeron o callaron, las decisiones que llevaron a cabo y las que no fueron capaces de tomar, el detalle minúsculo que introdujo una conspiración en el destino. Porque los tres muchachos tienen la cualidad inmutable de quienes viven, aunque no lo sepan, con arreglo a un designio que les fue fijado en la adolescencia. Por eso podría decirse que empezó todo allí, entonces, con esa bruma que baja de la montaña y, poco a poco, irá invadiéndolo todo y con tres semblantes todavía intactos como tres cartas con las que cada uno ha de hacer frente a su historia.

No era mucho, sólo un comienzo.

INÉS REGRESA A SANTALÉN Y HAY AUGURIOS QUE NAVEGAN POR EL CIELO

Hotel Reina Victoria, junto a la plaza de la Independencia. Dos de la madrugada.

Me había prometido no volver a pensar nunca en él, pero regresar al espacio de un sueño nos deja indefensos, mucho más a merced del azar que de nuestras promesas. Es curioso, cuando era una niña me gustaba adoptar como míos los recuerdos de otros que habían vivido antes que yo, estar siempre donde no estaba, en otro lugar, con otro nombre. Creo que lo que me fascinaba de los viajes era lo que tenían de posibilidad remota, como si el cielo de los lugares desconocidos pudiera serme más propicio. Quizá los juegos de aquella época preludiaban ya en mí, en nosotros, una cierta cualidad de extranjeros, no sólo en el sentido del pasaporte, sino en un sentido más profundo como son extranjeros los personajes de las novelas de Stevenson o de Conrad, más bien por algo que no les ha sido concedido o que están condenados a buscar. Entonces no hubiera podido imaginar lo que ahora recuerdo.

Durante el vuelo, recostada contra la ventanilla y arropada con una manta de cuadros, pude apreciar el volumen de las nubes escarpadas y cristalinas agrupadas como formaciones de cuarzo bajo el fuselaje del avión; el cielo, en sus extremos, adquiriría pigmentos irisados, halos verde lima, brillos púrpura de una rareza extraordinaria. Parecía un paisaje glacial, la luz atravesando la atmósfera y cristalizándose contra el hielo. Siempre he pensado que la belleza tiene una fuerza enigmática que nos hace perder el sentido del tiempo, su principio de continuidad. Pedí un *whisky* doble a la azafata y de repente sentí la necesidad de defenderme de aquella potencia luminosa que me dañaba la vista. Cerrar los ojos fue como llamar al sueño y encontrarme de vuelta ante un espejo, regresando. Pensé en sus manos, la forma en la que las movía cuando nos explicaba algo en clase, el gesto de pasarse los dedos entre el pelo o de subirse las mangas del jersey, su manera desgarbada de andar por los pasillos del instituto, cargado siempre con libros, con un cierto aire de descuido; recordé su voz, la pasión que era capaz de manifestar por las palabras y, al hacerlo, experimenté el incipiente malestar de la memoria, ese olor a muerte que nos impregna cuando irrumpimos en una cámara sellada. Y supe que ya nada podría

librarme de ese legado.

Después el avión perdió altura y fueron apareciendo ante mí, la extensión inclinada de los cultivos, los pinares negros, el río serpenteando en la bruma hacia las aguas gris-plata de la bahía; vi las azoteas y la alta línea de los tejados que se extendían como bosques de antenas recibiendo el último sol de la tarde, los coches diminutos, en hilera por la carretera de la costa, el perfil de los edificios recortándose contra un cielo de claridades cenicientas que, de pronto, se estremeció bajo el rugido de los motores cuando el aparato inició el último descenso para enfilear la pista de aterrizaje. He vuelto a esta ciudad, no sólo para encargarme de los trámites de la casa, sino para recuperar, dieciocho años después, la parte de historia que me pertenece.

Desde la habitación del hotel contemplo el contraluz de una tarde de octubre y pienso que hay maneras de estar y de no estar en ninguna parte. Techos altos, cristales esmerilados y en la calle, las hojas caídas de los plátanos son islas amarillas sobre la acera gris. Echo de menos la música que tocaba antes Ramiro, el acordeonista del café Central, ya no recuerdo la melodía, pero era dulce y suave como encontrar viejas fotografías en un baúl. Si ahora pudiera pedir un deseo, elegiría que estuviéramos los tres juntos, Byron, Martín y yo, en esta misma habitación, igual que cuando nos reuníamos en el desván de la calle Núñez de Balboa. Dormirme así, como entonces, contando historias en voz baja.

Un deseo es un fogonazo de magnesio en la noche y algunas noches los deseos pueden cumplirse porque hay estrellas fugaces que surcan el cielo con más rapidez que el tiempo que se tarda en decir «Ojalá». Pero es bueno tener cuidado por si acaso las palabras se hacen realidad y llegan por un atajo o se pierden al llegar. ¿Qué iba a ser entonces de los sueños? Entonces, cuando las cosas ya son lo que son y no lo que serían, lo que hubieran sido, lo que podrían ser, tan bellos íbamos a ser y después... Ésa es mi teoría: no hay peor desdicha que la de un deseo que se cumple. Bueno, tal vez no sea una teoría, sino una especie de vaticinio, algo que puede tener que ver con la disposición de los astros el día en que yo nací bajo el signo de Escorpión: madrugada de nieve (hada blanca que se acerca a la cuna de las niñas para helarles el corazón). Un deseo es la atmósfera de celofán que lo envuelve todo llamativamente, igual que se envuelve un regalo. Lo mejor de la noche de Reyes eran las pisadas de los camellos en el sendero del jardín, buscar sus huellas en la tierra cubierta por la primera escarcha, descubrir que los viajeros de Oriente habían bebido de las tres copas que reposaban sobre la mesa del recibidor, encontrar los zapatitos pequeños de cada uno, bien embetunados para la ocasión y abrir mucho los ojos. Hasta ahí, el deseo. Después el presunto sueño concluye, los juguetes se estropean y todo se precipita hacia el borde cortante de las cosas que suceden. Recuerdo que el día siguiente amanecía invariable con el color gris del uniforme del colegio. Se acabó la expectación, las infinitas posibilidades de asombro, sus promesas. Si ahora me dieran a elegir, no elegiría nada o elegiría llevar la palabra «siempre» en un sobre lacrado, dentro del bolsillo de atrás, para no abrirlo nunca.

Empiezan a apagarse las luces de los dormitorios, la oscuridad va ganando los edificios y las calles, extendiéndose lentamente como un manto púrpura por toda la ciudad, sobre el castillo con las almenas desdentadas, por encima del armazón metálico del puente, en las casas del paseo marítimo con sus galerías pintadas de blanco, entre los últimos barrios donde se cierran de golpe las persianas metálicas de las tiendas y apenas queda un murmullo débil de voces, que poco a poco va diluyéndose, engullido por la noche. Tal vez, en este preciso momento, también ellos, sin darse cuenta, estén formulando un deseo.

Y hay estrellas fugaces bajo el cielo de Santalén.

DONDE MARTÍN NARRA LAS ANDANZAS DE LOS BEREBERES

Me llamo Martín, aunque la verdad es que no siempre me he llamado así, he tenido otros nombres más prestigiosos, pero no importa. Ahora soy Martín y ésta es mi voz. Disculpe que me dirija a usted de una manera tan directa, pero... Bueno, es mi carácter, siempre necesito saber con quién hablo, o saber al menos que hablo con alguien. Además el estilo lo decide quien escribe, o tal vez no lo decide, pero da igual. En cualquier caso, la razón... La verdadera razón de que esté escribiendo ahora este cuaderno es la de cumplir un propósito todavía no sé muy bien si novelesco o sentimental, que tiene que ver con algo ocurrido hace mucho tiempo y también con el reciente regreso de Inés a Santalén. De alguna manera Byron y yo estuvimos esperándola durante todos estos años, dieciocho para ser exactos, no por paciencia, ni por lealtad. En realidad no sé por qué, tal vez porque, si algo aprendimos de ella, fue a creer en los lugares, en ese magnetismo a veces encarnizado que obliga a volver a ellos. Por eso cuando esta mañana un taxi frenó en seco frente a la acera del café Central y vimos a una mujer desconocida descender de él y atravesar la plaza por el flanco soleado, con un traje de hilo blanco y unas gafas ahumadas, el pelo muy rubio rozándole los hombros y aquella manera extraña de moverse, como una pantera justo antes de atacar, pues... En fin, supimos que era ella. Estaba cambiada, por supuesto, pero no se había convertido en otra persona, sino en otra versión de sí misma.

—Inés —la llamé desde la terraza, todavía con voz incrédula. Ella se giró al oír su nombre, momentáneamente desorientada y luego empezó a caminar hacia nosotros con una lentitud exasperante hasta que por fin llegó a la esquina de la terraza en la que estábamos Byron y yo. Ese momento fue... ¿Sabe?, como cuando un director de orquesta golpea con la batuta el atril, levanta los brazos y mantiene a todos en suspenso. Sin quitarse las gafas, sonrió ligeramente, sólo ligeramente, con un gesto en el que lo único que hizo fue mover apenas los labios, uno sobre otro, para humedecerlos. Estaba más delgada que la última vez que la vimos y parecía mucho más alta. Luego levantó los hombros y extendió las manos en el aire como queriendo decir: «Bueno, aquí estoy», pero sin decirlo en absoluto. Muda de pronto como... No sé, paralizada. Parecía realmente difícil romper aquella sensación de extrañamiento que nos embargaba a todos hasta que, finalmente, con una voz que era y a la vez no

era la suya, dijo:

—Suponía que os encontraría aquí. —Pero era como si las palabras encubrieran algo, no significasen solamente lo que parecían significar, sino mucho más. ¿Comprendes? Ése era el modo en el que ella había hablado siempre, poniendo una especie de entonación enigmática en todo lo que decía. En el cristal de sus gafas se reflejaban como en un espejo los edificios del otro lado de la plaza y yo pensé que tal vez ésa era la forma que había tenido la ciudad de permanecer en sus ojos desde el principio.

Pero ¿cuál fue el principio? No es nada fácil situar con precisión el principio de cualquier historia sin hacer alguna clase de trampas. Me refiero a que ahora parece muy fácil, como si todo tuviera un significado premonitorio, pero es porque jugamos con las cartas marcadas, con la ventaja de saber lo que ocurrió después. De todos modos intentaré ser sincero con usted.

Byron, Inés y yo nos conocimos en el instituto. Teníamos quince años entonces. Estábamos en la misma clase, sentados en la misma fila, a la izquierda del aula. Ellos dos ya eran amigos desde tiempo atrás, pero apenas se relacionaban conmigo excepto por asuntos puramente escolares, ya sabe, déjame copiar tus ejercicios de matemáticas y cosas por el estilo, algo... En fin, algo no muy altruista o desinteresado, como ve. Pero un día cambiaron las cosas. Fue a raíz de un incidente ocurrido durante el recreo. El director entró enfurecido en el aula y nos soltó una verdadera arenga sobre el sentido de la responsabilidad y del deber. Todavía recuerdo sus palabras: «No olviden lo que se espera de ustedes: obediencia, disciplina y orden. Ésas son las reglas de oro de este centro. Respétenlas, compórtense como personas y no como una pandilla de bereberes». Sí, eso fue lo que dijo y he de decirle que en aquel mismo instante, un poderoso sentimiento de tribu norteafricana inundó nuestros tiernos e impresionables corazones escolares. El que más y el que menos ya se veía galopando al desbocarse en el viento del desierto. Al día siguiente, la valla de entrada al instituto mostraba en grandes letras rojas, las tres reglas de oro de una nueva sociedad secreta: «Desobediencia, indisciplina, desorden. Firmado: los bereberes».

Lo que siguió, como podrá imaginar, fue una especie de caza de brujas. Las cosas se pusieron feas para Byron. Las sospechas recaían sobre él. Al parecer, uno de los alumnos de primer curso había hablado más de la cuenta, el caso es que cuando me tocó a mí ir a declarar al despacho del director, bueno, mentí. Sí, lo hice. Afirmé que el día en que apareció la pintada, había salido de clase con Byron, nos habíamos dirigido juntos a mi casa donde habíamos permanecido durante toda la tarde y buena parte de la noche, preparando un examen de Matemáticas. Yo tenía una reputación inquebrantable de alumno modelo y quizá por eso me creyó el director; o tal vez no me creyó pero por alguna razón prefirió no indagar más en el asunto. El caso es que... Bueno, ese mismo día Byron e Inés estaban esperándome a la salida de clase con una misteriosa sonrisa de conjurados. Me saludaron con la mano abierta sobre el corazón y una casi imperceptible inclinación de cabeza, al estilo de Lawrence de

Arabia, mientras decían al unísono: «Salam Alaikum». Así fue como empezamos a ser tres.

Si quiere saber qué me movió a actuar de esa manera, le diré que no tengo ni la menor idea, fue un impulso, algo que... No sé, algo que sentí necesidad de hacer sin siquiera haberlo premeditado. De repente, me encontré allí, en el despacho del director, mintiendo descaradamente, de un modo que antes jamás me hubiera atrevido siquiera a pensar. Pero ya ve, va a resultar que al final también yo tenía algo de imprevisible o audaz, un lado oscuro y auténticamente bereber. ¿Quién sabe?

El regreso de Inés, sin embargo, me produce cierta inquietud, especialmente por Byron. Ya sabe, él tiene esa manera de no decir nada... con una especie de... bueno, es algo difícil de explicar, como si entrara en un túnel del que no se sabe si podrá salir. A lo mejor, aunque no hubiese ocurrido aquello, sería igual. Esas cosas no pueden saberse. Pero ahora ella ha regresado, y, en cierto modo, con ella también ha vuelto todo lo demás.

Para empezar, la idea de escribir esta especie de diario o confesión fue suya.

—Pasaré el tiempo —dijo— y si no lo contamos, llegará un momento en que ya no sabremos dar un nombre a lo que nos une.

Es difícil oponerse a un argumento como ése, pero yo opino que lo mejor que se puede hacer con el pasado, cuando no se parece precisamente al que hubieras elegido, es no prestarle atención, o mejor aún, desconectarlo como hacemos con los programas que no nos gustan. Tan fácil como alargar la mano y apagar el interruptor. Cuando Inés propuso la idea de contar esta historia entre los tres, no sé por qué, me vino a la cabeza la escena de una película en la que el detective Philip Marlowe, cumpliendo con algún género de ritual sentimental, se sirve un vaso de Jack Daniels ante el ventanal de su oficina en un suburbio de Los Ángeles. Se oye de fondo el ruido del tráfico, las sirenas, el ajetreo de la gran ciudad y... Hay algo extraño en su gesto, una especie de cansancio o tristeza cuando levanta el vaso a la salud de un amigo ausente. Esa clase de tristeza que va subiendo y uno sabe que debe frenar cuanto antes y no dejarla llegar hasta donde empieza a hacer daño de verdad. El sentimentalismo tiene esos riesgos.

Después, ella se quitó la gafas y, poco a poco, fue regresando a su voz de siempre, tal vez un poco más grave, para hablar de ese paréntesis de tiempo que no compartimos, de lo que había ocurrido en su vida desde entonces: los primeros años en el internado de Northampton y después en Londres, perdida en uno de esos gigantescos edificios de oficinas llenos de salas impersonales donde se celebran congresos y conferencias, a miles de kilómetros de Santalén. Y yo pensé... Bueno, pensé que la chica tenía, en verdad, madera de superviviente, porque todo el pasado que ahora, de pronto, parecía dispuesta a rescatar, no le impidió vivir tranquilamente durante todos estos años sin saber nada de nosotros, ni preocuparse por saberlo, sin sospechar siquiera lo mal que estuvo Byron, el espanto que vivió no sólo aquella noche, sino todas y cada una de las noches que la siguieron, hasta que con el tiempo

se acostumbró a diluir parte de la angustia que lo consumía en alcohol. Y ahora... No sé, ha pasado tanto tiempo que... Bueno, por eso, debe de ser que me acordé del detective Philip Marlowe, de su forma deliberada y solitaria de emborracharse y también de sus palabras: «No hay trampa más mortífera que la que uno se tiende a sí mismo».

BYRON BAJO EL INFLUJO DE LA LLAMA VOTIVA

Hay instantes luminosos que duran el tiempo que tarda en arder un fósforo. La frase no es mía, naturalmente. Pero hoy ha sido un buen día. Un día casi feliz. Brillante. Y hay tan pocos días así, Inés, que es necesario conservar como sea este pequeño foco de luz. O sea que voy a servirme otra copa. Bien, estaba hablándote de fósforos, sí, ya sé lo que piensas, mucho Dickens en la trastienda, y Dostoievski y Edmundo d'Amicis, todas las historias de aquel libro terrible llamado *Corazón*, que leíamos con nueve y diez años. Y tal vez, pensándolo bien, todo empezó ahí, la cuota de culpa o de ternura por cualquier dolor humano, el remordimiento, la pena extraviada en múltiples laberintos, la piedad y todo, absolutamente todo, lo que compromete y atormenta y quiebra de un modo brutal el alma de los niños.

Como en el cuento de la fosforera, veo ahora tu cara iluminada por la pequeña explosión de una cerilla en el momento en el que ibas a encender un cigarrillo clandestino en el desván de mi casa. Llevabas una falda de pana muy corta y unos leotardos negros, el pelo sujeto en una coleta alta. Después tosiste aparatosamente y yo me reí.

—Me gustaría saber de qué te estás riendo —exclamaste enojada.

—Es que cuando toses pones una cara muy divertida —respondí yo y traté de imitarte exagerando mucho los gestos. Entonces, te hiciste la ofendida y empezaste a hojear una revista como quien no quiere la cosa.

»Cuando te enfadas, también tienes algo raro en los ojos —agregué.

—¿Algo como qué? —preguntaste sin dejar la revista.

—No sé —dije yo—, como un tesoro sumergido.

Ahora no me imagino diciendo una frase como ésa, pero el caso es que debí decir algo parecido. Entonces, al fin, levantaste los ojos con mirada de pedir una aclaración. Y yo debí de añadir: «Nada, una especie de verso». Se filtraba una luz rosada a través de la claraboya del techo y en la radio sonaba *The boxer*. Dijiste:

—Ya.

Y yo afirmé:

—Sí.

Tú entonces me diste la razón:

—Claro.

Y yo para no dejarte con la última palabra, todavía añadí, levantando mucho las cejas:

—En fin.

Así era. Después te sonreíste con una sonrisa que fue extendiéndose poco a poco por todo tu rostro hasta que acabamos los dos riéndonos con tantas ganas que tuvimos que secarnos las lágrimas con la manga del jersey. Como diálogo, no me dirás que no era impresionante. Habríamos llegado lejos de guionistas. Lástima que nos hayamos quedado en esto. Me refiero a mí, claro, que a estas alturas he publicado dos libritos de versos en ediciones casi clandestinas, tengo un programa de radio en la emisora local y escribo críticas ampulosas en las páginas de cultura del *Heraldo del Norte*, por supuesto con seudónimo, a pesar de lo cual, nunca tengo el valor de leerlas antes del tercer *whisky*. A veces, incluso redacto la sección de espectáculos y elaboro los horóscopos del suplemento dominical. Hay cosas peores. Ya ves, he cumplido treinta y tres años y ninguna de las promesas que te hice. Soy cáustico e irónico, aunque en ocasiones me permito cierta melancolía, he conservado el nombre que me diste y procuro que mi indumentaria se ajuste a esa dignidad poética, he viajado más allá de Grecia, hasta Nínive y la lejana Alejandría. Llevo el pelo bastante largo, y a partir de cierta hora se me puede encontrar en el *pub* Dublín en un estado vagamente brumoso. Pero ahora estoy aquí, en mi habitación, y no allí como habitualmente, escribiéndote en la primera hoja del cuaderno de tapas duras que te empeñaste en comprar en la papelería de los soportales, no sé exactamente para qué, ni por qué, ni me importa, pero te juro que voy a escribir en él todo. Y todo quiere decir *eso*. Hasta eso, sí. Hasta el último capítulo de nuestra historia cautiva.

Pero volvamos al principio, estaba diciendo que hoy ha sido un día hermoso. Verte atravesar la plaza esta mañana, con esa manera tuya de andar que podría reconocer en cualquier calle del mundo, me sumió al principio en una violenta sensación de angustia, ni siquiera fui capaz de llamarte. De repente creí que, por lo menos, me moría. El vértigo en la boca del estómago fue haciéndose más fuerte a medida que te acercabas a nosotros esquivando las sillas metálicas de la terraza, sin prisa, con movimientos lentos y perezosos. Cuando al fin alcanzaste nuestra mesa, el corazón me bombeaba de tal modo en el pecho, que notaba cómo los golpes me combaban la camisa. Decir que la vida es maravillosa podría parecer excesivo además de incongruente, pero en este caso hay que interpretarlo en el sentido de que a veces, sólo algunas veces, nos sorprende con su magia sacando una paloma blanca de un pañuelo. Y efectivamente apareciste toda vestida de blanco como recién salida de la portada de *Vogue*. Al contemplarte de cerca me di cuenta de que el tiempo había añadido a tu rostro una plenitud estática igual que la que reflejan las fotografías de algunas actrices de antes, pero cuando te quitaste las gafas pude reconocer en tu mirada la misma expresión que tenías a los doce años, cierta manera de clavar los ojos en los lugares, con la ciudad y sus sombras en las pupilas, y todo lo que se

desconoce. O sea algo muy leve y personal. Te observaba fijamente mientras jugabas con un cigarrillo sin encender y nos hablabas entrecortadamente sobre lo que fue tu vida en los últimos tiempos, la voz lenta y la misma sugestión inmutable con la que antes contabas historias pero con un punto de indiferencia, como si en realidad estuvieras hablando de una parte de tu vida que no te importara lo más mínimo, como si tú misma estuvieras ausente de tus propios recuerdos. Mientras te escuchaba advertía de una manera vaga cómo habían ido cambiando tus rasgos, los pómulos más afilados, la altivez de la barbilla, incluso tus dientes delanteros, separados ahora por una ranura casi imperceptible, y el gesto ese de apartarte el pelo de la frente y decidirte de una vez a encender el cigarrillo que tenías en la mano. No, tu rostro no era el que la memoria me devolvió implacablemente, día a día, durante todos estos años. Con el pelo más rubio y ese vago aspecto de mujer a la que hay que salvar de sí misma, me pareciste realmente una desconocida. Pero más hermosa que nunca.

Hablabas y hablabas y de repente callaste, como si de pronto te hubieses acordado de algo. Por la palidez de tu rostro deduje que sólo podía tratarse de él. En ese momento el silencio se instaló entre los tres con la incomodidad de un testigo presencial. Después nos preguntaste con un hilo de voz si alguna vez habíamos vuelto al cabo de los Ingleses. Hay cosas que únicamente tú te atreves a preguntar y lo haces con esa impunidad que sólo tienen los niños para decir inconveniencias. Entonces, desde algún pantano del alma, me vino la sensación de la espuma brillando en la frontera entre las aguas dulces y las aguas saladas, la corriente del río mezclándose en rápidos espumajeados con el basalto negro del océano. La sola evocación de ese lugar despertó en mí una peculiar sequedad de garganta, que podría definirse como una clase irremediable de sed, porque nada en este mundo me da tantas ganas de emborracharme como hablar de eso, tener la sensación de estar de pie al borde de los acantilados contemplando el abismo, como estuve, de hecho, muchas veces después.

Ésa es la manera en la que puede permanecer vivo un muerto, no porque le temamos o nos sintamos impulsados a recordarlo cada día, ni siquiera porque perduren sus frases en nuestra memoria, sino porque no debería haber muerto.

Tus ojos me sorprendieron en mitad del gesto impúdico de alzar el vaso vacío en dirección al camarero. Fue un movimiento intuitivo, igual que protegerse de un golpe. Compréndelo, necesitaba algo fuerte.

Bien. Todo esto, Inés, un sábado radiante, a propósito de tu vuelta y del efecto extraño que puede provocar la pequeña explosión de un fósforo, el temblor de la llama ardiendo en la oscuridad. Luz blanca.

DE LA ESPECIAL PERCEPCIÓN QUE INÉS TIENE DEL TIEMPO

Hoy me he levantado temprano para iniciar cuanto antes los trámites de venta de la casa y he dejado una nota en la recepción del hotel citando a Byron y a Martín al mediodía en un restaurante del casco antiguo. Detrás de algunas ventanas hay niños que aún duermen. Los hombres y las mujeres, ya no. Caminan por las calles recién regadas con maletines de color burdeos o cestas con pan y leche. No conozco sus caras, pero, sin embargo, hay en todos ellos algo que me resulta próximo, una fisonomía reconocible, como si se tratase de las manchas, al principio informes, de una fotografía que paulatinamente adquieren nitidez bajo el efecto del líquido del revelado en el cuarto oscuro de mi memoria. Huele a horno y el cielo, poco a poco, se va impregnando de una luz de harina. Me gusta esta hora en la que la gente empieza a vivir y la ciudad despierta de sus contornos con la palidez finísima de la madrugada. Percibo la consistencia granítica de las fachadas que van tomando un color rosado según avanza el sol, el aire decadente y aristocrático de los portales, la perspectiva tan peculiar de las calles por donde anduvimos perdidos y condenados sin saberlo, aquel último invierno de 1973. Recorro ahora, como una pesadilla, esa distancia que me separa de la calle de la Paz, en lugar de dirigirme hacia la zona residencial del Ensanche con chalés de piedra y porches ajardinados donde está la casa que he venido a vender. A veces, nuestros pasos nos empujan en una determinada dirección sin que seamos plenamente conscientes de haber decidido ese rumbo. Alzo la vista y veo el balcón, con las contraventanas verdes cerradas a cal y canto, selladas, como esos lugares en los que ha ocurrido alguna desgracia y soportan con pesadumbre su maldición porque nadie nunca quiere volver a habitarlos. Bajo después por la misma calle, respirando jadeante, igual que en el pasado, cuando después de mirar el reloj, salía atropelladamente del ascensor y corría por la acera, esquivando a la gente que estaba detenida ante los escaparates de los comercios, y seguía corriendo hasta llegar a mi casa. Con la misma respiración alterada camino ahora, como si, de alguna manera, al regresar me convirtiera de nuevo en la misma persona que era antes de haberme marchado, impulsada por una sensación repentina de desamparo y temor, con pasos inseguros, muy pegada a las paredes, por si necesitase apoyarme en ellas, haciendo esfuerzos por pensar rápidamente en algo que

no me haga sentir peor que recordar aquello, con la mirada a ras de suelo, fija en los zapatos de las personas con las que me cruzo, tratando obsesivamente de concentrarme en ellos como si esperara que pudieran ayudarme, no a llegar a ninguna parte, sino más bien a alejarme de aquel lugar, me fijo en su forma, su color, su tamaño. Zapatos grandes de hombre, de punta redonda y cordones, como de ganaderos pobres, imposibles para bailar; zapatos náuticos, deportivos, mocasines, zapatos escotados, de tacón, que suenan con un tintineo de monedas al ir de aquí para allá, con ese aire desenvuelto de andar por todas las calles. Y tal vez sea yo esa mujer que ha entrado en un café y desayuna y enciende un cigarrillo y decide que mejor será dejar para otro día los trámites legales porque hoy definitivamente no le apetece ocuparse de ellos, y escribe con letra nerviosa en un cuaderno que acaba de sacar del bolso, mientras de vez en cuando mira soñadoramente, a través del cristal, y observa las calles que tienen un color entre mate y pulido, gastado bajo tantos pasos.

Cuando era pequeña, yo tuve unos zapatitos de charol con una hebilla dorada y con ellos aprendí a andar de puntillas. Me gustaban tanto que los mayores tenían que inventar todo tipo de argucias y promesas para que accediera a quitármelos antes de irme a dormir. Aquellos zapatos eclipsaron a todos los anteriores, los zapatos para jugar, para correr, para ir a la montaña, planos, resistentes. Cuando somos niños nos encaprichamos con cosas así, después ya no. Entonces, para mí, ser pobre significaba no tener zapatos nuevos ni poder andar livianamente, con pasos ligeros, como volando. Pobres eran los niños que vivían en el descampado de la estación vieja y que llevaban las mismas botas año tras año con la puntera recortada por el zapatero para que les sirvieran otra temporada aunque los pies les hubieran crecido uno o dos números más. Así jugaban al fútbol, tropezando, cayendo, volviendo a levantarse, y yo, cuando los veía con los calcetines ensangrentados de dar patadas al balón, destrozados los dedos, pensaba con el corazón encogido en una desgracia imprecisa y remota. Es curioso el modo en que la mente asocia imágenes tan lejanas en el tiempo, como si todo estuviera unido por un mismo hilo que se va desmadejando torpemente desde lo que una vez se vio hasta lo que se está viendo e incluso lo que se verá, unos pasos nos conducen a otros, y así van surgiendo chispazos de impresiones, cortocircuitos que nos sorprenden a nosotros mismos con un resplandor extraño, como de pensamiento.

Cuando llegué al restaurante, Martín ya estaba allí, había elegido una mesa junto a la ventana y hojeaba el periódico. Me fijé en su calzado, unos botines deportivos de color claro y le pregunté:

—¿Te acuerdas de los zapatos que llevaban los niños del arrabal de la estación?
—Me miró bastante sorprendido como si le hubiese hecho una pregunta con trampa. No se acordaba.

—¿Por qué lo preguntas?

—Por nada especial, no tiene importancia —contesté—. ¿A ti no te pasa que, a veces, mientras paseas o desayunas, te acuerdas de pronto, así sin venir a cuento, de

algo que estaba escondido en tu memoria, a mucha profundidad?

—Sí, a veces. Es algo que suele sucederme en determinados contextos —dijo. Juro que dijo eso.

—Contextos —repetí yo con ironía—, desde luego, se te ocurre cada palabrita, Martín.

Martín se parece a una casa con muchas ventanas y siempre hay alguna por donde salir de lo que no te gusta. Su risa irrefrenable, cuando se ríe de sí mismo, es una de esas ventanas. Siempre tuvo una rara habilidad para utilizar palabras... ¿Cómo decirlo? Espantosamente pedantes. Pero las utilizaba de una forma muy divertida y típica de él, como si se saboteara encantadoramente a sí mismo.

—Contextos —volví a repetir después de reírme. Iba a decirle algo sobre mi teoría de las casas con muchas ventanas o sobre las cosas que nos ocurren por dentro, pero me limité a mirarlo con una fingida expresión de enfado—. Eres incorregible —dije.

El restaurante estaba en un edificio rehabilitado, situado en la orilla izquierda del río, donde antes había un antiguo almacén de esparto. Lo habían decorado en un estilo rústico imitando a los molinos de agua franceses. Cuando llegó Byron, pedimos la carta. También el menú estaba confeccionado a base de platos provenzales. Pedimos pato asado a las finas hierbas. Y para beber, champán (teníamos algo que celebrar). Al otro lado, en un meandro del Tear, el castillo de los condes de Guimarães se recortaba negro contra el cielo por encima de una hilera de árboles y el día entero se apoyaba sobre una clara ráfaga de nubes transparentes que volaban en dirección a algún lugar inexistente, que es hacia donde siempre vuelan las nubes cuando uno decide subirse a ellas. Martín y Byron levantaron sus copas para brindar y entonces durante un brevísimo momento, muy especial, no me encontré allí, sino muy lejos, como si en vez de un brindis hubieran hecho un conjuro. El recuerdo surgió justo en aquel instante, lo que no quiere decir que tenga mucha relación, sino sólo que me acordé. Anochece, Byron y yo regresábamos de patinar en la pista gris del polideportivo. Era a principios de noviembre y empezaba a hacer frío. Había un puesto de castañas asadas humeando al pie de las escaleras de la iglesia de San Francisco y una media luna fría flotaba en el cielo justo encima del campanario gótico. Entonces lo oí: «La edad de las estrellas nos hace envejecer». Palabras de Byron esa noche con quince años. Realmente éramos prometedores. No fue una noche cualquiera, sino la noche en la que decidí desnudarme ante él. O no lo decidí, pero lo hice. Calles vacías, álamos blancos. Caminé a su lado sin preguntar nada, después la mano de él tocó mi cintura distraídamente al cruzar un semáforo, en la esquina de André Maurois. El contacto fue una mezcla de escalofrío e impaciencia o decepción, no sé. Más tarde en el desván de su casa, sobre una hamaca de Veracruz ocurrió la suavidad del alma, abrazarse y besarse los párpados tiernamente, sin saber cómo. ¿Cómo?, pregunté yo. Como si me quisieras, respondió él en un susurro. Y así aconteció el propio desconcierto igual que si aquello fuera también un juego, como

abrir uno de los baúles de su abuela mexicana y vestirme de novia de otra época, pero sin saber, sin tener ni idea, en voz muy baja, dudando, y más que nada, sin atrevernos a la última brusquedad, parándonos justamente en esa frontera de lo que nos iba quedando de infancia. Byron se volvió hacia mí, me miró como un poco desilusionado de mi desilusión y yo le toqué la cabeza, con ese gesto maternal de revolverle el pelo que está a mitad de camino entre la preocupación y la condescendencia, como si estuviera enfermo de algo sin importancia, o de tan poca importancia que, sin pretenderlo, conseguí que él se sintiera de pronto enfermo de muerte, que es como se enferma uno cuando la piedad lo humilla. Y en aquel momento sentí el vértigo de asomarme dentro de aquellos ojos en cuyo fondo había un cierto color de indio, de veracruzño guapo, con dos pequeñísimas arrugas transversales encima de los pómulos y entonces supe lo difícil que puede ser sostener la mirada de alguien que se sabe perdido, tan perdido como yo, tan volcado al mundo sin guión, tan irreparablemente frágil y hosco cuando finalmente se giró de espaldas expresando así, desafiante, su desamparo, la vergüenza de no saber, el miedo contenido, la ira contra sí mismo. Y después su voz, muy baja y lenta, igual que una corriente secreta de la conciencia que hablaba de la dificultad de todo, tratando de encontrar palabras con las que nombrar las cosas que no se conocen. Hasta que la conversación se fue apagando mientras a lo lejos, en las carreteras de la noche, se oía el motor huidizo de los automóviles como barcos atropellando la luna. Hace tanto tiempo. Ella pensó que difícilmente iba a volver a sentir por nadie tanta ternura, después de aquel encuentro, o de la hamaca de Veracruz. Dieciocho años más tarde, ella ya era yo y las nubes me devolvieron puntualmente al lugar exacto del que me había ido, al mismo restaurante del casco viejo de Santalén, frente al castillo negro, con los mismos árboles en hilera (porque el ensoñar tiene estas cosas que suceden así con toda naturalidad). Kilos levantaron sus copas, por esa parte iba y yo no estaba ya en el desván de la abuelita, ni en la hamaca de Veracruz, sino allí, allí mismo, con una copa en la mano también, no cáliz, ni ofrenda, ni trofeo, sino sólo copa, que sostuve en alto para brindar con ellos: por la edad de las estrellas. Así fue como Byron dejó de tener quince años y pasó a tener treinta y tres, recién cumplidos aquel mismo día: 4 de noviembre, nubes en Santalén.

Feliz cumpleaños, lord Byron.

MARTÍN RELATA ANTIGUAS TRAVESÍAS

Byron era el que inventaba todos aquellos juegos disparatados, aunque, si usted le pregunta, probablemente le dirá que no recuerda nada. ¿Cuál es su frase? Ah, sí, dice que para él esos años son como un gran cuarto en el que alguien hubiera apagado para siempre la luz. Pero si quiere saber mi opinión, creo que, en realidad, pasa mucho más tiempo encerrado en esa habitación del que está dispuesto a reconocer. Ya sabe cómo es. Tendría usted que haber visto los viajes que hacíamos entonces, le estoy hablando de la época en la que éramos bereberes e indocumentados. Claro que aquellas travesías sólo existían en nuestra imaginación, aunque conservemos de ellas mapas, planos de ciudades e incluso recuerdos inolvidables.

La cosa era más o menos así: Byron hundía las manos en los bolsillos y olfateaba el aire con un gesto que probablemente le había visto hacer a Gregory Peck interpretando al capitán Achab en *Moby Dick*. Después decía: llevamos demasiado tiempo en este rumbo. Ésa era una de sus cosas... se sabía de memoria frases enteras de novelas y de películas y las repetía con una especie de... Bueno, era un don que tenía. Entonces Inés se adelantaba unos pasos, imagínese la como Scarlett O'Hara en rubio y con bastantes años menos, pero con los mismos ojos vivos de estar tramando siempre alguna maldad. Llevaba una trenca azul marino y los libros bajo el brazo, pero le aseguro que en aquellos momentos, a juzgar por el aire que se daba, podría jurarse que iba vestida al estilo colonial sureño, con un traje verde y escotado, de cintura de avispa, capaz de volver loco desde al tímido Ashley, que podría ser yo, hasta al cínico y heroico Rhett Butler, que sin duda era Byron. A veces teníamos ese problema, que no había manera de ponerse de acuerdo en el reparto de papeles. Como decía Inés para provocarnos, nadie puede ser Jesse James si no hay otro dispuesto a hacer de *sheriff*. Así que la mayoría de las veces acabábamos echándolo a suertes. Bueno, lo que le estaba diciendo es que ella se adelantaba unos pasos, y luego se giraba hacia nosotros con esa facilidad que tenía para ser otra y decía impostando un poco la voz: «Dentro de pocos días será invierno en Londres, lord Byron». Y a continuación mirándome a mí, añadía: «Prepara el equipaje, capitán». Desde entonces Byron es Byron. Yo, como le explicaba antes, no conseguí instalarme duraderamente en el prestigio de capitán y por eso sigo siendo solamente Martín. Lo cierto es que

nunca se me ha dado tan bien como a ellos lo de fingir y me resultaba un poco difícil aceptar la ficción de que nuestra ciudad iba a convertirse durante unas horas en Londres, por ejemplo, la gran capital de la niebla, pero hacía lo que podía para estar a la altura de las... bueno, a la altura de los papeles que me tocaban. En otras ocasiones no era Londres, sino Samarcanda, Venecia, Lisboa o París, ciudades que íbamos a habitar en nuestro juego como personajes de otra época. Yo me encargaba de la ambientación, el equipaje como decía Inés, ya sabe, atlas, planos, enciclopedias, libros de viajes, en fin, lo que corresponde llevar a un jefe de expedición. Byron ponía la literatura. Se subía a lo alto de las escaleras de la biblioteca y con voz grave y solemne empezaba a declamar por boca del personaje en el que había decidido convertirse, unas veces monje, otras pirata o detective, comerciante de sedas, jugador de póquer o marino. Tendría que haberlo visto. Poseía una facilidad asombrosa para parecer quienquiera que fingiera ser, era creíble, sencillamente, a lo mejor eso le venía de que estaba familiarizado con tierras lejanas, y con grandes leyendas por los cuentos que le contaba su abuela Ángela. A mí nadie me contó nunca cuentos al irme a dormir y tampoco tenía ninguna abuela ni una de esas familias con saga y antepasados heroicos. Mi padre trabajaba en una pequeña sucursal bancada y lo único que hacía antes de que yo me fuera a dormir era apagar la luz. Pero no crea que me estoy quejando de nada, la verdad es que lo pasábamos realmente bien. A veces, especialmente los sábados, llevábamos la representación más lejos e incluso nos disfrazábamos de verdad en el desván de la casa de Byron con guerreras y ropas que olían a naftalina, o con gorras marineras de visera y botas de media caña. Inés lo mismo podía hacer de una delicadísima duquesa tocada con sombreros de popelina que de una espía perversa e implacable o incluso papeles masculinos como aquella ocasión en la que se recogió el pelo debajo de un gorro de pieles de Tennessee, para hacer de David Crockett en la defensa del fuerte de *El Álamo*. Entre Inés y Byron había una extraña sintonía que les hacía improvisar los diálogos con tanta coordinación como si los dos hubieran concebido exactamente la misma historia. Porque le diré que, aunque las historias surgían siempre a partir de una lectura o de la película de sesión de tarde, luego derivaban por otros caminos insospechados. Y peligrosos, como se demostró más tarde. Los caminos de la dispersión y la locura a los que conduce el puro imaginar.

Por eso cuando llegó él, me refiero a nuestro profesor de Literatura —Lancelot, como le llamábamos por el personaje que interpretó en una representación escolar—, se encontró con un terreno abonado. Era tan alto, que se veía obligado a inclinar un poco la cabeza para entrar en el aula. Tenía los ojos grises o azules, no recuerdo bien, en cualquier caso imposibles de rehuir. Tal vez la fascinación que ejercía estaba en el modo en que miraba con un punto de desorientación y también... No sé, en la manera con la que conseguía adentrarnos en el significado de un poema. Tenía sus propias ideas sobre la literatura y la enseñanza. Siempre nos decía: «Confianza en el antejo, no en el ojo. En la escalera, nunca en el peldaño». Creo que era un verso de Vallejo.

Yo, al oírle decir eso, me acordaba de cuando aprendí a ir en bicicleta. La clave estaba en mirar todo el tiempo hacia un punto lejano, porque si fijabas los ojos en lo que había justamente delante del manillar, te caías seguro. La verdad es que tenía una forma especial de decir las cosas, con... bueno, era algo que te llegaba. Desde el principio, Byron fue su alumno predilecto. Lo hacía polemizar, recitar y representar ante toda la clase. Los dos sentían la misma pasión por las palabras, para ellos eran parecidas a los peces de colores. Quiero decir que saltaban en su boca como si estuvieran vivas. Fue el mejor profesor que tuvimos nunca, pero había algo extraño en él, tenía siempre una expresión... igual que si estuviera en contra de sí mismo o se hubiera convertido en su propio rehén, como un condenado al frente de su propia ejecución. Pero esta vez no crea que estoy haciendo una mera comparación literaria. Porque él, quizá desde el primer momento, eligió no salvarse.

EL APOCALIPSIS SEGÚN BYRON

Esta mañana llegaste pasadas las diez, dijiste que te habían entretenido más de la cuenta en el registro de la propiedad, pediste al camarero un café cargado y te dedicaste durante un rato a mirar abstraída los soportales, luego te volviste hacia mí, fijaste tu mirada en la copa que tenía delante y te escuché decir: «Deberías cuidarte, no tienes buen aspecto». Lo dijiste en un tono tan maternal que, en ese mismo instante, me sentí impulsado a beber de golpe el primer trago del día. Entonces estrujaste con cierto nerviosismo el celofán de la cajetilla de Chesterfield que había sobre la mesa, encima de los periódicos y te dispusiste a encender un cigarrillo. Conseguí detenerte justo a tiempo porque ibas a prenderlo por el lado del filtro.

—No vale la pena preocuparse mucho por la salud —te respondí—, según las estadísticas, dentro de unos cuantos años nos habremos muerto todos de un ataque cardíaco, de un cáncer o de un accidente de tráfico. —Después te vi alisar con el dedo índice el celofán que acababas de arrugar, alzar los ojos y sonreír, aunque me di cuenta de que, curiosamente, al hacerlo parecías mucho más triste y entonces añadí —: Aunque tú tal vez te salves y llegues a ser una viejecita linda, con el pelo blanco, o qué digo, níveo, de esas que viajan por el mundo en bicicleta con sandalias anatómicas y escribe postales a sus nietos desde lugares lejanos.

—Sí, ya sé que la muerte es una lotería —te oí decir—, pero no crees que tal vez estés comprando demasiados boletos.

Al otro lado de la ventana empezaba a llover débilmente y se veían algunos paraguas abiertos. Había una furgoneta Citroën parada en un semáforo interrumpiendo el tráfico. Me fijé en un chico con un impermeable amarillo que cruzó peligrosamente la calle y obligó a frenar a una moto que iba sorteando los coches en zigzag. Después, un hombre con mono azul subió a la furgoneta y consiguió hacerla arrancar. Yo dije algo como que me gustaba el ruido de los neumáticos sobre la carretera mojada, la forma en la que todo parece extraño bajo la lluvia. Y al decirlo, pensé que me estaba poniendo sentimental, lo que no era de ningún modo una buena señal, así que desvié la mirada hacia los periódicos que reposaban sobre la mesa y me puse a hojearlos.

—Con todo lo que está pasando en el mundo, Inés, no deberías preocuparte tanto

por mi aspecto —dije en una típica maniobra de despiste. Pero en realidad estaba pensando en que me gustaba ese gesto tuyo de hacer vibrar las aletas de la nariz y fruncir la frente. Tú toda entera me gustas, cuando te alteras y tus ojos parecen una vidriera a punto de estallar y no cuando eres sensata e inglesa y militante de la liga antialcohólica, si entiendes lo que quiero decir. Quiero decir, Inés, que «graniza tanto como para que yo recuerde» y sé que, desde este alto otoño lluvioso, me sonrío ahora mi abuela Ángela con su toca de lana y su paraguas verde estampado con grandes pétalos oscuros y me guiña un ojo Lancelot, aplaudiéndome la cita de Vallejo, peruano y todo, y desalmado con la sintaxis, así que voy a brindar amistosamente por ellos, mis muertos prestigiosos y vacío de un golpe la copa mientras tú me miras con la espalda apoyada contra el respaldo de la silla y los ojos aún un poco más hermosos, y es como si me tragara de pronto una mínima piedra luminosa, una pequeña flor de azahar, un resto de alegría secreta y definitiva, tan definitiva que pensé que, por mí, en aquel preciso momento, el mundo entero podría haberse desintegrado como polvo en el cosmos o saltado por los aires. Lo curioso es que al instante siguiente leo en un titular a cinco columnas que Serbia le ha declarado la guerra a Croacia y, al leerlo, tengo la desagradable sensación de que alguien se ha tomado mis pequeños desahogos al pie de la letra. ¿Te imaginas los bombas cayendo sobre los tejados inclinados de Dubrovnik, la ciudad ardiendo al lado del mar, el sonido de las sirenas y la artillería antiaérea mezclado con el de las campanas de las iglesias?

El cielo va tomando un color cada vez más violáceo entre el edificio de la Telefónica y la cúpula de San Francisco. Son increíbles los cambios que las variaciones de la luz pueden imprimir en tu cara. De pronto, me miras con una curiosidad que se parece también a la desconfianza y al temor, como se mira a un loco o a un niño encaramado a lo alto de un andamio. Empieza a llover más fuerte, sábanas de agua oscura tras los cristales. Te digo que no deberías seguir mirándome como a un individuo peligroso. Y entonces sucede algo extraño, te sonrías desde el fondo de tus ojos verdes donde hay por un momento un brillo extraño, igual que el de las brujas de pupilas salvajes en las noches de la Armórica y a continuación me dices con toda naturalidad que si no quiero que me mires así, habrá que buscar alguna manera de asegurarme al andamio para que no me caiga. Lo que has dicho, lo has dicho y ya está. Yo no doy crédito y repito la palabrita para mis adentros: Andamio. Y me asusto de verdad, porque no puede ser que adivines las comparaciones que establezco en mis pensamientos más íntimos, y si no has pronunciado las mismas palabras que yo he oído, peor aún, porque te juro que es la primera vez que tengo alucinaciones auditivas y es demasiado temprano y no estoy tan borracho y, y, y. Y 700 carros de combate federales avanzan sobre las ciudades croatas de Vukovar, Osijek y Vinkovci, en las que se combate a muerte.

Así están las cosas, si bien no sé qué demonios está sucediendo en mi sistema telepático, todavía me queda el consuelo de sentirme dueño de una lucidez implacable para entender al menos lo que está pasando en el mundo. Dice el

periódico que el cadáver de Tito será trasladado del mausoleo a un cementerio. Según todos los indicios, el mariscal será enterrado por segunda vez sin pompa, ni honores, ni miles de ciudadanos llorando. La Europa que alguna vez terriblemente quisimos no existe, tal vez no ha existido nunca, es un cisne muerto que flota a merced de la corriente bajo el cielo que tiene un tono plateado como de aeródromo militar. Las mismas estrellas grises goteando bajo el mismo firmamento, el fuselaje acerado y frío de los aviones, el mismo destino, la misma hostilidad extendiéndose desde los arrozales de Georgia, por las suaves colinas de Moldavia, en el interior rebelde de las montañas de Chechenia, al este del Cáucaso, más allá de Azerbaiján, en las áridas tierras del ganado trashumante, entre los insalubres pantanos del delta del Kura, y más lejos todavía en la península de Crimea, a las orillas del mar de Azov, hasta los Urales. El hambre que agujerea como un taladro, que despedaza como una motosierra, llameará también como una antorcha sobre el antiguo polvorín de los sentimientos religiosos y nacionalistas, y entonces la guerra que hoy devasta la antigua Yugoslavia parecerá un juego de niños comparado con lo que podría ocurrir sobre la estepa rusa, en el corazón tan blanco y helado del gran imperio. Ésa es la oscuridad que todos tenemos dentro. El enemigo lleva nuestro rostro, el mismo rostro de los cazadores de bisontes, de los guerreros que bailaban alrededor del fuego en las noches de luna llena, las mismas brasas en los ojos, la misma sangre latiendo ansiosa por ser derramada. Unos vencerán y otros serán derrotados y de cualquier manera, la vida será aún más dura y las batallas íntimas proseguirán. El periódico de hoy, como ves, daría para hacer un tratado de antropología y es que esta Europa de la debacle se parece tanto moralmente a aquella de la peste negra que no es fácil sustraerse a las comparaciones: bailes de gala en lujosos salones, bandejas de plata con exquisitos manjares, lámparas como lágrimas de cristal o arañas iluminadas, largos corredores por donde los hombres y las mujeres danzan pálidos como espectros, de una belleza agónica y contaminada. Giran y giran infatigables.

Pero, tal vez, lo que se está derrumbando no es el mundo sino yo y todo esto que refleja la prensa no sea un anuncio esperpéntico de la muerte, ni de la guerra, ni del apocalipsis según san Juan, sino solamente el delirio de un borracho, de un enfermo con el alma trasteada por los buenos e inútiles sentimientos hacia todo lo que huele (e incluso apesta) a humano. Lo que se derrumba es esto, lo mío, lo que veo, lo que me cabe entre las manos, lo que me está destrozando el hígado, lo que ha echado a perder los sueños, las esperanzas y hasta la poesía en el mundo, lo que, por otra parte, la hace posible también. Sí, eso que está agarrado como un pulpo a las mismas tripas de la tragedia y de la comedia humana, no divina, eso que flota en algunas páginas de éste y de cualquier cuaderno de despojos escrito por un hombre solo. Lo que nos regocija y nos espanta, lo que nos conmueve y lo que nos aterra, todo, lo que fuimos, lo que somos, lo que probablemente no tendremos tiempo de llegar a ser. Lo mío, lo de todos, aquí, en la antigua Yugoslavia, en las montañas de la Unión Soviética, en el centro de África, en una granja del Zaire, en los extrarradios de París, en las llanuras

de Ucrania, en un piso de Vallecas, al otro lado del mundo. Eso es lo que se derrumba, Inés, lo que se está derrumbando y nada más. Maldita sea.

DONDE INÉS HABLA DE GUERRAS PERDIDAS

A veces, Byron tiene una cierta manera de mirar que me estremece. Me pregunto si no estará bebiendo demasiado. Esta mañana, sin ir más lejos, mientras hablábamos en el café Central, advertí que me bloqueaba una fuerte sensación de extrañamiento, como si una especie de incertidumbre desplazara a todas las emociones que se agolpaban en mi interior sin poder encontrar una salida: nostalgia, reconocimiento, tristeza, amor, amistad y otras aún más equívocas. Nuestra conversación era también un fragmento de esa extrañeza. Lo que leímos en el periódico no correspondía sólo al titular de una noticia en el olvidado quiosco de una plaza, sino al tiempo en el que nos ha tocado vivir, inexorable, como es siempre el tiempo de por sí, huidizo, tan despiadado que ni siquiera nos ha dado una tregua para revisar la precariedad de tres o cuatro antiguas verdades. Oía el sonido de la cafetera y el repiqueteo de los cubiertos y los vasos contra la barra de mármol del mostrador mezclado con la voz de Byron arremetiendo contra todo con su furia anarquista de siempre, una furia que seguramente le viene de una memoria anterior a la suya, la de su abuela mexicana y alta, con toquilla de lana, la abuela Ángela, que, en las tardes de invierno, nos contaba historias de la República alrededor de una mesa camilla con el brasero encendido y ojos brillantes de dinamitera y nos hablaba de otra guerra a la que ella sobrevivió casi de milagro. Una guerra perdida, la última seguramente en la que todavía era posible elegir un bando, como lo eligió ella con apenas dieciocho años, y uniforme azul de miliciana. Como lo eligieron también muchos jóvenes de otros países que se alistaron en las filas de las Brigadas Internacionales, cuyos nombres ella pronunciaba con pena mientras recordaba sus rostros oscurecidos entre la pólvora sobre un fondo de olivos plateados en el frente de Aragón. Después ya todo fue ir perdiendo, hasta que no hubo otro remedio que buscar refugio en Francia, formando parte de esa desbandada de hombres y mujeres con hatillos y mantas viejas usadas a modo de abrigo, esa hilera hambrienta y extenuada que se difuminaba como una columna de humo por los pasos fronterizos de los Pirineos que ella cruzó en el invierno de 1939 con una niña muy pequeña en brazos que también se llamaba Ángela y tenía los mismos ojos agrandados de Byron. La Historia es ese momento gradual, la ropa devorada por las chinches, los pies congelados dentro de las botas

mohosas, los ojos que van mirándolo todo con una distancia irremediable porque deja atrás a los amigos que no pudieron sobrevivir, los pueblos incendiados por el enemigo, los restos de algún puente volado, y que escudriñan temerosos el cielo, en el que, de vez en cuando, se vislumbra la luz violenta de los Junkers de fabricación alemana. La guerra es la agonía de esas pupilas fatigadas y orilladas de rojo por la mirada del adiós. Ella, que aún siente en su memoria el estrépito de los camiones entrando en Santalén con la bandera ondeante de la FAI, y todavía le parece oír los gritos de entusiasmo que desde los balcones del barrio portuario aclaman a Durruti, Ascaso y García Oliver cuando dieron el mitin en los astilleros, y recuerda como si los estuviera viendo a los muchachos de la brigada Lincoln, tan jóvenes, con sus cazadoras de cuero, las armas nuevas y las canciones del mundo. Ella, que se encaró con sus propios camaradas por salvar a un grupo de mujeres que había sido delatado como sospechoso de ocultar y proteger a los curas huidos del convento de San Martín porque nosotros —decía— no podemos ser como ellos, nosotros no asesinamos a mujeres desarmadas, ni ejecutamos, ni denunciemos. Nosotros —nos diría un día, mucho después, a Byron y a mí— solamente perdemos guerras. La recuerdo con la jarra de café en la mano derecha y la taza temblándole ligeramente sobre el platillo en la izquierda, removiendo durante largo tiempo con la cucharilla, abstraída como si la memoria se le hubiera ido muy lejos.

Se nos fue pasando el tiempo sin que nos diéramos cuenta, hasta que a la una y media llegó Martín irrumpiendo en el café Central y en nuestra conversación, lleno de vida, con ese punto de cotidianeidad y ajetreo con el que la gente sale del trabajo y así entró como un tornado dentro de nuestros recuerdos, agitándolos, agarrándolos al vuelo, persiguiéndolos y revolviéndolos con la misma energía con la que en otro tiempo nos reuníamos en el desván de la calle Núñez de Balboa, mortificados por la urgencia de ser adultos y planeábamos viajes imaginarios y redactábamos cartas de despedida para nuestras familias y contemplábamos el futuro con la ligereza que tienen los sueños en esa edad. Habremos jurado más de cien veces dejar atrás para siempre las calles tan estrechas de nuestra ciudad porque el mundo iba a ser nuestro y no existían aún en el horizonte las costas grises de la vida y sus tragedias. Aquel desván era un barco pirata, una nave mágica a la deriva, con un poeta que recitaba versos incendiarios y una musa que rebuscaba en uno de esos baúles de transatlántico que se estilaban a principios de siglo y se vestía con fulares de seda y extraños sombreros o se enfundaba en vestidos largos de popelina o raso y se miraba divertida en espejos que multiplicaban su imagen hasta lejanías neblinosas, y había también un capitán al frente de aquel mundo de cosas viajadas por tantos rumbos oceánicos. Cuántas veces caían libros y mapas de las estanterías, se derrumbaban tomos de la enciclopedia Labor con la que construíamos torres vigías, y volaban ovillos de lana y piezas de un *puzzle*, fichas de colores de los Juegos Reunidos Geyper, vaqueros e indios de plástico, en medio de risas, entregados a la más alegre furia que todavía nos quedaba de la infancia en una especie de batalla campal o juego o acometida de pura

vitalidad y desorden, sudorosos e invencibles hasta que, al final, se oía la voz de la abuela de Byron en el hueco de la escalera llamándonos para cenar y su voz de cobijo cálido se mezclaba con nuestras voces de niños que conjuraban el miedo inmemorial a la llegada de la noche y con nuestras voces de ahora, ensombrecidas por los acontecimientos que engendra esta época, camino del cementerio y pensando en todas estas cosas mientras bajamos por las calles sumidas en una grisura lluviosa.

Cruzamos la ciudad en el coche de Martín. Antes habíamos entrado en uno de los puestos de flores que hay al lado del Ayuntamiento. Después continuamos durante un rato por la carretera de salida en silencio, escuchando únicamente el sonido amortiguado del motor, su corazón mecánico, hasta que llegamos al paseo de cipreses que precede a la verja de entrada. El cementerio civil es más pequeño que el religioso, ambos están separados por un muro de piedra de apenas metro y medio rematado por una especie de balaustrada de hierro forjado. En él no hay imágenes de bronce, ni santos, ni capillas enrejadas, ni mausoleos funerarios con encrepamientos barrocos. Es un lugar sencillo igual que un pequeño jardín. Caminamos los tres en zigzag, por un sendero de gravilla. Siempre me ha llamado la atención la forma que tiene la lluvia de caer sobre determinados lugares: un estadio vacío, las calles deshabitadas de una ciudad, los solares en ruinas, un cementerio... la luz desvaída goteando entre los árboles, esa manera especial de endurecerse sobre la piedra igual que un barniz. Mientras caminábamos veía el faldón de la gabardina de Byron aletear como un velamen a la deriva entre las losas de piedra salpicadas de musgo. La garganta doliéndome en silencio. Me fijé en el verde tierno de la hilera de hierba que bordeaba el empedrado. Cuando llegamos deposité sobre el mármol el pequeño ramo de flores blancas y leí en alto la inscripción de la lápida:

ÁNGELA DONOSO ALBES

1921-1985.

Que la tierra le sea leve

MARTÍN REMEMORA LAS ENSEÑANZAS DE LANCELOT Y EL CLUB DE LOS POETAS MUERTOS

Recuerdo perfectamente sus clases. El primer día entró en el aula con las manos en los bolsillos, se paseó entre los pupitres sin decir una sola palabra y cuando nuestro desconcierto rozaba ya la situación límite de desbandada general, entonces, desde la tarima, con una voz de ultratumba que ninguno de nosotros podrá olvidar nunca, empezó a recitar:

*Retirado en la paz de estos desiertos,
con pocos pero doctos libros juntos,
vivo en conversación con los difuntos
y escucho con mis ojos a los muertos.*

Después preguntó si alguno de nosotros sabía quién era el autor de aquellos versos. Ni idea, claro. ¿Acaso lo sabe usted? Está bien, se lo diré: Quevedo. Tendría que haber asistido a sus clases. Valía la pena. Luego escribió el poema completo en la pizarra.

*Si no siempre entendidos, siempre abiertos,
o enmiendan o fecundan mis asuntos;
y en músicos callados contrapuntos
al sueño de la vida hablan despiertos.*

—¿Quién sabe qué significa? —preguntó a continuación. Se hizo un silencio sepulcral hasta que, de la fila de en medio, empezaron a salir algunas voces al principio débiles y aisladas pero después más fuertes, atropellándose. «Habla de alguien que va a visitar a los muertos», apuntó uno. «Es el espíritu del conde Drácula», dijo otro provocando un murmullo jocoso. «La noche de los muertos vivientes», señalaron desde el fondo y la hilaridad ambiental fue subiendo de tono.

Entonces se oyó la voz de Byron diciendo que de lo que hablaba en realidad aquel poema era de la lectura, de las voces de los poetas muertos «... que al sueño de la vida hablan despiertos». Si le pregunta a Byron directamente sobre este asunto, le responderá que no recuerda nada. Ya conoce su obsesión por hacerse el amnésico crónico, especialmente en lo que se refiere a aquellos años. Claro que tiene sus motivos. Pero no le haga caso, lo recuerda todo perfectamente y mejor incluso que cualquiera de nosotros. Byron se hizo desde aquel momento un seguidor incondicional de Quevedo. Yo opino que lo que le gustaba de él era su extrañeza, los contrastes, la propia dificultad de su estilo, que siempre le daba la oportunidad de interpretarlo a su manera y sentirse así diferente a los demás. Tal vez, también, se identificaba con su carácter enrevesado y contradictorio. Cuanto más se internaba en todos aquellos sonetos, más se iba alejando del mundo real pero, curiosamente al mismo tiempo, más se acercaba a sí mismo. Creo que era la clave también de su relación con Lancelot, que en aquel momento, claro, todavía no era Lancelot, porque la obra de teatro que le sirvió de agua bautismal no se había representado todavía. Pero en cualquier caso, si le parece y para evitar posibles confusiones, será mejor que sigamos refiriéndonos a nuestro profesor de Literatura como Lancelot, aunque sea con efectos retroactivos.

Byron lo admiró desde el primer día de clase. Pero su admiración no era igual a la que podía sentir cualquiera de nosotros. Era una admiración distinta. Se comunicaban con gestos leves, como si hubiera entre ellos un código particular de señales, una especie de... Bueno, era algo intuitivo en realidad. Lancelot le dio lo que, de algún modo, ya estaba en él. Como si las ideas existieran en su mente antes de entenderlas y el aprendizaje no fuera más que el modo en el que éstas se iban abriendo camino paulatinamente en su cabeza hasta llegar a un punto de clarividencia. Si a una persona le das justo lo que estaba buscando, ya es tuya. No hace falta ser un experto en psicología para darse cuenta de que en la vida de Byron faltaba una figura masculina. Su padre murió cuando él era muy pequeño, no conoció a su abuelo, nunca tuvo hermanos, ni tíos, ni amigos mayores, por eso es comprensible que sintiera por Lancelot esa clase especial de estima que... Bueno, como la que le profesaba el joven Adso a su maestro Guillermo de Baskerville, para que se haga una idea.

Le contaré cómo eran sus clases y así podrá entenderlo. A veces, él tomaba una palabra como si se tratase de un objeto o una fruta e iba definiendo su color, su volumen, los contornos, su peso, incluso el tacto hasta convertirla en una manzana, por ejemplo. Pero lo curioso no era esto. Lo curioso y hasta lo extraordinario era que mientras hablaba nos hacía sentir la manera en que nuestra mano se iba curvando para sostenerla e iba tomando lentamente su calor. O nos hacía percibir la acidez de un limón recién abierto cuya corteza se arrugaba para llegar a nuestro olfato convertida en aroma.

Una actividad que también hacíamos con frecuencia era copiar un poema en la pizarra dejando entre los versos un espacio libre. Después teníamos que rellenar en la

libreta ese espacio con nuestra propia interpretación de cada verso o nuestro requiebro. Era un ejercicio difícil. Byron siempre encontraba la palabra que todos habíamos estado persiguiendo y luego la dejaba crecer hasta convertirla en una frase. Después le ponía música y ya estaba: quedaba allí escrita con tiza en el hueco vacío que habíamos dejado. La palabra original quedaba enmarcada en un círculo como una isla pequeña. Lancelot nos demostraba que, si la isla se trasladaba de lugar, podía cambiar la idea entera, todo su sentido. Creo que esa posibilidad de transformación era lo que fascinaba a Byron. Quizá fuera un modo de... No sé, de buscarle a todo un significado, una respuesta que le sirviera para contestar a sus propias preguntas. Supongo que pensaba que, igual que una palabra cambiada de posición podía alterar completamente el significado de una frase, de la misma manera un acontecimiento del pasado, situado en otro lugar y en otro momento, podía en virtud de esa pequeña variación modificar el curso de una vida, evitar un suceso o provocarlo. Hacer que un determinado futuro, que parecía perfilarse como irremediable, no llegase nunca a ser cierto.

Claro que ésta es una reflexión *a posteriori* y por lo tanto no tiene mucho mérito. Creemos comprender las cosas cuando ya es demasiado tarde y el entendimiento no sirve de mucho. En fin, ya sabe... Se empieza a comprender a una mujer cuando ya no nos pertenece, se aprende a tratarla cuando ha dejado de importarnos y se llega a practicar el sexo con sabiduría cuando ella ya nos detesta. La historia de siempre en la vida.

BYRON ANTE UN ENCUENTRO INESPERADO Y DE LOS HÁBITOS DEL ALMA

No sé si fueron tus flores blancas encima de su tumba, el olor a eucalipto o el cielo duro y la lluvia que no parecía estar cayendo encima de ninguna parte como si en realidad no estuviera lloviendo en ese momento, sino hace años y lo que nos mojara fuera solamente el recuerdo. Lo cierto es que, a veces, la atmósfera de un momento determinado parece especialmente diseñada para un estado de ánimo. Si alguna vez consiguiera explicarte, Inés, o explicarme o que alguien me explicara en qué regiones purpúreas del inconsciente, en qué redondel de la noche está ese territorio o espacio aureado de lucidez en el que habitan las personas que hemos conocido y querido y donde flotan todos sus gestos y hasta sus más olvidadas palabras y dentro del cual estamos nosotros también en otra época, los que hubiéramos sido. Si alguna vez consiguiera explicar eso, Inés, tal vez...

El recuerdo no se anuncia, viene calladamente, tal cual lo escribo, sin indicaciones, igual que si se tratara de esa isla o ciudad perdida o lugar al que acabo de referirme y al que no se puede regresar si no es así, mintiendo un poco, equivocando el tiempo. Pues bien, aquel día habías faltado a clase de francés. Te encontré en uno de los bares del puerto, un local sucio con olor a fritanga y serrín en las baldosas. Había una máquina tragaperras al lado de la barra, la luz era artificial, cruda y sin matices, proyectada desde el techo por dos tubos blancos de neón. Un grupo de obreros del astillero con monos azules seguía absorto el partido de fútbol que estaban retransmitiendo por televisión. Tus ojos destellaron un relámpago de sorpresa cuando me viste aparecer, aunque he de reconocer que enseguida supiste recomponer el gesto y rápidamente la incredulidad y el malestar por hallarte descubierta dieron paso a una mirada arrogante. Encendí un cigarrillo, empezaba a oscurecer. Por supuesto, no quisiste decirme qué demonios estabas haciendo allí, un lugar donde nunca hubiera imaginado encontrarte. Después te seguí hasta tu casa por una callejuela gris sin que tú me vieras. Era así, nada y todo. Esperé amparado en la marquesina del portal, con frío. Esperé es una manera de decirlo, pero no la que más se aproxima a la verdad. Estuve de pie muriéndome de amor junto a las sombras negras de los edificios, se ajusta más a una versión sincera. Tenía toda la noche para

mí solo, lloviznó casi de madrugada y la lluvia me mojó los párpados, resbaló lentamente, salada hasta mis labios. Pero aquello no era llorar, era como quedarse en paz, una sensación perezosa de no moverse, de estar abstraído apenas respirando sin intimidad, sin orgullo, sin nada que importase.

(Por la noche, una o dos de la madrugada, en mi cuarto con vistas a los tejados de la calle Núñez de Balboa, al letrero azul fluorescente de los cines Casablanca y, más allá, al cerro Santa Marina y a los sótanos de mi alma, *perdona la tristeza*.)... Una noche como ésta —dijo Raymond Chandler en una de sus novelas—, y tiene que estar llena de muerte... Probablemente estoy borracho. Pero hay que reconocer que no existen muchas maneras efectivas de soportar el mundo sin una copa en la mano, o provisionalmente efectivas, al menos. Pero eso ya es mucho, ya es demasiado, la provisionalidad, digo. O sea, ese mínimo punto luminoso momentáneo y fugaz de algo. Tener esa sensación, da igual que sea pasajera, saber que existe, que en algún lugar de la mente existe esa luz, bien vale un brindis aunque sea con uno mismo, en solitario, o contra uno mismo. Así que voy a tratar de conservar esta ligera esencia del *whisky* en el cuerpo y servirme otro vaso con dos cubitos de hielo y sentir el roce frío en los labios que es ¡hum!... una especie de sosiego.

«... vuelvo atrás a ver los años / que han nevado la edad florida mía»: tú llevabas unos vaqueros de color azul muy ajustados, que parecían especialmente diseñados para tu manera de andar, un poco inclinada hacia adelante como si de un momento a otro fueras a tropezar, y también llevabas un jersey negro de cuello vuelto que te daba cierto aire de anarquista de los años veinte, caminabas con un paso tan vago y secreto que yo, mientras te seguía por aquella calle estrecha, iba sintiendo cómo crecía dentro de mí un sentimiento de persecución excitante. Antes habías estado algo nerviosa (y desagradable si me lo permites) apoyada en la barra de aquel bar de cristales sucios. No sé qué dijiste, algo dijiste. Había un matiz novedoso en tus gestos, una desenvoltura recién adquirida, como si hubieras crecido de pronto. Te echaste un mechón de pelo hacia atrás con la mano y en el mismo movimiento te lo recogiste en la nuca, medio sonriendo con una expresión ambigua y sospechosa y también de infinita paciencia. Sí, que estabas esperando a alguien, eso afirmaste. Siempre me fascinó la velocidad que te separa la sonrisa de los ojos como si hubiera en ella una intención tan anticipada que tarda en llegarte a la mirada y cuando llega es como el resplandor de esas estrellas que vemos destellar aunque haga años que hayan desaparecido (curiosa cuestión esta de la sincronía y la diacronía). ¿A qué certezas no hubiera llegado Einstein de haber podido observar los fenómenos físicos que acontecen en tus ojos? Te habías puesto un poco de maquillaje y la luz cruda de la cafetería adquiría en tu rostro un resplandor algo satánico al excusarte. O me lo parecía a mí. Siempre fuiste de esa clase de mujeres que ni cuando miente dice la verdad. Que no podías venir a mi casa esa tarde —aseguraste— ni tampoco al día siguiente, ni probablemente al otro. Te salía la voz lenta, con un ligero deje de coquetería y traición como si existiese una gran distancia entre lo que decías y lo que

querías decir. Parecía que estuvieses interpretando un papel de espía o de rubia fatal, vagamente parecida a Jessica Lange en *El cartero siempre llama dos veces*. Apoyabas la espalda contra la barra como ella, con un cigarrillo en una mano y la otra en la cadera, provocativamente y mirabas hacia otro lado con una mezcla de indiferencia y descaro. Era fácil herirme. Yo lo veía todo muy claro. Te respondí indignado. Y todo significaba todo, o sea, nada. Y muchas cosas más dije, incluso saqué a relucir, los misterios del desván y la prestigiosa hamaca de Veracruz en un arranque del todo shakesperiano hasta que tú te llevaste los dedos a los oídos para no escuchar tanto disparate, con la misma naturalidad con la que uno se protege de un sonido demasiado molesto y con la misma mirada sobre todo, porque tú, ése es el problema, tienes la misma mirada estrictamente asesina que te recuerdo desde los doce años, como te manifesté en alguna ocasión. Perdona, los borrachos a veces somos repetitivos. Bien, estaba diciendo que te tapaste los oídos y después hiciste ese gesto de suficiencia que consiste en mover la cabeza hacia los lados con insoportable madurez y con toda la superioridad que te daba la situación. Pensé en estrangularte allí mismo, pero no tuve la suficiente rapidez de reflejos. Después te quedaste inmóvil, como una fiera satisfecha después de haber colmado su apetito con la primera dentellada. Naturalmente, el animal herido era yo o, mejor dicho, lo que quedaba de mí. Y encendiste tranquilamente otro cigarrillo, con la mente ya en otra parte, desprendiéndote de todo lo que pudiera unirnos, como recién muerta. Jamás hubiera adivinado quién era el misterioso Godot al que esperabas. Es más, aunque me lo hubieras jurado, no te habría creído. Ya ves, así de irrevocable es la fibra de inocencia que separa el corazón de un cerebro humano.

Ese día debió de suceder algo definitivo, debió de ocurrir algo que me volvió así. Como soy ahora. Iba a escribir que ahora soy el que soy, pero me parece un poco enfático y bíblico y sobre todo incoherente, ya que justamente ahora no tengo nada claro quién soy y más considerando que son siempre tantos los seres que me habitan. Pero en fin. ¿Por dónde iba? Sí, estaba tratando de explicarte lo que me sucedió. Perdí algo que había tenido y dejé de tener, aunque no podría precisar qué era ese algo. Tal vez descubrí que esa cosa dulce y como milagrosa que uno siente cuando está enamorado era posible y existía en el mundo pero yo, que entonces, claro, era el que era, nunca jamás volvería ya a sentirla igual, de la misma manera, con la misma veneración e intensidad. En cambio, encontré un sucedáneo provisional muy efectivo: la piedad, la ternura aplazada, la poesía si se quiere, que como descubrí más tarde es perfectamente soluble en alcohol. Eso fue lo que ocurrió, lo importante y hasta lo terrible. No que alguna cosa hubiera terminado o la hubiera perdido, sino la noción de pérdida en sí misma como algo irremediable.

—Escúchame —dije en un último y desesperado intento por retenerte—. Ya sabes todo lo que significas para mí.

—¿Qué? —preguntaste sin inmutarte.

Se oía de fondo la voz del locutor que estaba retransmitiendo el partido. Miré

hacia la calle y me fijé en que el cielo parecía estar hundiéndose poco a poco.

—¡Qué qué! —exclamé yo sin comprender.

—¿Qué signífico? —aclaraste tú con la misma imperturbable calma, casi distraídamente.

—Mira —dije, agarrándote repentinamente del brazo sin saber si retorcértelo o por el contrario recurrir a Garcilaso y recitar aquello de: «Yo no nací sino para querer...» pero lo pensé mejor y me limité a mirarte aviesamente, después me atraganté con el humo del cigarrillo y me puse nervioso y noté que un camarero nos observaba con actitud reprobatoria desde el fondo del mostrador y tuve la impresión repentinamente clarividente de que cualquier cosa que dijera iba a ser utilizada en mi contra. Así que finalmente opté por dejar la frase sin concluir, aprovechándome de la tos. Te solté el brazo y te dejé marchar.

Se me ocurre que, entre el acto de verte salir por la portezuela de cristal de aquel bar infame con toda naturalidad y desenvoltura y el de volver a verte entrar esta mañana en el café Central, empujando la puerta también de cristal para más coincidencia, con la misma naturalidad, un palmo más crecida, caminando al tiempo que te sacabas la gabardina y mirabas el reloj con una especie de gesto de disculpa por haberte retrasado, entre un acto y otro, decía, hay un abismo profundo, un agujero negro, una sucesión infinita de minutos y segundos como toda la eternidad. Y eso nada más es lo que debió de ser mi vida entretanto, Inés, un itinerario un poco confuso que me llevó de ser aquél, a ser otro y por último a ser éste, y quién sabe si incluso a ser yo mismo el que soy ahora bajo el efecto de los recuerdos, la vaguedad de la noche y algún que otro *whisky*.

INÉS EVOCA LA MEMORIA DEL EXILIO Y LOS EXILIOS DE LA MEMORIA

Más que nada, me conmueve ahora ese nombre inscrito sobre una lápida, que no había vuelto a pronunciar en todos estos años. Y con ese nombre extraviado en el tiempo me viene a la memoria la luz dorada del quinqué que había sobre la mesa camilla y el anochecer de tonos violetas entrando por el ventanal de la galería cuyos visillos ella descorría porque le gustaba contemplar cómo la oscuridad iba ganando la calle y nos señalaba con el dedo los pequeños rectángulos amarillos de las ventanas que se iban iluminando de uno en uno y por los que, de vez en cuando, cruzaban sombras fugaces que nosotros mirábamos con curiosidad de astronautas como si fueran planetas desconocidos donde transcurrían otras vidas.

Desde siempre me ha encantado este momento. La penumbra es tan tenue que todavía me permite entrever desde la habitación del hotel una hilera de plátanos deshojados y las fachadas de piedra de las casas que hay al otro lado de la plaza. Es el momento en el que el día ha agotado toda su energía emprendedora y no queda ya nada útil por hacer, nada relacionado con la inmobiliaria, ni con las compañías de seguros, ni con el registro de la propiedad.

Empieza el tiempo de la calma o de la fatiga que la propicia. Es la hora en que las barcas de pesca regresan a la orilla y los hombres abandonan sus faenas y se quedan quietos mirando el mar con la brasa de un cigarrillo brillándoles entre los dedos. La hora en la que todas las abuelas del mundo cuentan historias a sus nietos, igual que la abuela Ángela nos las contaba a nosotros, sentada en la mecedora con su toca de lana sobre los hombros y la cabeza echada hacia atrás, un poco soñadoramente, como una dama de nieve que irradiaba a su alrededor una especie de aura legendaria que nos tenía a los tres clavados al sofá, hipnotizados, pendientes de cada una de las palabras que salían fluidamente de su boca como si su voz fuera un río lento venido de muy lejos. Y no eran sólo las palabras, sino lo que convocaba con ellas, las imágenes y la memoria y todos los mundos lejanos que ella había habitado. Sobre la mesa, en un portarretratos de plata, había una fotografía de Byron con cinco años, delante de una pared caleada y festoneada de geranios, con sombrero mexicano, chaleco, pantalón corto y una mirada enfurruñada y arisca de niño al que no le gusta que le hagan fotos.

También había una fotografía de sus padres, muy jóvenes, abrazados y sonrientes en el banco de un parque. Ella tenía la cara ligeramente ladeada y lo miraba a él con unos ojos soñadores de mujer enamorada y un casi nada de rubor en las mejillas, una pincelada apenas del rosa pálido con el que se retocaban antes las fotos en blanco y negro. Y le sonreía tentadoramente ajena al futuro y a la muerte que les esperaba a los dos en una pacífica carretera flanqueada por dunas, cuando ella ya se creía a salvo, después de haber sorteado todos los peligros. Después de haber cruzado en brazos de su madre la frontera una noche de 1939, que nosotros conocíamos con todo detalle de tantas veces como lo habíamos oído contar; después de haber sobrevivido en Francia, a las persecuciones de judíos y refugiados en los primeros meses de ocupación nazi; después de ver haber visto la esvástica ondeando en la torre Eiffel un día de junio en el que Londres era la capital de todas las esperanzas y París era sólo París; después de escuchar a su madre maldecir en español a los soldados alemanes que patrullaban por los Campos Elíseos, delante de niños y mujeres que miraban los tanques con la voz ahogada por un silencio terrible, porque un solo uniforme alemán por cualquier calle de Francia era una ignominia tan dolorosa que les quemaba los ojos; después de subir y bajar cientos de veces por las escaleras de aquella casa de la rué Poulet, donde le daban una sopa que era apenas agua lavada con cebolla y ajo, pero que ella devoraba con voracidad de superviviente, dejando el plato tan limpio como si fuera a encontrar un tesoro dibujado en el fondo; después de ir y venir también a todas las otras casas de los suburbios de Choisy-le Roi, a las que la llevaba su madre de la mano, enfundada en un abrigo demasiado grande para repartir unos extraños naipes que, como supo más tarde, ocultaban planos y mapas e información en clave para la Resistencia y que eran fabricados en una pequeña imprenta clandestina situada en el patio interior de la rué Chevrieul, número 6, detrás de la droguería Les Vosgues.

Por la noche, después del toque de queda permanecía quieta y oía a los gendarmes desfilando arriba y abajo por la rué Rivoli o por el bulevar Saint Germain como si toda la ciudad fuera un cuartel. Discernía todos los sonidos, podía diferenciar el estruendo de los motores de los cazas de la Luftwaffe del zumbido más sigiloso de los aviones de la RAF; era capaz de distinguir los disparos de mortero de las descargas de la artillería antiaérea y el tableteo de las ametralladoras del eco de los fusiles. Había aprendido a vivir así, tragándose el miedo, con el corazón en vilo, oyendo voces que discutían de política en un idioma que ella no conocía, pendiente de la cara que ponía su madre ante las informaciones que daban por la radio, durmiendo cada noche en una casa distinta, de una ciudad extraña, de un país al que todavía no amaba. Una vez, mientras una patrulla vigilaba la casa en la que estaban refugiadas, se pilló un dedo en una puerta y la uña se le puso negra, pero aun así no dejó escapar el más mínimo gemido de dolor que pudiera delatarlas. Después, las noticias de las detenciones empezaron a extenderse desde una casa a otra, como un reguero de pólvora. Entonces todo se hizo demasiado peligroso y hubo que buscar la manera de salir de allí. Y así fue como emprendieron el viaje a México, en un barco

clandestino que salió del puerto de La Rochelle un día con el mar de cobalto que ella no olvidaría nunca porque llevaba escondido en el bolsillo de su abrigo de niña, el tesoro de un terrón de azúcar. Después de eso, de todo, de haber sobrevivido a lo peor, resulta que la muerte estaba oculta detrás de una curva aparentemente inofensiva, en una carretera estrecha que conducía al mar, en aquel otro lado del mundo donde había nacido su madre y donde también nacería su hijo. La tierra prometida de la que hablaba la abuela Ángela con aquel acento dulcísimo y lleno de eses, y que era un mundo brillante y pulido por el sol, con pueblos blancos de calles estrechas y placitas de tierra con cielos muy claros incandescentes al mediodía y azafranados al caer la tarde, con campanarios de esplendores barrocos y viviendas con flores como aquella casa de los geranios donde nació Byron. En la fotografía tenía los mismos pómulos altos de su madre, las cejas muy dibujadas y la misma mirada magnética de indio. Por eso, a veces, su abuela se quedaba mirándolo muy seria hasta que los ojos se le llenaban de lágrimas y tenía que enjugárselas con el borde del delantal. Así la recuerdo, con el quinqué encendido y los visillos descorridos y los pequeños rectángulos de luz que se iban iluminando en la calle Núñez de Balboa, mientras hablaba con aquel rastro tan dulce de su lengua de Veracruz y nosotros la escuchábamos atentísimos delante de un humeante tazón de colacao en el que mojábamos galletas María, inhalando sus palabras, sin perdernos detalle con el firme propósito de hacer nuestra la memoria de aquel tiempo.

Regresar a una ciudad es asomarse constantemente al borde de un mar interior en el que van y vienen los recuerdos como olas cargadas de sal que nos convierten en naufragos: las palabras, los objetos, las calles, sus nombres, las fotografías, todas las cosas parecen enhebradas por hilos invisibles, por extrañas voces, por palabras de poetas como aquellas de Vallejo que pronunció Lancelot despaciosamente una mañana en clase: «... Y cuando nos veremos con los demás, al borde / de una mañana eterna, desayunados todos». Palabras que incluso ahora, al recordarlas después de tantos años, mientras escribo esto y miro la plaza allá abajo, iluminada por las farolas, siento un escalofrío subiéndome por la espalda, erizándome la piel. El mismo escalofrío que me paraliza al evocar su rostro de profesor vehemente entre las altas paredes del aula, otro rostro del pasado y tengo miedo de que me falle la memoria y olvide algún detalle, por mínimo que sea, el color de su jersey, la pequeña cicatriz que tenía sobre la ceja izquierda, la manera en la que pasaba las hojas de un libro con dedos largos apenas tocados por un vello muy fino, sus frases dilatándose en mis oídos, el sonido de su respiración, los labios y las manos mezclados en aquella confusión de sentimiento complicado que nos fue ganando después, la tensión de la mirada sin voluntad, la forma en la que al final nos perseguimos, ávidamente, con impaciencia de amantes furtivos que no pueden tocarse ni encontrarse y se buscan de otro modo extraño, como se buscan los mineros dentro de un túnel después de un derrumbe; enceguecidos e impacientes completamente ajenos al miedo o a la prudencia como si la posibilidad de que alguien pudiera descubrirnos no fuera ni por

asomo tan terrible como la de no poder vernos ni tenernos. Pero no siempre nos daba tiempo a llegar a su casa y entonces nuestros encuentros se perdían en un laberinto de calles y bares escondidos a los que yo llegaba sin aliento, con una punzada de ansiedad en la boca del estómago. Otras veces conseguíamos llegar a aquel ático de la calle de la Paz donde los minutos se nos deshacían en abrazos con las ventanas cerradas al viento del invierno, y los sonidos de la ciudad filtrándose amortiguados en la quietud de cualquier tarde. Y así permanecíamos al abrigo de un súbito entendimiento, casi dulce, involuntario, también cruel, cómplices en el delito sin posibilidad, ni necesidad, ni deseo alguno de redención. Aunque a veces, sobre todo en los últimos días, notaba ya en sus caricias una fatiga sin peso, una especie de incertidumbre o fatalidad que se ponía de manifiesto por la forma en la que se dejaba caer sobre la cama, extenuado, como si tuviera que hacer un gran esfuerzo para seguir respirando, con los ojos cerrados y el pelo en sombra amenazándole la frente, mientras yo, con la ignorancia imperdonable de mi edad, no alcanzaba aún a sospechar. Pero de nada sirven las señales o signos que ahora interpretamos como premoniciones si en su momento no tuvieron la suficiente luz para alertarnos o ponernos sobre aviso y modificar el curso de lo que ahora ya nadie puede cambiar.

DONDE MARTÍN DA NOTICIA DE LA ALIANZA ENTRE BYRON Y LANCELOT

En cierto modo, aquel último curso fue definitivo para todos. Desde el momento en que Lancelot apareció ya nada volvió a ser como antes. Podría decirse que era uno de esos hombres sin edad definida, con un rostro atemporal. Según la expresión de cada momento podía representar que tenía treinta y pocos años o bastantes más de cuarenta. Lo más característico de su fisonomía, además de su altura, era precisamente eso, la variabilidad de su semblante. Era capaz de pasar en pocos segundos de la tensión a la pasividad; de la risa irrefrenable a una expresión voluntariosa que se le concentraba en la comisura de los labios y que, en ocasiones, se le manifestaba en un gesto duro de persona acostumbrada a tener razón. Daba la impresión de que sus estados de ánimo se sucedían con demasiada rapidez, me refiero a... Bueno, nunca sabías por dónde podía salir. Su rostro poseía un extraño magnetismo, una apostura más bien propia de un actor, a lo que también contribuía su voz grave y su manera de andar y de moverse. Tenía el pelo castaño y lo llevaba bastante más largo que la mayoría de los profesores. Eso le daba un cierto aspecto de mosquetero y si añadimos que solía llevar un tabardo marinero con las solapas levantadas y vestirse con pantalones de pana y jerseys anchos, en lugar de hacerlo con chaqueta y corbata, entenderá que le resultara muy fácil despertar nuestras simpatías. Sus clases eran ingeniosas, divertidas y, desde luego, totalmente distintas a las de todos los profesores que habíamos conocido hasta entonces. Pero... No sé, a veces sus habilidades verbales, su manía de sacarle punta a cualquier frase, me parecían un poco... Un poco innecesarias, como si fueran alardes de ingenio, fuegos de artificio destinados sólo a impresionarnos.

No voy a negar que tuviera talento, pero su forma de tener talento era... ¿Cómo le diría? Un tanto premeditada. Probablemente Byron e Inés no estén de acuerdo en esto. Ya le dije que a ellos se los ganó sin condiciones desde el primer momento. Pero yo sé lo que digo. En una ocasión nos leyó una cita de Flaubert: «Todos nosotros somos pájaros enjaulados —dijo— y la vida pesa más sobre los que tienen las alas más grandes». A continuación, con aquella facilidad suya para crear atmósferas de suspense, nos miró sonriendo y añadió: «Eso es lo que hay, muchachos, podemos

elegir entre ser águilas o canarios». ¿Ve lo que le decía? Era exactamente el tipo de frases que conquistaba a Byron. Le hacía sentir que volaba alto.

Había algo entre ellos dos, algo que en verdad tenía que ser un secreto. Por eso era difícil comprender lo que se decían y cómo hablaban y... bueno, no sé, esa especie de complicidad. Se apoyaban el uno en el otro, se complementaban. Lo que es seguro es que tenía razón en lo que decía de los pájaros. Hay personas que eligen morir como Ícaro, abrasadas por intentar llegar al sol y hay otras que prefieren sencillamente ir viviendo sin despegarse mucho del suelo. Águilas y canarios. Byron era de las primeras. Tal vez eso explique algunas cosas. No todas las cosas, he dicho sólo algunas cosas. Pero el pasado es el pasado, las cosas suceden, se olvidan y pasan a la historia o no se olvidan pero, en cualquier caso, nadie puede cambiarlas. Así que volvamos al presente.

Siempre tomo un café con Byron en el Central antes de ir a trabajar. Está cerca de mi oficina y de la emisora de radio donde él tiene su programa matinal. Esta mañana era más temprano que otras veces y estábamos solos. La atmósfera parecía fresca y limpia. Todo estaba reluciente. Eloy, el camarero, tenía la chaqueta impecable, la pajarita en su sitio y un paño blanco bien doblado sobre el antebrazo. Las botellas de ginebra, de coñac, de *whisky*, de *bourbon* estaban perfectamente alineadas en la vitrina con sus etiquetas a la vista: Larios, Dyc, Gran Garvey, Soberano, Havana Club... Byron pidió una copa de Armagnac con el café. Debí de hacer inconscientemente un gesto reprobatorio. No se trataba de que me pareciera mal que bebiera, era sólo que desde la llegada de Inés me daba la impresión de que cada día adelantaba un poco más la hora de empezar.

Byron se quedó mirándome sin decir nada y al cabo de un momento le pidió a Eloy que dejara la botella sobre la mesa. Yo me di cuenta que ésa era la manera de poner de manifiesto su susceptibilidad. Es típico, la mínima alusión al tema provoca en él una reacción de ese estilo... creo que no es nada premeditado, sino una especie de impulso, como si estuviera deseando siempre que alguien le diera algún motivo para sospechar que lo estaban tratando como a un alcohólico. Se quedó esperando cualquier gesto o frase condenatoria por mi parte y añadió entrando en una de sus propias trampas:

—Detesto oír que no debo seguir bebiendo cuando ni siquiera se puede decir que haya empezado a beber. Pero todavía detesto más que me lo digan sin palabras, de modo indirecto.

Y acto seguido se sirvió una medida de coñac terrorífica. Como yo no estaba dispuesto a seguirle el juego, no hice comentario alguno pero él todavía insistió:

—¿Qué pasa? ¿Hay algo que te parece mal? ¿Crees que estoy arruinando mi vida? ¿Que hago sufrir a los míos, a los tuyos, a alguien?

—Ningún problema —le contesté—. Por mí, puedes hacer lo que quieras.

Sabía que ésa era la única manera de tratarlo cuando se ponía así.

Antes del regreso de Inés ya bebía pero digamos que tenía la adicción, de algún

modo, controlada. Ahora vuelve al principio, a la virulencia de los primeros días, cuando... Bueno, cuando apareció el coche en la playa.

Empezó a actuar así entonces. No parecía exactamente que se estuviera destruyendo sino que daba la impresión de estar haciendo la única cosa que podía hacer. Cuando llegaba a un determinado punto no se podía predecir nada con respecto a él, excepto... Excepto que se convertiría en alguien a quien jamás habíamos conocido antes.

Nunca olvidaré aquel día fatídico. Él debió de ser de los primeros en enterarse. Tal vez lo supo antes de que ocurriera, lo vio en su mente. Ya le dije que Byron tenía esa especie de... Bueno, una manera suya de saber las cosas. Lo que pasa es que eso puede llegar a ser una enfermedad. ¿Entiende? Porque... Porque yo lo vi aquella noche. Lo busqué por todas partes y al final lo encontré en los bares del malecón, tambaleante con la camisa destrozada, las sienes sudorosas, las venas del cuello hinchadas. Lo arrastré como pude hasta su casa. Subió las escaleras con dificultad, los ojos encabritados, temblando, poseído por un repentino furor, desesperado por no encontrar más cosas para estrellar contra la pared, como si una fuerza extraña se hubiera alojado en su persona. Parecía como si... Parecía haberse vuelto loco. No se había emborrachado como hacen otras personas, para olvidar, sino justamente para lo contrario... Para no permitirse olvidar ni siquiera por un momento. Hay que imaginárselo, el miedo por un lado y aquellas imágenes emergiendo del agua y entrándole por los ojos, dolorosamente y extendiéndose por las terminaciones nerviosas de su cerebro, meninges y neuronas puntiformes, entramadas como una tela de araña, o sea, como una trampa para esos molestos moscones que son los pensamientos. Como usted sabe, Lancelot no era sólo un profesor para él, era... En fin, él lo idolatraba. Yo creo que dos personas que se encuentran dentro del mismo edificio en llamas no pueden ayudarse entre ellas. Lo más que pueden hacer es decidir quién saltará primero. A veces pienso que si yo hubiera... pero qué más da... de todos modos, habría sucedido. El miedo y las imágenes. Las imágenes y el miedo. Algo hizo clic, en su interior. Quizá fuera el estupor, o tal vez fuera el silencio absoluto que surgió dentro de su cabeza, o el estrépito. Fuera lo que fuese, era algo demasiado grande para él, demasiado fuerte... Algo que le estrangulaba la garganta con un sonido de risa histérica que se oía desde el otro lado de la calle y que luego se fue convirtiendo en un llanto que no llegó a contener mientras su abuela trataba de calmarlo y acostarlo, y yo iba a llamar enseguida a un médico. Parecía como si hubiera entrado en una burbuja aislada donde no podían llegarle nuestras palabras, donde nadie podía ayudarlo y... En fin, era algo complicado, una especie de enfermedad... Igual que si se encontrara en estado de hibernación, cubierto por un manto de hielo o de oscuridad o tal vez de agua. No sé. ¿Quién puede saberlo? Después estuvo durmiendo durante dos días seguidos y tardó algún tiempo más en recuperarse. Cuando por fin volvió a salir a la calle, Inés ya no estaba en Santalén.

BYRON Y EL CORO DE LAS VÍRGENES

Hay algunos momentos brevísimos que duran una eternidad como el resplandor fugaz de una vidriera gótica en la que un ángel desenvaina una espada de zafiro y, con una voz acabada y bella como ninguna, pronuncia estas palabras que justamente ahora me vienen a la mente desde la negrura sideral de un fotograma: «Yo he visto cosas que vosotros no creeríais jamás, atacar naves en llamas más allá de Orión. He visto rayos T brillar en la oscuridad cerca de la puerta de Tannhäuser. Todos estos momentos se perderán en el tiempo como lágrimas en la lluvia. Es hora de morir». Recuerdo que vimos la película en el cine Casablanca y fue hermoso ese momento porque el replicante descubre que aun no siendo nadie, no siendo nada, aun no teniendo ya cuerpo ni nombre, desvaneciéndose en el aire por encima de las sórdidas azoteas de una ciudad contaminada, aun entonces, mientras muere, y por primera vez, puede recordar. Puede sentir como un hombre la nostalgia del tiempo.

Tú giraste la cabeza hacia mí y dijiste: «Qué triste». ¿Te acuerdas? Sólo eso: «Qué triste», y yo entonces te expliqué que tenía la sensación de que acababa de despertar de un sueño y que me parecía que teníamos otra edad y que estábamos en la sala de un cine de una ciudad indefinida y venidera, de la que, de algún modo, teníamos ya el recuerdo. Bien, algunas cosas de las que existen, como demuestra el ángel anunciador, no están en el pasado ni están en el futuro. Podría decirse que no están en ninguna parte, pero suceden, pertenecen al espacio inexplorado, a los océanos por descubrir. Y son apenas el recuerdo vago de un aroma, una ligera sensación de pensamiento olvidado, la atmósfera cristalizada de una ciudad a última hora, el color del zafiro en la espada de un ángel, tu voz como detenida en la oscuridad de las butacas de platea, tan cálida, cerca de mi oído. Pero eso fue antes de que encendieran las luces. Antes de todo.

Se me pasó el tiempo esta tarde sin darme cuenta, mirando el color azulado de la cúpula de San Francisco con pequeñas manchas pálidas de sol, la torre del campanario sobresaliendo por encima de los tejados, nubes rojas, atardecer, incendios lejanos y silenciosos. Hubo otras mujeres, claro, muchachas altas y sofisticadas con faldas largas y aire jónico de estatuas de alabastro, vírgenes renacentistas, lánguidas, con rizos vaporosos, diosas egipcias, Nefertitis de altas horas de la madrugada,

estudiantes frágiles con pupilas dilatadas por las anfetaminas y una cierta propensión espiritual hacia la tragedia. De todas formas, nunca llegué a conocer a un número de mujeres suficientemente elevado para poder enterrarte en el olvido. No era como estar amándote a ti, era más bien como tener la esperanza de encontrar a una mujer que pudiera, tal vez por un momento, ser llamada Inés, pero sabiendo al mismo tiempo que esa esperanza era demasiado compleja para no ser también una condena. Hubo un cuarto de estudiante con ventanas al río, donde a veces se repetía la misma o parecida escena: tejados abuhardillados, anochecer, Janis Joplin en el tocadiscos, y una muchacha con fe, de una piedad persistente, fumando en la cama, atendiendo, casi maternal de no ser por la edad y la voz, los despojos del aquí presente náufrago básico y prometedor poeta. El juego era creer, tener la esperanza. Es difícil entender siempre la atracción y más tratándose de alguien que sufre de insociabilidad patológica, frecuentes ataques de ira y suele comportarse de un modo deliberadamente desagradable. No sé, debo de tener algo, algún don que todavía no he descubierto, quizá haya momentos en los que irradio un poderoso magnetismo. ¿Quién sabe? Aunque más bien creo que es una cuestión que debe explicarse en clave de ternura, de esa ternura insana que empuja a una clase especial de mujeres en la misma dirección que la desgracia de un hombre.

No era yo lo que les importaba sino mi infelicidad, o ni siquiera la mía, sino la infelicidad misma. Lo digo en su homenaje, admirándolas por ello. Según esta teoría, mi mayor encanto en aquella época residía en unas ojeras profundas, una particular y tambaleante manera de caminar y quizá también en cierta recurrente manía por abrirme las venas pasadas las dos de la madrugada, porque a partir de esa hora el alcohol me ponía espiritual y brumoso, que es tanto como decir insustituible a los ojos de las heroicas Ateneas. Lástima que entonces yo no tuviera un alma para vender ni me hubiese cruzado en alguna esquina con el diablo o alguno de sus empleados porque, sin duda, habría hecho un interesante negocio. Seducir es fácil. Lo malo es que, una vez que uno empieza, ha de persistir y ahí está la dificultad sobre todo teniendo en cuenta lo rápidamente que uno se puede dejar llevar por la falta de interés, de ganas, de motivos en realidad.

Hubo recitales de poesía en el paraninfo de la Universidad, hubo críticas elogiosas en las secciones de cultura de los periódicos locales, hubo fiestas y borracheras irreparables para celebrarlo o para olvidarlo, o para asesinar, ya no recuerdo. Lo que sí recuerdo es a Martín en la puerta de aquellos antros dispuesto siempre a acompañarme en el camino de vuelta por las vastas aceras de la ciudad, deteniendo el paso o aligerándolo, con cara de estar dispuesto a escuchar lo que iba quedando de noche, sin necesidad de comprender nada pero admitiendo todas las posibilidades incomprensibles, sin pretender afirmar ni disentir, ni mucho menos darme consejos, limitándose sólo a estar tenazmente, como hacen los Tauro especialmente si además son los mejores amigos que tiene uno en este mundo. Hubo todo eso y más, días perdidos, noches en blanco, cometas fulgurantes, medias

desparejadas o pendientes de plata y azabache que, por alguna misteriosa y nocturna razón, se quedaban siempre olvidados sobre la mesita de noche. Hubo desconsuelo por falta de fe o de respeto hacia mí mismo, monólogos cínicos, ganas de golpear o de dejarse golpear desde muy temprano, que viene a ser lo mismo que necesitar desesperadamente un trago para poder purificarse o morir o simplemente levantarse al comenzar el día. Y hubo en otras ocasiones, pocas, extraños interludios de calma, fugaces ratos con la felicidad, casi esperanzados y bellos de recordar; hubo Baudelaire, Rimbaud y Lautréamont, gracias a los dioses o a los ángeles vengadores que traspasan el corazón de los hombres con espadas de zafiro. Y hubo también, una mañana de invierno, un sobre ribeteado con los colores del correo aéreo y sellado en Northampton, Inglaterra.

INÉS INVOCA EL ESPÍRITU DE LOS ANTEPASADOS

Ella, a veces, mientras estaba sentada, cosiendo en la galería, con un pie en el pedal de la Singer, rodeada de retales e hilos, nos contaba cómo era Veracruz desde el mar. Aquella claridad de ciudad que brilla asomada a las aguas del puerto, con su silueta espejeante, las palmeras recortándose contra un fondo anaranjado a la caída del sol, campanarios blancos, terrazas de azulejo, ráfagas de aire venidas de la selva, tibias y acariciadoras, la fragancia de las ananás, del tamarindo y de tantos frutos de pulpas jugosas y de tantos humus y savias que se mezclan en el aire impregnándolo de sensaciones físicas, táctiles, membranosas, tan intensas que llegan hasta mí como chispazos en forma de palabras venidas desde muy atrás, que se prolongan en mi memoria con una nitidez que me hace reconocer y recordar lugares, hechos, viajes, olores y personas que en realidad nunca conocí. Pero no sólo son las palabras de la abuela Ángela y su voz, sino también sus ojos intocados por el tiempo e iluminados por una mirada que destellaba fascinación y agradecimiento cuando nos relataba el instante único en que vislumbró aquella costa de verdosas profundidades desde la cubierta de un barco de refugiados, con el corazón encogido por emociones contradictorias y la ciudad refulgiendo en el horizonte, con los codos apoyados en la barandilla de proa, la brisa salobre ardiéndole las mejillas, la frente pensativa, comprendiendo en aquel momento, como yo empiezo a entender ahora, que tal vez no hay más huida que el regreso.

*Tan felices seríamos,
tan así, solos.
Bellos como cruzar puentes,
como encontrar nidos de pájaros,
como llegar en barco a Veracruz.*

Ella adivinó la cercanía de la tierra, por la presencia de ramas de mangle y hojas de cocoteros que flotaban sobre las aguas jaspeadas de esmeralda en la proximidad de los bancos de arena. Una enorme alegría, alegría de fondo, jubilosa, alborotada,

movía a los hombres y a las mujeres a subir a cubierta, corriendo, empujándose, señalando, la curvatura casi maternal, el regazo de la costa de un país amigo, sus playas de ligera pendiente, esplendorosamente blancas, de una arena que parecía tan fina e inasible como el agua que se escurre entre los dedos. Aquél era el país de su más tierna infancia, la tierra que habían elegido sus padres para huir del hambre y que entonces le estaba siendo restituida por alguna milagrosa justicia con una tibieza de tornasoles que le burbujeaba en el alma. Después puso una mano frente a sus ojos y dio rienda suelta al llanto. Empezó a llorar de ese modo callado con el que sólo lloran aquellos a quienes las lágrimas les devuelven la entereza y, en medio de la debilidad y de la visión borrosa, son capaces de maldecir con precisión divina, porque era ya tiempo de recordar la voz de los muertos, de pensar en todos los que estaban a bordo para compartir la alegría de la llegada. Un todos los que no iban a estar ya nunca. Y evocó especialmente la cara de un muchacho inglés con cazadora de aviador que fumaba constantemente cigarrillos sin filtro y que formaba parte de la Brigada Internacional que vino a relevarlos, en las faldas del monte Mansueto, cerca de Valdecebro, cuando ella luchaba en la columna Iberia. Un muchacho que sonreía con esa sonrisa de lujo y altanería que únicamente tienen los hombres que eligen retar al destino.

Aprendieron a quererse con prisa, con el mismo arrojito y entrega y generosidad con la que también se jugaban la vida, porque el amor era una especie de ternura o rabia o acto radical y enamorarse era aferrarse al cuerpo de animal sitiado que él le tendía entre los sacos terreros con una pasión que les urgía a los dos de un modo arrollador, impredecible, con la fuerza que tienen los amores cuando no saben si las caricias podrán repetirse en la siguiente aurora. Por eso se amaban de pie, contra las paredes de una iglesia en un pueblo sitiado, bajo las lonas embarradas de los camiones, en la angostura de las trincheras cavadas en zigzag, donde él la hacía por el talle apretando y ciñendo, rondándole el vientre con una reciedumbre que la trastornaba y le hacía olvidar todas las amenazas, y así se anudaban y confundían, movidos por una energía desconocida que les salía de las entrañas, sudorosos, limpiándose la cara y sonriendo a ratos como si el mundo no estuviera saltando en pedazos, ajenos momentáneamente al desastre que corría por la tierra, mordiendo y arañando y sintiendo al mismo tiempo el latido del corazón entre las piernas, con aquel abrazo que los llevaba engegucidos de un lado a otro, con aquella mezcla de castellano e inglés que hablaban y con la insólita extrañeza que ella sentía de verse a sí misma como a otra mujer. Porque amar es llegar a vernos como alguien nos ve, llegar a creer en nosotros mismos porque alguien cree, llegar a practicar el sexo salvajemente, como si se odiara, pero lo que se odia es la muerte, los uniformes de los fascistas, el tiro en la nuca, el ver desde una loma a las tropas de Franco alrededor de una fuente en la Puebla de Valverde comiendo manzanas y escupiendo los carozos por el gusto de contemplar cómo los niños pequeños corrían a recogerlos del suelo para chupar lo que quedara.

Él aprendió a leer en el paisaje: el azul distante de las últimas estribaciones de la sierra de Albarracín que se volvía rojizo al atardecer, las terrazas de las huertas, el monte bajo, los colores terrosos de las fincas en barbecho, el brillo quebrado y lejano de un río, el perfil retorcido de los olivos en las laderas, el negro temible del cielo en las tormentas que tenía el mismo brillo tumultuoso con el que ella lo miraba algunas veces, cuando se quedaba seria y muy quieta, desnuda e hincada entre sus rodillas, susurrándole al oído palabras en español que lo perturbaban y lo incitaban y lo enloquecían. Se enamoró de ella y de esta tierra maldita dejándose la piel en la última guerra que había que perder con pena y desencanto y una indiscutible elegancia de corazón.

Ella abría los ojos en medio de la noche, notaba los pechos oprimidos por el estiramiento de la blusa, la piel irritada por la aspereza de la manta de lana que los cubría y se daba cuenta de que estaba amaneciendo y entonces se volvía hacia él y lo despertaba con mucha suavidad al tiempo que empezaba a vestirse para mostrarle, a través de un ventanuco, la palidez finísima de la madrugada. Lo vio vivo por última vez junto a un nido de ametralladoras, impetuoso y enardecido con la camisa deshecha, moviéndose al ritmo tremebundo del tableteo de las Hotchkiss, el gesto concentrado, el cuello en tensión y, finalmente, dejó de verlo después de un estampido atronador que ocultó la trinchera, oscurecida por la pólvora sobre un fondo de olivos plateados en el frente de Aragón y retuvo esa imagen para siempre entre las cosas más preciadas que guardaba su corazón. Fue esa imagen la que le dio valor en los peores momentos, la que evocó desde la cubierta del barco que la devolvía con su niñita a una tierra libre, la que le daba fuerza y la animaba a mantener el temple, la que la cobijaba y la reconfortaba como reconforta el llanto a todas las mujeres que guardan un arma secreta bajo la tristeza con la que sonrían. Su tumba se encuentra en una fosa común en los alrededores de Teruel, en un lugar donde a veces hay flores y, aunque ningún escultor tuvo tiempo de cincelar un epitafio, quien se fije bien podrá leer el nombre que alguien raspó con mucha rabia y mala letra sobre la piedra: Marc Edney.

Sí, el abuelo de Byron, el muchacho inglés que fumaba sin parar cigarrillos sin filtro, leía versos en español y cuya cazadora de aviador debe de estar todavía en uno de los baúles del desván junto a un libro dedicado de la primera edición de *Viento del pueblo*, del poeta Miguel Hernández. Y me pregunto qué habrá quedado de aquel soñador internacionalista cuando la muerte lo alcanzó atravesándolo «con su rayo de metal crispado». Qué prevalecerá en Byron de su impaciencia, o su arrojo, o su locura. Imagino a ese muchacho rubio, jovencísimo, al que difícilmente se puede calificar de abuelo porque ni siquiera tuvo tiempo de alcanzar la edad que tiene ahora su nieto, con ese punto de imprudencia en la mirada que poseen los aventureros, los que están acostumbrados a apurar la vida en cada esquina sin calibrar el riesgo, los soñadores, los hombres que pierden y sin embargo no conocen la derrota. Y de pronto, me encuentro deseando con una voluntad absurda e ingenua, que su espíritu

pueda repetirse en el cuerpo de Byron, en su mente, en su memoria, que le insuffle en el alma como un soplo de viento, su temple, la fortaleza de las murallas, la permanencia de los océanos, el instinto de supervivencia que tiene la estirpe de los hijos del aire, los que olvidan su destino y no tienen patria y desprecian las fronteras. Deseo que, desde dondequiera que esté Marc Edney, le susurre al oído con la voz ronca de la noche las palabras precisas que él necesita escuchar. Porque intuyo que si alguien o algo, alguna vez, puede ayudarlo a salir del callejón de mala muerte por el que anda tambaleándose con la mirada extraviada por el alcohol, es solamente el legado inaprensible de su abuelo, ese muchacho eterno con cazadora de aviador y sonrisa de niño que recorrió la línea del frente con un Winchester al hombro y el corazón en su sitio. Pero no lo digo porque fuera su abuelo sino porque él nunca supo lo que era rendirse.

Somos como la corriente de un río que arrastra células y cromosomas. Atesoramos en nuestra sangre un bagaje antiguo de idiomas y países, de conocimientos que aún no hemos alcanzado, de sonidos que el viento murmura en los árboles, de sabores que intuimos, de personas a las que nos aferramos como si fueran tablas de salvación. Navegamos a la deriva. Vivimos modelados por hechos heroicos o terribles, convertidos sin saberlo en herederos de la pasión, los anhelos, el sufrimiento y de la buena o mala o peregrina fortuna de quienes nos precedieron y nos lo legaron todo, lo que poseían y lo que nunca tuvieron, lo que desearon y el destino les negó, lo que merecieron y nunca llegaron a alcanzar. Sus rostros, las canciones, los sueños, las voces que cuentan e invocan y nombran, con palabras que ya nunca volveremos a oír, pero que nos habitan por dentro de manera que su sentido adquiere en nosotros un verdadero significado porque permanecen intactos los espejismos que nos transmitieron no sólo a través de la voz, sino también de la intuición, de la manera cálida de abrazarnos, de cosernos un botón de la camisa o leernos una carta o contarnos un viaje, el lujo increíble de ese afecto. Su único legado: esos recuerdos hundidos por surcos profundos, caminos por los que andar en una tierra sin mapas.

Miro a Byron, y quiero pensar que de alguna manera aquel muchacho inglés, Marc Edney, vive un poco en él, aunque sea como una forma vaga de esperanza o desagravio, sin que importe que haya muerto hace tantos años sin imaginar siquiera su existencia. Pero no sé cómo se puede salvar a alguien que tiene una voluntad tan firme de naufragio que ni siquiera admite hablar de lo que ocurrió o de su problema, que es algo que no se nombra por su verdadero nombre sino que se elude por interposición o más exactamente por miedo. Sospecho que hay que remontarse al momento preciso en que sus ojos o su alma quedaron dañados irreparablemente por la luz violenta y súbita de los reflectores de la policía agujereando la oscuridad y tuvo miedo no de lo que vio, de los objetos fragmentarios y desenfocados que emergían del agua colgados de la polea de una grúa, sino de lo que no podía ver, ni entender, ni creer, del espanto de aquellos ojos vacíos que lo estaban mirando con una

inmovilidad mucho más tenebrosa que un grito y entonces empezó a correr como un loco y no se detuvo hasta llegar a mi casa exhausto y a mí me bastó sólo con ver su semblante lívido, los labios blancos, el pelo apelmazado por el sudor, para entender lo que había ocurrido.

ACERCA DEL ALTO VUELO DE LAS ÁGUILAS Y OTRAS REFLEXIONES DE MARTÍN

Como ya le dije, Byron era un águila. A veces, excepcionalmente también podía ser otros animales, pero la mayor parte del tiempo prefería sentirse águila. Y disfrutaba constantemente ampliando su imagen de águila. Tenía una especie de fijación con eso. Quiero decir... Bueno, era una manera suya de volar. Cada uno tiene la suya.

Había un lugar al que solíamos ir los días de viento, era un puente de hierro que unía las instalaciones del muelle con el antiguo edificio de aduanas. Esa parte de la ciudad estaba en franca decadencia desde que se empezaron a construir las naves industriales del puerto nuevo. Allí no había edificios que actuaran como pantalla y el viento soplaba arremolinado de un modo particularmente fuerte. Aquello sí que era soplar... Si no te sujetabas bien, podía arrastrarte durante metros sin tocar el suelo. Bueno, nadie está obligado a creerlo y probablemente yo mismo no lo creería si no lo hubiese visto con mis propios ojos. Pero así era. Byron se situaba en el centro del puente, amparándose en una viga de hierro saliente y extendía los brazos en aspa dejando que el viento le levantase el abrigo por los lados: «Estoy volando, estoy volando», repetía, mientras Inés y yo le seguíamos el juego desde una posición más segura.

—¿Qué ves desde ahí arriba, lord Byron? —preguntaba Inés.

—Veo el océano —contestaba él—, olas de basalto negro levantándose como murallas, veo islas de arena volcánica, promontorios escarpados, veo galeones hundidos y extraños archipiélagos con forma de tortuga... —Y forzando la voz hacia un tono más grave empezaba a recitar, dejándose acompañar por Inés y por mí en su declamación: «Asia a un lado / al otro Europa / y allá a su frente, Estambul...».

A mí, si quiere saberlo, también me gustaba sentir aquella sensación del aire salado en la cara y las bufandas ondeando al viento, mientras el armazón del puente gemía como... No sé, como si toda la estructura fuese a ceder fatalmente ante los embates. Lo que quiero decir es que aquello era peligroso y emocionante. Pero yo nunca llegué a perder totalmente el sentido de realidad, tenía muy claro que sólo se trataba de un juego. Ésa fue la principal diferencia entre nosotros, especialmente

entre Byron y yo. A él sus visiones siempre lo llevaban al borde de algún abismo, con una especie de... En fin, era algo que lo separaba de los demás y... bueno, quizá le gustaba esa distancia. Como ya le dije, tenía su propia manera de ver las cosas. Una manera falsa, pero al mismo tiempo muy real. El hecho es que conseguía sacarle bastante partido a su especial percepción del mundo. Sobre todo en los ejercicios de descripciones imaginarias que nos solía encargar Lancelot. Sus trabajos eran los mejores. No sé cómo se las arreglaba pero... Bueno, siempre conseguía que su mar fuese más mar que el de los demás, que olera a salitre, que tuviera presencia, oleaje... Imagínese si sería así, que a veces, si la descripción era lo suficientemente larga, todos llegábamos a sentir en nuestros pupitres ese particular mareo que provoca el vaivén de las olas, igual que en los cines en tres dimensiones.

Cada cual tenía sus habilidades. Inés también era buena en clase sobre todo leyendo. Le aseguro que era un verdadero placer oírla leer, tenía una de esas voces graves... y entonaba de una manera que... De una manera especial. Créame, no exagero en absoluto. Como dijo Lancelot en una ocasión: uno podía pasarse toda la vida escuchándola. Claro que eso, más que hacernos sentir orgullosos de ella, debería más bien... Debería habernos alertado. Pero, como seguramente sabrá, hay una edad en la que se carece por completo del sentido de la anticipación y... Bueno, nosotros estábamos en esa edad.

Con respecto a mí, le diré que aunque no era tan brillante como ellos, sin embargo casi siempre sacaba mejores notas. Se me daban bien la Geografía, las Matemáticas y la Física y me esforzaba... vaya si me esforzaba. Mi familia no era rica como la de Inés, ni librepensadora como la de Byron, ya conoce la historia, mi padre creía que... En fin, también hay que entenderlo, él trabajaba de contable en una pequeña entidad de ahorros y como podrá imaginar el sermón relativo a las calificaciones escolares de cada trimestre versaba invariablemente sobre todas las grandes esperanzas que estaban depositadas en mí. Supongo que... Bueno, seguramente quería lo mejor para mí. Como todos los padres. Aunque no se imagina lo que pueden llegar a pesar unas esperanzas de ese calibre sobre los hombros de un muchacho. Pero ésa es mi historia y... además no tiene nada que ver con... En fin, no importa.

¿Usted cree en la casualidad? Me refiero a si cree que hay algo que suceda por casualidad. Un accidente... No sé, todo. Todo lo que ocurre, lo que decimos, lo que hacemos... lo que siento por la noche, en vez de dormir, aún ahora, pero sobre todo entonces. Daba vueltas y vueltas pero no podía hacer nada. Lo que quiero decir es que para... Para tranquilizarme intentaba creer que había sido «por casualidad», que tenía que suceder y sucedió y... Y nada más. Todos los elementos se pusieron en fila, uno detrás de otro, como las fichas de un dominó, al caer una... vaya, ya sabe lo que pasa. Además cuando empezaron los interrogatorios con el inspector y toda aquella gente... Bueno, ellos ya lo sabían todo. Así que, dijeras lo que dijeras, daba igual. La decisión ya estaba tomada.

DE LAS TRAGEDIAS CLÁSICAS A LOS DEMONIOS DE BYRON

Empezaba diciendo así la musa de los poetas desde las nieblas británicas: «Querido lord Byron, hace mucho tiempo ya que es invierno en Londres». Ese comienzo era en sí mismo un golpe bajo, una consigna para iniciados, el «Ábrete sésamo» de Alí Babá y los cuarenta ladrones. Además habían transcurrido casi tres años sin noticias tuyas, a pesar de lo cual seguí leyendo, decías algo sobre una polvareda de hojas de oro en Hyde Park, junto a la estatua de Peter Pan, y algo más, no recuerdo las palabras exactas, algo que, en cualquier caso, hizo que yo, al momento, te imaginara de pie, al lado de un ventanal frente a un reducido grupo de alumnos en uno de esos viejos caserones ingleses rodeados de árboles y que hasta incluso te oyera recitar algún texto en la lengua de Shakespeare mientras un sol muy débil atravesaba oblicuamente los cristales del aula envolviéndote en un aura dorada, tan bella como si no fueras de este mundo.

Siempre tuvieron ese poder de expresión tus palabras, poder maléfico o metafísico que me hacían ver y sentir con absoluta certeza imágenes inexistentes, un cobertizo en medio del campo que entornando un poco los ojos podía adquirir el perfil exacto de unas ruinas románticas, el jardín trasero del instituto con su gran magnolio, que se convertía de pronto, soñadoramente, bajo el aguacero, en una selva de Indonesia azotada por el huracán o en algo a la vez nostálgico y asiático, una especie de surrealismo heredado de la infancia. Y ahí, probablemente, está el porqué de todo, el misterio, la manera en la que nos relacionamos con el mundo (digo *nos* porque tú también te relacionas así con el mundo, o por lo menos lo hacías antes), el porqué de que yo, a veces, sobre todo durante la noche y con un *whisky* en la mano, todavía creyera en que esas cosas (ni siquiera sé qué cosas) existen y se pueden escribir y son la poesía o la razón última de la vida. Y que alguna vez, aunque fuera una sola vez, yo iba a saber escribirlas, palabra por palabra, como quien consigue por fin hacer algo irremediable y sincero. Ésa era la cuestión, ésa y no otra, fue siempre la clave secreta de todos nuestros juegos, su magia, es decir, la tuya, la de tu mirada tan verde entre los baúles del desván, igual que el trigo o las esmeraldas o las cuentas de vidrio o cualquier joya muy verde y muy luminosa en la luz del universo. Resulta que en la carta te acordabas de todo y hablabas de ello con absoluta naturalidad e

inocencia. Y yo te creí, quiero decir que era dulce creerte. ¿Crear qué? Nada. Olvidar, más bien. Olvidar que tuviste algo que ver, que utilizaste tu voz y tu sonrisa contra él, unas armas de las que nadie podría precaverse, y menos que nadie él, tan desencajado y solitario, sin defensa propia cuando te acechaba por las sendas tenebrosas a las que tú le empujabas. Estoy hablándote del descenso a ese lugar donde el diablo nos hace soñar. Él, tú, yo. Todos merecimos ese infierno. Todavía lo merecemos. Lo merecieron Desdémona y Otelo, cuyas enigmáticas palabras seguramente lees tú con pronunciación exquisita cuatro siglos después: «... Y sin embargo no derramaré su sangre...». Definitivamente un golpe bajo, tu carta. Con apariencia de caricia, eso sí, pero capaz de hacer saltar por los aires todo mi sistema defensivo. No deberías aprovecharte de ciertas ventajas, sabiendo como sabes que soy tan débil. Por hacerlo te odié, y te quise también, de golpe como nunca, por ser instantáneamente un poco innoble, por caber así como tú cabes entre las rendijas de todos mis recuerdos, por ser parte de mí, mi sombra, mi reflejo y ser yo menos sin ti. Te quise de verdad, como eras un día lejano con aquel vestido azul de tirantes y el pelo recogido en una coleta y también casi no te quise (no queriéndome).

En ese trasiego, o en las comparaciones, las vírgenes renacentistas, sus pendientes de azabache, se desvanecieron en el humo del olvido, sin dejar apenas huella. Igual que Ofelia o Nefertiti y las cariátides de la Acrópolis a la luz de la luna. Porque tú, musa de los poetas, estabas ya mucho antes de la civilización y del arte (o del ser adulto), antes de su nacimiento a orillas de los grandes ríos, en la arcilla de Babilonia y Asiria, en las pirámides escalonadas, en las esfinges de Egipto, estabas antes de las cuevas, de las hordas de cazadores. Antes del fuego. En esa infancia en tinieblas del hombre andando a cuatro patas, ya estabas tú. No me preguntes cómo lo sé, no es una metáfora, ni una alegoría, ni una parábola, ni nada que signifique alguna otra cosa distinta de lo que sencillamente quiero significar, aun sin entenderlo completamente. Algo así como el concepto de mujer primigenia, Eva galopando sobre las llanuras nativas de cereal, una especie de primer aliento de humanidad. Antes de todo.

Ya sé que esto se va pareciendo cada vez menos al cuaderno de bitácora que tú querías y quizá yo me voy pareciendo cada vez más a un tipo que ya nunca va a ser capaz, ni con ayuda del alcohol ni sin ella, de regresar a esas regiones del conocimiento, donde habita el genio, o habitó al menos alguna vez, oscuros senderos que los pies andan sin saber. Ya lo sé, pero en algún sitio tengo que escribir estas cosas que me van saliendo como a borbotones, aquí, en mi cuarto, sobre esta mesa custodiada por dos dragones de papel de seda y un candelabro de siete brazos, que no me protegen de nada, con la mirada perdida en la noche de esta ciudad a la que, por alguna razón, has decidido regresar, apurando el penúltimo vaso, pasando las páginas, una a una, con un empeño tan inútil, conmovedor y traicionero, como siempre acaba siendo la escritura. Casi como un juego de los de antes, de verdades y mentiras, de sueños, donde al final de todas las calles, en cualquier plaza, siempre estás tú, apareciéndote al doblar una esquina o al detener casualmente mi mirada en cualquiera

de los objetos que me rodean, en los libros que leímos juntos y tú subrayaste a lápiz o por ejemplo en este pequeño Ford T de latón que me regalaste en un cumpleaños. En todo estás.

Todavía queda un poco de azul en el cielo y, al releer lo que he escrito, mis palabras aparentan sonar también levemente azules y luminosas, como si no me salieran de las alcantarillas del alma, sino de un lago alpino limpio y transparente, un lugar o un estadio tan geológicamente acuático y puro de mi conciencia que ni siquiera puedo alcanzar a recordar sus orígenes remotos, probablemente embrionarios. Y ahora, una última cosa, Inés. Aunque sea faltar a la verdad, o a algo más preciso y perdurable que ella. Repíteme las palabras exactas que pronuncia Otelo antes de matar a Desdémona: «... Y sin embargo no derramaré su sangre...». Vuelve a recordarme su enigmático vaticinio, el mismo que tú enunciaste una tarde en el desván, de pie bajo el tragaluz, nimbada por la claridad que entraba del exterior, envuelta en una cortina cual insigne emisaria, con la voz demudada que reservabas para los juramentos o las grandes tragedias: «... Y sin embargo no derramaré su sangre, ni señalaré esa piel más blanca que la nieve, más suave que alabastro de sepulcros».

CUANDO INÉS AVISTA EL CABO DE LOS INGLESES

Llega un momento en que ninguna espera se puede demorar más. Hay que remangarse y entrar en el tiempo como si fuera la harina de los días, desligar la masa grumosa y amalgamada de los períodos confusos que, aunque quisiéramos, no podríamos borrar porque permanecen dentro de nosotros como un magma activo que va y viene perdurando para siempre en nuestra conciencia.

Tal vez lo que ocurrió hace años estaba escrito. A veces pienso que en realidad todas las cosas que nos suceden las llevamos impresas desde siempre, escondidas en alguna parte como una carga genética especial y toda nuestra vida transcurre sobre ese vaticinio en una secuencia continua, el infinito y el futuro, aunque a veces creamos falsamente poder delimitar con precisión el momento retrospectivo en el que algo se inicia.

No recuerdo cuándo fue la primera vez que su voz me turbó, ni tengo conciencia del instante en el que entré dentro de la incertidumbre que había en torno a él. Me sentaba en clase con la barbilla entre las manos y seguía todos sus movimientos por el aula pero aún no podía saber qué era lo que me estaba sucediendo, qué significaba aquella sensación. Un día me fijé en una de sus manos apoyada en la mesa, en los dedos largos y recios, en el vello oscuro que despuntaba al final del puño de su camisa, y de pronto sentí el impulso de poner la mía encima, casi estuve a punto de hacerlo. Otras veces, cuando coincidíamos en la angostura de una puerta, o en lo empinado de las escaleras, yo demoraba conscientemente el paso pero sin confesarme la evidencia de que ansiaba sentir su proximidad, un roce, cualquier contacto. En ocasiones su aliento me alcanzaba el cuello cuando se inclinaba sobre mi pupitre, en clase, para hacerme alguna indicación sobre los ejercicios que nos había encargado y yo notaba un cosquilleo que me llenaba de zozobra, más aún porque tenía la impresión de que también él buscaba y alargaba aquella cercanía y esa evidencia aumentaba mi confusión y me sumía en un desorden de latidos que me hacía bajar los ojos avergonzada. Me comportaba de una manera diferente a lo que yo conocía de mí misma, como si ante él perdiera mi atrevimiento y me volviera torpe e insegura. La proximidad o la distancia lo rigen todo. Son nuestras sensaciones más elementales, su mano sobre mi cuaderno, los pasos lentos que lo alejaban hacia su tarima de profesor,

su mirada, sin embargo, cada vez más cerca, acortando esa separación, o manteniendo un puente a través de ella. Pero es difícil establecer una línea divisoria entre el antes y el después de un sentimiento, no se puede trazar una raya nítida como la que indica las posiciones de salida en una carrera.

No obstante, de algún modo, podría decirse que todo empezó un viernes de febrero. La luz reverberaba espejeante sobre algunas fachadas y se ensombrecía en tonos violetas hacia el final de la calle, parecía que el cielo fuera una lámina de cristal a punto de saltar en añicos. Yo avanzaba a través de esa luz, bajaba por Joaquín Costa en dirección a la plaza de San Francisco donde estaba citada con Byron y Martín. Oí el sonido de un claxon detrás de mí, me giré y entonces lo vi dentro del coche. Su mirada azul por encima del gris oscuro de la calle. Me dirigió un gesto de complicidad al tiempo que se inclinaba hacia el asiento de la derecha para bajar la ventanilla. Tenía la misma expresión contenida con la que, a veces, se quedaba mirándome en clase como si dudara o se sintiera turbado. En la radio sonaba una melodía que me recordaba algo que yo había escuchado alguna vez, no sabía dónde. Se ofreció a llevarme.

El olor de la tormenta, como lo huelo al recordarlo, era el del hierro oxidado. Rehusé la invitación no sé por qué. Tal vez por esa sensación de incertidumbre y atolondramiento que nos embarga en determinadas situaciones, y también por una extraña y repentina timidez. Seguí mi camino, un poco aturrida, apresurando el paso, notando cómo el aire se iba cargando de plomo igual que mis pensamientos. Antes de llegar al cruce, el cielo estaba ya tan bajo que parecía rozar con su resplandor acerado el alero del Palacio de Justicia. Entonces unas gotas gruesas empezaron a caer pesadamente sobre el asfalto, al principio muy despacio y después, de golpe, comenzó una lluvia densísima como en la India durante el monzón de verano o en Nueva Orleans y, bajo esa luz distinta a cualquier otra, la ciudad, pulida por el agua, fue deshaciéndose ante mis ojos en miles de imágenes borrosas. Su coche estaba unos metros más adelante pegado al bordillo de la acera. Abrió la puerta y esta vez, con voz imperiosa y segura, dijo: «Sube». Y yo subí, como hubiera subido igual de haber estado en Calcuta o en las tierras sureñas de cafetales y algodón; subí porque su voz me pareció hermosa, y de pronto quise estar lejos de allí; subí por la belleza de aquel momento, la ciudad lacada de brillos, la tentación de ir en dirección contraria; subí por aquella melodía tan dulce y, al mismo tiempo, tan triste que salía de la radio, cuyo nombre ya nunca podría olvidar, *St. Louis Blues*, y que sonaba a carreteras solitarias que bajaban hasta el océano para morir al pie de sus aguas negras.

Podría decirse que la voz de la mujer que cantaba era cálida si no sonara tan castigada, casi igual que un lamento antes de quebrarse. Él se sabía la melodía de memoria, la silbaba, conducía muy lentamente. Tras el parabrisas, el color ennegrecido del cielo se iluminaba de modo intermitente por ráfagas lejanas que parecían destellos de ametralladora. A Byron también le encantaban las tormentas. En aquel momento le dediqué mi pensamiento pero de esa manera extraña y distante en

que se piensa en las personas que hemos conocido hace mucho tiempo, en una existencia anterior. Entonces él, sin soltar el volante, me miró de refilón, sin sonreír, sin decir nada, parecía que su curiosidad empezase justamente ahí, en aquel momento, como si no me conociese de antes, como si nunca me hubiera dado clase, ni hubiera corregido mis ejercicios, ni me hubiese mandado leer en alto párrafos enteros ante la expectación de los demás. Pasamos de largo por la plaza de San Francisco y no quise mirar hacia los rostros de las personas que se resguardaban de la lluvia bajo los soportales, por si acaso divisaba a mis amigos. El monumento a los héroes de la Independencia me pareció más solitario que nunca casi velado por el aguacero, atravesamos la avenida de Rubén Darío y doblamos en la esquina del café Central, su letrero luminoso se reflejaba parpadeante contra el pavimento mojado. Notaba una cierta lentitud en el hablar, en la manera de mirar la carretera, el sonido de los neumáticos sobre el asfalto, la lluvia cayendo encima de los árboles, el no saber qué decir.

De pronto él rompió el silencio: «¿Te gustan las tormentas?», preguntó. Yo lo pensé un momento, no sabía muy bien si esperaba que contestara que sí o que no, en realidad pensaba si «gustar» era la palabra más apropiada para expresar lo que me pasaba con las tormentas. Pero sí, algo contesté, no recuerdo exactamente. Y entonces ya salimos de la ciudad por la carretera del puerto, dejamos atrás la gasolinera, las pistas de tenis del polideportivo, el color anaranjado de la tierra batida bajo la lluvia. Él condujo varios kilómetros pegado al mar, yo sólo miraba hacia afuera por la ventanilla y me acostumbraba a aquella extrañeza de estar juntos dentro del coche. Seguimos después un desvío por las marinas, el olor a herrumbre, los árboles brillantes, la luz tan irreal, todo hacía que aquel lugar conocido pareciera extraño y diferente, como si no llevara a ninguna parte. Sin embargo, poco después apareció ante nosotros con toda su amplitud el mar abierto del cabo de los Ingleses, negro y embravecido, lanzando espumajeadas murallas de olas contra las rocas, con un brillo de fósforo bajo el resplandor de los relámpagos. Tenía la impresión de que había transcurrido una inmensidad sin hablar desde que él apagó el motor del coche. Veía el dorso de su mano apoyada en el volante, una alianza de oro muy fina en el dedo anular y luego miré otra vez hacia afuera y de pronto sentí la necesidad de romper aquel silencio, de decir algo. Sin saber cómo, le hablé de Byron y Martín, de nuestras tardes en el puente de hierro, los días de viento, junto al antiguo edificio de Aduanas, le hablé de la sal y del agua. De cómo inventábamos ciudades en las que vivíamos otras vidas, en otras épocas, con otros nombres, y, no sé por qué, al hacerlo tuve la sensación de estar apartándome, alejándome del territorio fronterizo donde habían transcurrido nuestros juegos adolescentes, dejando atrás todo lo que había sido mi vida hasta ese momento, atravesando una línea de sombra que me llevaba a otra dimensión, al ruido de la lluvia dentro del coche, contra las rocas del acantilado, sobre el mar, en la lejanía de otros puertos y así, lentamente, se fue adueñando de mí el sentimiento desconocido, a la vez dulce y cruel, de estar despidiéndome o quizá

cometiendo una traición.

De fondo se oían los acordes del *blues*, la voz de Billie Holiday matizada por una trompeta, ahondaba en algún agujero extremo como quien excava buscando carbón o cualquier materia oscura para convertirla en llama. Noté la intensidad con la que me estaba mirando y eso me hizo experimentar una sensación de espera que era como una gran languidez. Bastó esa mirada, porque hay veces que la mirada lo es todo. Entonces se acercó un poco más y por un momento creí que iba a abrazarme, pero quizá lo pensó demasiado y se volvió hacia atrás, limitándose a adelantar el brazo. Al hacerlo rozó ligeramente mi rodilla junto al cambio de marchas. Apenas fue un segundo pero me pareció un hecho desmesurado porque sentí la electricidad de ese pequeño contacto como la quemadura de un repentino chispazo. Los dos, cada uno a un lado del coche, notábamos la violencia de la situación. Nos delataba la viveza de la respiración, su peso era tan fuerte que hacía demasiado ostensible el deseo, la intensidad de la excitación y eso lo volvía todo más difícil como si estuviéramos ya dentro de una intimidad que todavía no habíamos alcanzado ni merecido. Yo comprendí que él estaba tratando de sobreponerse a aquella proximidad porque al mirarme no podía dejar de bajar sus ojos hasta mi boca y hacerlos descender resbalando por el cuello hasta el principio del escote, para volver a levantarlos de nuevo cargados de turbación. Tal vez, de haber vencido en aquella lucha que estaba librando consigo mismo podría haber salvado la vida. Pero eso es algo que probablemente no llegaré a saber nunca. De pronto su mano se movió del volante y dijo: «Cierra los ojos». En ese momento supe que no estaba en absoluto preparada para nada de lo que iba a ocurrir. Permanecí con los ojos cerrados y sentí cómo sus manos me sujetaban con delicadeza por la nuca y su aliento rozaba mi cuello. Después, como impulsado por una energía desconocida, que parecía salirle de las entrañas, se abrazó a mí, ciñéndome y apretándome con la impaciencia de quien finalmente da rienda suelta a un deseo largamente negado, sus manos se aferraron a mis caderas, atrayéndome hacia él, para ascender después, bajo la camisa, sobre mi pecho, alrededor de los pezones. Sentí cómo su calor atravesaba mi piel, abriéndome todos los poros. Notaba su respiración contra mi cuello, sus labios recorriéndolo, con una urgencia que ya no daba tiempo a los preámbulos, sus dedos en mi boca, la voz jadeante. Mis manos guiadas por él hacia el fondo de su vientre, entre las piernas, acariciando la dureza y la reciedumbre de su sexo. El placer adquiría en sus ojos un brillo impaciente, que lo transfiguraba por completo y le confería una expresión entre violenta y desfallecida, tenía la cabeza inclinada hacia atrás, el pelo sudoroso sobre la frente y el gesto contraído como si esperara recibir un golpe. Ya no hablaba, y daba la impresión de que estuviera a punto de desvanecerse, yo notaba una presión interior que parecía que fuese a estallar en cualquier momento y, de algún modo, esperaba una especie de culminación, pero de pronto se quedó quieto como si le diera miedo la misma necesidad física que sentía o tal vez comprendió que para mí era la primera vez y no podíamos llegar más lejos. Me di cuenta de que intentaba recuperarse,

estaba tenso, tratando de aguantar el placer, de contenerlo, consiguiéndolo a duras penas, como si el esfuerzo le resultara casi insoportable. Una ráfaga repentina de lluvia azotó los cristales del parabrisas y sacudió el coche, entonces le oí pronunciar mi nombre con una ternura recién recobrada y sentí el tacto ya apaciguado de sus dedos, acariciándome el pelo y después una corriente muy suave y lineal dibujándome los párpados, la frente, la curva de los labios, los huesos de la mandíbula. Yo no quería que pasase, ni que no pasase el tiempo, no quería moverme, solamente sentir que la historia estaba ahí, empezando, en la yema de sus dedos, irremediable ya, porque nadie puede remediar jamás la impaciencia de querer saber después de asomarse al pozo oscuro que tenemos dentro, la emoción de ese abandono, de ese miedo, de vivir y morir a la vez, algo que también estaba en la música que sonaba, una especie de sabiduría que se iba abriendo camino a través de la voz y los instrumentos, secretamente, sin anunciarse, y en la suavidad de aquel primer contacto con los ojos todavía cerrados, ni siquiera beso, sino otra cosa, búsqueda o profanación y en la lluvia, que no parecía estar cayendo en ninguna parte, porque yo entonces ya no recordaba dónde me encontraba, ni si me encontraba en algún lugar, ni sabía apenas quié era.

A veces esos estados de inconsciencia o enajenación se enquistan o se apoderan del alma y uno no siempre puede regresar. Se queda ahí con ese vaticinio en los ojos, que es como el poso secreto de una taza de té, sin posibilidad de elegir o soñar ningún otro destino.

MARTÍN BAJO EL AURA IRREMEDIABLE DE LA LUNA

Verá, cuando estábamos en el instituto había un grupo de alumnos del último curso que se dedicaba a la compraventa de soluciones para los formularios de Física y en general a todo tipo de pequeñas extorsiones. Yo entonces llevaba gafas y era... En fin, no tenía precisamente aspecto de saber kárate. Así que muchas veces la tomaban conmigo. No es que la situación fuera totalmente desesperada, pero empezaba a parecerlo. Un día me faltaba la calculadora, otro, desaparecía mi bolsa de deporte o mi diccionario de latín. Como le conté, a mis padres no les sobraba el dinero y cada vez que ocurría un incidente de ese tipo tenía que escuchar el discurso de las grandes esperanzas, ya sabe a qué me refiero. Al principio no se lo dije a Byron ni a Inés porque me sentía un poco avergonzado, a nadie le gusta ser el flanco débil. Pero un día Byron se enteró y... Bueno, no sé exactamente qué fue lo que les dijo, pero el caso es que nunca más volvieron a molestarme. Byron tenía esas cosas, no era demasiado fuerte ni demasiado corpulento pero a veces miraba fijamente y hablaba de una manera... Igual que si arrojara las palabras a ciegas y justamente diera en el blanco. No siempre resultaba fácil entender lo que estaba diciendo exactamente, pero sabía qué resortes tenía que apretar.

Él tenía esa habilidad, un talento especial y yo lo sabía desde el principio. De no ser por eso, aquella parte de nuestras vidas no hubiera sido tan... Tan diferente a como lo fue después. No piense que lo hice por gratitud o lealtad, ni para recompensarle por todas las ocasiones del pasado en las que había salido en mi defensa. Lo hice sencillamente porque era mi amigo y no veía otra manera de... En fin, supe que era el momento de hacer algo por él porque me di cuenta de lo que estaba ocurriendo aunque no acababa de entenderlo muy bien. Era como si estuviera gestándose una tragedia con muchos hilos sueltos y también con toda la parte que no conocía... No sé, pero me pareció que aquello podía hacerle realmente mucho daño a Byron. Ya sabe cómo admiraba a Lancelot. En clase siempre estaban... Imagínese que hubo incluso quien empezó a pensar mal, la asociación de padres, el director... Unos buitres carroñeros, de verdad, se figuraban lo peor, pero sólo era una relación de maestro y discípulo, paternofilial como mucho. No hubiera habido nada malo en ella de no ser... Bueno, de no ser porque siempre hay algo que hace que las cosas no

vayan como debieran ir y quizá no se trate de la casualidad, ya me dirá usted qué puede haber de casual en algo así, pero lo cierto es que el diablo carga sus armas con la pólvora que encuentra. Y si no la encuentra, las carga igual. Lo que quiero decir es que cada uno tiene delante los pasos que ha de dar y los míos me llevaron precisamente de madrugada a aquel árbol y no a ningún otro, lo que resulta curioso habiendo como había cientos de árboles. Tenía ganas de orinar, así que salí de la tienda y me encaminé hacia allí como si una fuerza oculta me estuviera guiando. Y además en aquel preciso momento justamente, no una hora antes o tres horas después, como si todo respondiera a un plan perfectamente cronometrado, de modo que estuve allí. Al principio caminaba medio dormido y no me daba cuenta de lo que estaba viendo pero al cabo de un rato mis ojos se acostumbraron a la oscuridad y de pronto tomé conciencia de lo que significaba aquella visión. Lancelot permanecía de rodillas con la cara oculta entre las piernas de Inés. Ella tenía la espalda apoyada contra una roca y lo asía por la nuca, hundiendo los dedos entre su pelo y atrayéndolo hacia su vientre con avidez, en movimientos espasmódicos. Formaban una extraña imagen, como si fueran parte descarnada de la colina. Parecía que sus cuerpos albergaran luz, estuvieran envueltos en una pigmentación brillante igual que la superficie de la roca o las ramas fosforescentes de los matorrales. Luego él se incorporó, apoyando las palmas de las manos contra la piedra, moviéndose sobre el cuerpo de ella como si estuviera domándola a su ritmo. Yo no quería mirar pero tampoco podía dejar de hacerlo. Pensaba en Byron que dormía en la tienda ajeno a todo mientras yo estaba allí, a la intemperie, respirando el olor de los árboles sin saber exactamente a qué clase de secretos o confesiones me obligaba la amistad. Pensaba también en mí mismo, en que nunca había estado así con ninguna mujer.

Hay noches, como le decía, que las carga el diablo y lo cierto es que a veces nos invade una especie de confusión y... Bueno, la luna tenía la forma de una uña clavada en el cielo e Inés mantenía la cabeza inclinada hacia atrás y estaba como transfigurada con aquella expresión impúdica y desconocida. De uno u otro modo, ella siempre se las arreglaba para convertirse en otra. Me quedé quieto apoyado contra el árbol, inmovilizado por el estupor, con el corazón latiéndome muy deprisa, sintiendo al mismo tiempo una especie de debilidad entre las piernas, o vértigo, igual que si estuviese bajando a tientas por una escalera y, de pronto, al descender un escalón, faltase el peldaño. Después de unos minutos conseguí sobreponerme y regresé sigilosamente a la tienda pero no podía dormirme, imaginaba cómo sería la sensación de tener debajo un cuerpo tibio de mujer y notaba cómo se iba apoderando de mí una oleada de calor y de humedad que me resbalaba por el vientre. Quería borrar de mi cabeza aquellas imágenes, pero cuanto más lo intentaba, más obsesivamente se sucedían ante mí, y... Bueno, nadie puede dejar de ver lo que ha visto. Tal vez si no hubiera ido a aquella excursión o no me hubiera despertado en medio de la noche, todo habría sido distinto. ¿Quién puede saberlo? Pero como decía Bogart en una película, hay determinados momentos y lugares de los que es

imposible escapar porque nos están esperando desde siempre. ¿Y por qué cree si no que me desperté y me encaminé hacia aquel árbol? Pues porque tenía una cita, aunque yo no lo sabía. Nadie lo sabía. Sólo la luna.

Después, las cosas fueron sucediendo una detrás de otra, de un modo casi inevitable, como si fuera cierto que cada acto humano nace mucho antes de ser cometido, antes incluso de que pueda saberse quién va a ser su ejecutor. Pero aun así, mi intervención no resultó decisiva hasta un poco antes de la última escena. Igual que si al encajar la pieza final de un rompecabezas, descubriera en él, con incredulidad, mi propia cara.

EL SUEÑO DE BYRON Y LA FLOR DE COLERIDGE

Sueño descabellado: yo venía de atravesar desnudo una alameda que acababa en anchas escalinatas de mármol rosa. Me encaminé después por un sendero, donde brillaban las luciérnagas o las piedras de mica, hacia el jardín de una casa lujosa con verja de hierro y macizos de flores en el porche. Al fondo, había una torre circular flanqueada por dos palmeras altísimas, de tronco muy fino y sobre la torre una media luna luminosa, de color casi verde e inverosímil, pero bella de soñar. La torre debía de tener su importancia porque yo no podía dejar de mirarla estremecido por un sentimiento de anticipación como cuando va a ocurrir algo. Y efectivamente ocurrió. Empezó a levantarse un viento fuerte que silbaba entre las piedras del torreón y de pronto vi que tú intentabas deslizarte a través de una liana hecha con sábanas anudadas por una de las ventanas más altas. Tú naturalmente eras tú aunque el vendaval hacía que el viento te tapase la cara y yo en ningún momento pude llegar a verte, pero te reconocí por la manera extraña en la que ocurrían las cosas, todo tenía ese ligero toque de surrealismo que sólo se produce bajo tu influjo. La luz de la luna se hizo más fría, de un verde clarísimo. Entonces te paraste de un salto ante mí, levantando una gran polvareda y estornudaste. Sí, ya sé que no es lo que cabría esperar en medio de una escenografía tan romántica, pero es lo que hiciste. En los sueños uno no puede hacer más que lo que hace, no puede elegir. No vayas a pensar que eres una excepción en eso, así que estornudaste tres veces. Ibas vestida con un pijama muy fino, blanco, de ninfa (o nínfula) porque de pronto me di cuenta de que no tenías más de doce años. Intentabas apartarte el pelo de la cara con las manos, pero el viento te lo volvía a desordenar a cada paso, finalmente lo dejaste por imposible y caminamos juntos.

Todo era bastante improbable, el viento que giraba en la noche arremolinado, la limpieza del cielo, los árboles negreando al fondo, tu mano pequeña, la tela blanca del pijama volando vaporosamente. Tal vez tú no fueras una persona sino un símbolo, algo mítico, quizá el recipiente de una espera, fueras lo que fueses estabas quedándote helada y estornudabas como un pájaro, levantando un escándalo de alas. Entonces yo aspiraba ya a protegerte y a pervertirte y ahí el sueño cambió inevitablemente de rumbo. Entramos en la casa por la puerta principal y aquel

espacio se fue pareciendo cada vez más al desván de nuestra infancia, seguíamos sometidos al imperio de la luna que entraba por la claraboya con su tonalidad verde de acuario. La escena transcurría en medio de una ingravidez espacial, nuestros pasos lentos, lentísimos, de astronautas, la atmósfera luminosa, la vastedad del silencio, la soledad también.

—¡Qué solos estamos! —te dije yo en un susurro, acercando mi boca a tu oído porque había algo clandestino en lo que íbamos a hacer y yo sentía la extraña obligación de hablar en voz muy baja. A lo que tú, volviéndote, respondiste con ese gesto de cruzar verticalmente el dedo índice sobre los labios silbantes, como hacen a veces los adultos para reclamar silencio a los niños. Entonces, entornando los ojos con un levísimo movimiento de pestañas, te dejaste desnudar. La tela tan fina del pijama quedó sobre los tablones del piso como un imposible montón de nieve (en sueños llego a hacer predicciones meteorológicas de una exactitud asombrosa). Me incliné un poco para besarte, recordando vagamente, reconociendo algo impreciso en los labios, un lejano sabor a helado de vainilla. Hasta aquí, la lírica.

Después se desató un cierto tipo de tempestad cuyo epicentro estaba localizado en algún lugar al sur de mi cintura. El caso es que me encontré de pronto perdido en tu cuerpo, que había crecido repentinamente, abandonando la delgadez ingenua de los doce años, para redondearse de un modo inquietante y así, de una manera casi obligada, esto quiere decir sin posibilidad de elección, me vi arrastrado por la corriente caudalosa que te fluía de dentro, me volví loco, te sujeté, hundí mi nariz en tu cuello, te apreté fuerte contra mí. Hubo una pendiente por la que resultaba muy difícil no abandonarse, no dejarse ir con todo el cuerpo que, a aquellas alturas, ya ni siquiera sabía si era mío o tuyo, ni si era cuerpo en realidad, o alma, o magma volcánico. Tú me susurrabas tibios infiernos al oído y tus palabras, poco a poco, se iban convirtiendo en un eco impúdico. Hay que imaginarse la escena como un montaje teatral para representar a Shakespeare: el aroma a vainilla, la atmósfera sin peso, el aura lunar, y una especie de presencia del destino, elíptica en principio, pero capaz de hacernos dar un salto mortal y lanzarnos al espacio o a una playa remota con dunas y pelícanos y viento, mucho viento.

Después ya en calma, aplacada la primera impaciencia, dijiste con una serenidad inconcebible:

—No puedo quedarme más tiempo porque me esperan allá.

—¿Dónde es allá? —pregunté yo ingenuamente.

—No sé, allá —respondiste sin aclarar más.

Aquello debía formar parte del orden natural de las cosas, el que te esperaran allá, digo, porque yo me lo tomé como si fuera algo previsible que ya estuviera en el guión y que encajaba perfectamente con el influjo de la luna y con todo el sentido del sueño. De todos modos, te pedí que te quedaras un poco más, a lo que tú accediste condescendiente:

—Bueno, pero sólo un ratito, ¿vale? —aceptaste.

En ese momento me di cuenta de que volvías a tener doce años y de pronto me inquieté porque tuve el presentimiento de que, fuera quien fuese el que te esperaba y dondequiera que estuviese allá, iban a venir a buscarte inmediatamente. Como la encuentren aquí, se la carga, pensé y reconocí enseguida esa inquietud antigua. Ignoro en qué sentido te la ibas a cargar, pero en cualquier caso parecía una amenaza bastante más real que metafórica. La preocupación me impulsó a levantarme de un salto para pasar el cerrojo de la puerta. Antes de regresar junto a ti me subí incrédulo a la claraboya, como si de pronto empezara a dudar de la claridad verde turquesa de la luna y sintiera la necesidad imperiosa de reconocer a mi alrededor algún indicio de realidad, de saber el terreno que pisaba, de asegurarme en definitiva de que yo era yo, y de que tú eras tú, y de que aquél era el desván de mi casa y que estaba situada donde siempre, en el mismo número, de la misma calle Núñez de Balboa, haciendo esquina con Marqués de Riestra. Pero antes de llegar al final de los tres escalones, antes del cielo aplacado e inmóvil, un poco turquesa aún, como de otro mundo, ya empecé vagamente a dejar de creer y de alguna manera tuve la impresión de estar soñando, porque algo no correspondía, la luz, el color, la edad, no sé. Y ése fue mi error, ése ha sido siempre mi error, tratar de introducir en los sueños un cierto principio de realidad, o a la inversa, intentar elevar la realidad, sus pequeñas y escasas posibilidades, hasta la altura de los sueños. Y digo que ése fue mi error porque de golpe, abruptamente, como quien se cae desde lo alto de un tejado en medio de un estrépito de cristales rotos, me desperté.

Hay una mancha dudosa en las sábanas, eso debe de probar algo, quizá que fui feliz anoche. Es como aquello que escribió Coleridge: «Si un hombre atravesara el Paraíso en un sueño, y le dieran una flor como prueba de que había estado allí, y si al despertar encontrara esa flor en su mano... ¿Entonces qué?».

Son las nueve de la mañana de un jueves que ha traído consigo la primera nevada del invierno y anoto el sueño en la libreta. Puede que en la habitación del hotel Reina Victoria tú acabes de despertarte y no sepas muy bien dónde te encuentras porque estás todavía desorientada, bajo el dominio de esa extrañeza que siempre produce el haber estado dentro del sueño de otro, pero pensarás que se debe sólo a la luz, una luz que es bellísima y lenta y envuelve toda la plaza. Puede que entonces cojas tu cuaderno de la mesita de noche y apuntes algo en él. Puede que lo que escribas acabe por ser una confesión o una novela, «papel vacío que lo blanco defiende», e igual que a Mallarmé, se te convierta el mundo en texto (no en contexto, como diría Martín). Tienes en la piel el recuerdo de mi sueño, sin saber que lo tienes, es una sensación muy vaga como prendida de alfileres, apenas un parpadeo, el reflejo de algo. No durará mucho. Luego abrirás la ventana y te quedarás maravillada durante un instante, contemplando el manto blanco que cubre toda la ciudad. Los copos caen lentamente, sin peso. Un sonido hermosísimo.

DE LA MAJESTAD Y DEL VERBO. CUANDO INÉS SUCUMBE AL HECHIZO DE UN POEMA

Llevo aquí poco más de un mes y parece que nunca me hubiera ido. Siento en la piel el frío de otros inviernos mientras recorro la ciudad y camino por las calles empinadas y atravieso un parque o entro en la confitería Las Delicias donde la abuela de Byron nos compraba almendrados crujientes y chocolatinas redondas, plateadas y doradas con forma de monedas. Me miro de refilón en los escaparates de los comercios y veo a una quinceañera que se parece vagamente a mí y que va ataviada como en otra época, con una cazadora de aviación (con historia) demasiado grande para ella (la cazadora y la historia) y boina calada de partisana. Me reconozco en ese narcisismo de buscar siempre un espejo, en el gusto por los disfraces, por todo lo que me concede durante un momento la oportunidad de ser otra. Y me pregunto qué quedará de aquella adolescente sin fronteras en la mujer que ahora soy, cuánto habrá de duradero en lo fugaz.

Muchas veces durante los primeros meses en el internado y también después en Londres soñaba que estaba en Santalén y trataba de recordarlo todo, pero era imposible, como si los tiempos estuvieran disociados y yo anduviera perdida por sus laberintos, las imágenes no permanecían el intervalo suficiente y se diluían sin que yo pudiera completarlas igual que cuando nos acordamos del nombre de un compañero del colegio, pero no de su cara o del color de su abrigo. Ahora es distinto, porque aquí coinciden las coordenadas de tiempo y espacio y es como si las evocaciones pasajeras encontraran, al fin, el camino a casa. Llegar a Santalén fue como entrar de puntillas en mi propia memoria. Las reformas que están realizando los de la inmobiliaria en mi antiguo domicilio familiar, tirando tabiques y ampliando el porche, no son más que una excusa, una manera de ganar tiempo para poder ocuparme de lo que en el fondo he venido a hacer. Cada tarde, siento que tengo que satisfacer una avidez antigua de palabras. Me ocurre cuando converso con Byron y Martín en el café Central o en la taberna irlandesa que abrieron en la avenida del puerto donde antes había un almacén de efectos navales, o cuando el pasado me asalta de improviso al pasar por delante de un determinado portal, al ver una fotografía, al recorrer con mi mano el lomo de un libro y entonces siento una mezcla

de angustia y bienestar, un hormigueo igual que cuando un miembro que ha estado dormido durante mucho tiempo reacciona y notamos cómo la sangre empieza de nuevo a circular por él con el pinchazo de miles de agujas diminutas. Hay una necesidad de búsqueda en todos mis gestos, como salir a la superficie desde el fondo de una ciudad sumergida. Las cosas que hago cada día me mantienen a flote. Y esa necesidad es la que me guía cuando regreso al hotel y entro en mi habitación y me descalzo, quitándome al mismo tiempo el abrigo, repitiendo los mismos movimientos que haría si estuviese entrando en mi casa y enciendo la lamparita y releo la última frase que escribí en el cuaderno, que está abierto sobre la mesita de noche, y pido a recepción que me suban un café o miro desde la ventana la hilera de árboles con las ramas cargadas de nieve como esta mañana cuando me desperté ante un teatro silencioso de blancura creyendo que estaba en Londres y por un brevísimo momento tuve la sensación de encontrarme dentro de una especie de milagro.

Dejo la ropa doblada encima del sofá, enciendo un cigarrillo y me tumbo en la cama, sin apartar el edredón de color marfil, con los ojos cerrados. Así, poco a poco, voy regresando a la penumbra de mi cuarto en la casa del Ensanche, a aquel silencio vacío de barrio residencial, la luz listada de los faroles entrando desde el exterior a través de las persianas y proyectándose en diagonal sobre la madera del suelo. Vuelvo a la noche lejana de otro invierno en el que, tendida en la penumbra de mi habitación, no me podía dormir y veía una y otra vez los ojos con los que él me había mirado la tarde anterior, la expresión del rostro, sus manos de dedos largos sobre el volante, y entonces volvía a sentir la tormenta dentro de mí, de esa manera gradual en la que se nota cómo va formándose poco a poco dentro de nosotros un sentimiento. Me preocupaba cómo sería él conmigo después de lo ocurrido, con qué palabras se dirigiría a mí en clase, delante de todos mis compañeros, de qué forma se le reflejaría en los ojos aquel primer conocimiento de su deseo que yo había tenido dentro del coche. Intuía ya que nuestro idilio era imposible y temerario, presentía el riesgo de un sinfín de peligros que acabarían por producirse, pero sabía también desde el primer momento que, fuera lo que fuese lo que aquella historia me deparase, no había ninguna fuerza que pudiera apartarme de ella, porque ya nada podía mantenerme a salvo de mí misma, ni siquiera la amistad, ni la lealtad, ni todos los pactos secretos sellados en un desván cuando todavía éramos inocentes y nos inventábamos impunemente un pasado porque aún nada nos había ocurrido aunque quizá todo estaba ya a punto de suceder.

Llegué a clase con retraso. Ya no había alumnos en los pasillos. Oía su voz amortiguada a través de los tabiques del aula, más nítida a medida que me iba acercando a la puerta. Dudé antes de llamar con los nudillos y entré después con timidez atravesando el silencio como si fuese un camino alfombrado, sintiendo en todos mis poros el peso de una atmósfera en suspense, en la que él había dejado de hablar y me miraba largamente hasta verme sentada en el pupitre, con tanta fijeza como si intentara un reconocimiento que no lograba con la mirada, igual que si me

hubiera visto regresar desde la escena anterior ya instruida, más sabia, rescatada para siempre de mis quince años. Fue por la obstinación de aquella mirada quieta que me envolvía con la insistencia de quien no ha sabido evitar un desastre, sin voluntad, sin preocuparse de lo que los demás pudieran decir o pensar, como tuve la certidumbre de que tampoco él se iba a prohibir nada. Luego reemprendió la clase, llenándola de palabras que parecían burbujas de aire, mundos translúcidos donde se hubiera podido vivir. Tenía una manera especial de servirse del conocimiento, sin hacernos sentir nunca su obligación o su peso, a diferencia del resto de los profesores. Despertaba en todos nosotros la necesidad de establecer contacto directo con la vida que se escondía tras una página impresa.

Habló de Pessoa, de cómo iba a ver a su editor en el barrio alto de Lisboa con el cuello del abrigo levantado y el sombrero terciado sobre la cara, llevando bajo el brazo una carpeta llena de poemas. Y a continuación leyó uno de aquellos poemas que hablaba de una muchacha que veía pasar un Chevrolet negro en dirección a Sintra y pensaba que dentro de él viajaba un príncipe somnoliento. La luz del crepúsculo se reflejaba en la carrocería y entonces la muchacha hizo un gesto mínimo, casi secreto porque no fue hecho para ser visto por nadie: se llevó la mano a los labios y depositó un beso en la punta de los dedos, luego extendió la palma abierta y sopló muy suavemente en dirección al automóvil que se alejaba. Sus ojos estaban cerrados como en los sueños. Y yo sentí que me encontraba en otro mundo, dentro de una pompa transparente en la que esa clase de milagros como el de la poesía formaban parte de las cosas que podían suceder. Entonces sonó el timbre y su estridencia repentina rompió de golpe aquel hechizo. Él se acercó a mi mesa y, descuidadamente, dejó sobre ella el libro que había estado leyéndonos. Después salió del aula y se encaminó hacia la sala de profesores. Me volví instintivamente hacia Byron y vi que todavía se encontraba bajo el influjo del poema, vagando por la carretera de Sintra, en medio de una emoción pasajera que lo cautivó igual que a mí con su improbabilidad. Pero no tardó mucho en recobrase, esperó a que los demás alumnos salieran de clase, ordenó sus libros en una esquina del pupitre, descolgó su anorak del perchero y se dispuso a salir sin hacer el menor amago de esperarnos. Sin embargo, desde el umbral de la puerta, se giró, volvió hacia nosotros sus ojos de indio, negros y vigilantes, y nos dirigió a Martín y a mí una mirada retadora, como si de pronto albergara una especie de sospecha todavía muy vaga e indefinida, porque había algo en su forma de observarnos, un ligero matiz, que nunca antes había notado y que no era de desaliento ni de rencor, sino de esa confusión súbita que se apodera de nosotros cuando luchamos por eludir la perseverancia de una intuición, el repentino tormento de una idea que se nos acaba de ocurrir, temiendo que nuestro propio recelo la convierta irremediablemente en cierta.

Al ver salir a Byron así, solo, tan vulnerable y abismado en sus pensamientos, supe con absoluta seguridad que la que en realidad se estaba alejando para siempre era yo y que pasar mis dedos por las tapas oscuras de aquel libro de poemas era una

manera de amar la distancia que empezaba a separarme de él y de Martín y de mí misma, igual que llegar a las puertas de una ciudad nueva a miles de kilómetros o viajar en un Chevrolet negro, por carreteras nocturnas. Y al saberlo, descubrí también que aquella sensación desbordante de vida que me quemaba desde el día anterior con una incandescencia futura, salvaje y cegadora era, de algún modo, como volverme de espaldas al pasado y empezar a morir.

Pero no me importó.

DONDE MARTÍN SE ASOMA A LA SIMA DE LAS PARADOJAS

El cambio que experimentó Lancelot se produjo lentamente. Al principio fueron pequeñas cosas, gestos, comentarios que hacía en clase y después se quedaba pensativo e inmóvil mirando primero a Byron y después a Inés y otra vez a Byron. Empezó a comportarse con él de un modo diferente a como lo había hecho hasta entonces, igual que si entre los dos tuvieran que arrastrar un lastre demasiado pesado. Su humor comenzó a teñirse de amargura y parecía que estuviera a la defensiva, aunque yo creo que lo que de verdad pretendía era... Bueno, era precisamente no defenderse. A veces las cosas suceden así, ocurren transformaciones tan insignificantes que nos pasan desapercibidas pero cuando queremos darnos cuenta ya estamos ante una historia distinta. Yo entonces no sabía lo de su mujer, fue Byron quien me dijo que estaba internada en un sanatorio psiquiátrico. Entre ellos se hacían esa clase de confidencias, se lo contaban todo.

Los sentimientos tienen muchas aristas y, en ocasiones, el propio tejido del amor o la amistad está trenzado con algunos hilos de odio o miedo, lo mismo que en el propio principio del placer se infiltra una punzada de dolor y... Bueno, tal vez no existe ninguna verdadera alegría que no esté atravesada por una corriente oculta de tristeza, así que... Lo que quiero decir es que nada es exactamente lo que parece porque existen múltiples fisuras en el alma de las personas que son las que dan lugar a las paradojas o a los misterios. Pero yo opino que es precisamente a través de alguna de esas grietas por donde, alguna vez, asoma la verdad. No es que Byron dejara de ser el alumno predilecto de Lancelot o que perdieran la complicidad que había existido entre ellos. Se trataba de otra cosa... Parecía como si los dos fueran jugadores de equipos contrarios y se encontraran de pronto solos delante de una de las porterías y... Bueno, ni uno ni otro supieran qué hacer con el balón. No sé si estoy explicándolo bien, me refiero a que, a veces, en clase, la situación era tan tensa como en un duelo. A un extremo de la mesa estaba Byron y al otro Lancelot. Se miraban como si cada uno estuviera intentando mantener su propio universo en vilo, avanzando y replegándose. Flotaba en el aire algo impaciente y sutil y también violento. Pero, en contra de lo que pudiera parecer a simple vista, el combate que estaba teniendo lugar no era el que enfrentaba a uno contra el otro, sino el que cada

cual sostenía consigo mismo.

Además, por si eso fuera poco, Inés ya no era la misma. Y... la verdad es que todo se complicó. Porque, por lo general, todos somos capaces de afrontar las cosas de una en una e incluso solucionarlas, si es que tienen solución, pero cuando los reveses ocurren al mismo tiempo y por todos los flancos... No sé, es difícil comprender qué está pasando y no hay manera de esquivar los golpes.

El sexo es lo más complicado. Yo creo que todos tenemos dentro un mar inmenso atravesado por corrientes contrarias. Nadie ha conseguido aún bucear en esa profundidad. Hay caudales muy cálidos y existen también grandes superficies heladas... Yo lo imagino como una especie de magma formado por icebergs y materia incandescente, ¿entiende? Aunque a lo mejor todo es la misma materia y por eso debe de ser que el hielo quema y que a veces necesitamos amar a quien nos daña o destruir lo que queremos y también casi siempre el acicate del peligro o lo prohibido nos empuja con una presión muy fuerte aquí en la ingle, donde nos sentimos vivos los hombres.

Ya le dije que Inés y Byron estuvieron siempre muy unidos. Sus familias se conocían desde hacía mucho tiempo. No recuerdo muy bien la historia, pero creo que venía de atrás, de la guerra. Me parece que la abuela de Byron le salvó la vida a una tía de Inés que era de comunión diaria y había escondido en su casa a unos monjes del convento de San Martín. Ángela era así, tenía el valor de hacer lo que pensaba aunque no le gustase a los suyos. Supongo que esa clase de deudas siempre quedan pendientes. Y a lo mejor, ¿quién sabe?, por eso se hicieron amigos más tarde Byron e Inés. Quizá estaba escrito que tenían que pasar todas aquellas cosas de la guerra, antes de llegar al momento presente: la huelga de los astilleros, los camiones con las banderas rojinegras, el fuego levantando un humo negro por detrás de los cerros, el asalto al cuartel de artillería, las palabras exaltadas de los mítines, todos aquellos muertos, los soldados de las Brigadas Internacionales, el amor y la muerte y los nacimientos... Igual que los días transcurriendo uno detrás de otro, sucediéndose, pero también, de alguna manera, uno dentro de otro, cargado con su peso, hasta que de pronto ya no son días sino años y me imagino que el tiempo pasa así, blanqueándolo todo, el cabello, la nostalgia y... Bueno, después vino el regreso desde México, la casa de la calle Núñez de Balboa, volver a empezar, las casualidades, los ojos de Inés, los ojos de Byron cuando se encontraron por primera vez, pero con todo ese pasado sembrado detrás, un montón de cosas... No sé, igual que una larga espera que parecía que no iba a terminar nunca y que tal vez no ha terminado todavía.

Lo que quiero decir es que Byron e Inés estaban tan unidos como puedan estarlo dos personas. Por eso cuando ella comenzó a comportarse de aquella manera tan esquiva, Byron... Bueno, creo que le entraron ganas de estar no se sabe dónde, todo lo veía negro y aquel sentimiento era como una especie de pena, pero había rabia también a pesar de que intentaba aparentar entereza. Supongo que entonces fue cuando empezó a parecerse a un edificio que mantenía en pie las paredes, pero que

por dentro estaba totalmente calcinado. Igual que el convento de San Martín aquella mañana de 1936.

Ángela nos contó que en los primeros días fueron ejecutados más de 200 sacerdotes y monjas en toda la región y los anarquistas bajaban por la avenida del puerto gritando la consigna de ¡Abajo el clero! No recuerdo muy bien sus palabras, pero ella pensaba... Sí, pensaba que para combatir a los enemigos era inevitable tomar un poco de su odio, destruir algo para poder acabar con la destrucción de ellos. Pero también creía que actuar así encerraba verdaderos peligros porque si se comportaban igual que aquellos a quienes pretendían combatir, con la misma arbitrariedad y la misma saña, al final, decía, seríamos iguales a ellos, nos habríamos convertido en ellos y entonces no tendría ningún sentido luchar porque serían siempre ellos los que vencerían en cualquier caso. Ésas eran las paradojas a las que me refería antes. Byron tenía todo ese incendio dentro de su cabeza, sabía lo que estaba pasando, pero no quería saberlo. Admiraba a Lancelot al mismo tiempo que empezaba a temerlo, pero sin atreverse a admitir del todo el miedo ni a cultivar abiertamente el desdén, debatiéndose entre esos sentimientos, de la misma manera que cuanto más intentaba aproximarse a Inés, más retrocedía ella. Estaba en la oscuridad. ¿Entiende? Y lo más curioso es que la propia oscuridad lo condenaba y lo protegía. Era como esos barcos que no pueden utilizar luces que los guíen porque de esa manera también descubrirían su posición.

Aquellos días cuando caminaba a su lado al salir del instituto podía sentir el calor sofocante de la cal y de las vigas de su pensamiento ardiendo dentro de su cabeza. Pero, digo yo, si intentas escapar de tus propias llamas, ¿en qué infierno te quemas entonces?

LO QUE BYRON VISLUMBRÓ EN LOS PÁRAMOS

Esta mañana, después de recogerte en tu hotel, volvió a suceder. Yo te miraba. Tú mirabas el río, apoyada en el pretil del puente, con una mano bajo la barbilla y con la otra sosteniendo un cigarrillo, mirabas sin ver.

—¿Qué pasa? —me preguntaste al cabo de un rato sin hablar.

Iba a decir que era notable lo transparentes que estaban las aguas del Tear, ya sin rastro de nieve en sus orillas y casi estuve a punto de contarte mi sueño de anoche, pero algo me lo impidió, como de costumbre.

—No pasa nada —respondí—, te miro. Y efectivamente te estaba mirando con la solapa del abrigo levantada y una bufanda de color *beige* enrollada al cuello. Vi cómo se formaba una sonrisa incipiente en el fondo de tus ojos. Te apartaste un mechón de pelo muy rubio hacia atrás, con ese gesto que haces siempre y de pronto me miraste con atención como si sólo en ese momento acabaras de reparar en mí y fue entonces cuando dijiste que habías decidido juntar los tres cuadernos y escribir nuestra historia.

—Me parece que cuando esté en un libro, ya no nos hará daño —comentaste.

Me di cuenta de que habías palidecido levemente en la frente y debajo de los pómulos. Sólo un poco, pero lo suficiente para que yo lo notara y comprendiera que no sólo estabas hablando de lo que había pasado hace años, sino de ahora, de lo que todavía quedaba de aquello.

—¿Tú lo sabías? —preguntaste continuando con el juego de los sobreentendidos y los enigmas. Pero yo entendí perfectamente a qué te referías. Lo descubrí por la voz y por el zarpazo como de garra de tigre que sentí a la altura del miocardio.

—Sí y no —te respondí después de dudar un momento. E iba a explicarte la esencia de la contradicción o de la tristeza, el porqué de saberlo y de no saberlo, pero naturalmente no lo hice. Para seguir fiel al estilo eterno de nuestros diálogos.

¡Qué podía decirte sobre Lancelot! Creemos que conocemos a alguien y ni siquiera sabemos cómo retenerlo con nosotros, ni cómo nombrar lo que hay en él y no hay en nadie más, ni cómo denominar lo que nos ha dado y lo que ha permanecido en el tiempo. No sabemos de qué clase es ese sentimiento, de qué cárdena y lacerada materia está formado. Para mí él era todo lo que yo no sabía del mundo y sin embargo podía llegar a saber. Me hacía vislumbrar otras tierras. No he encontrado a

muchas personas de las que pueda decir lo mismo. En ocasiones desprendía un brillo especial, no al estilo de Robin Hood o Corto Maltés o incluso de mi abuelo Marc Edney sino de verdad, porque él era real, existía, se podía contar con él. Tenía aquella expresión de incertidumbre y resolución al mismo tiempo, que te cautivaba porque te hacía ver que no era ningún mito, sino sólo un hombre o, mejor dicho, un hombre solo. Parecía que estuviera hecho a partes iguales de una cosa y al mismo tiempo de la contraria, como Vallejo y Van Gogh y todos a los que les falla una glándula endocrina y van por el mundo con esa especie de diferencia o defecto. Yo sé lo que sentía cuando iba a visitar a su mujer y la encontraba perdida en aquella mansedumbre animal e hipnótica de los sedantes, no sentía lástima ni ternura, sólo unas ganas irremediables de estar muerto. Son complicados los laberintos en los que se nos van extraviando los sentimientos, el modo de afrontarlos, la vida. Sí, él era... Pero ¿qué te voy a contar a ti? Si tú sabías mejor que nadie cómo era.

Te volviste de espaldas al río para encender otro cigarrillo. Inclínaste la cabeza y acercaste la llama del mechero protegiéndola con la mano. Por un momento hubo un brillo de duda en tus ojos como si estuvieras decidiendo si seguir adelante o no.

—Huir es peligroso. Durante años te parece que has conseguido escapar pero... —Miraste otra vez hacia el río, sin fijar los ojos en nada, en actitud soñadora, igual que antes.

—¿Quieres decir que estamos en el mismo punto? —continué yo tratando de ayudarte a acabar la frase.

—No lo sé —respondiste—. Es difícil volver al lugar que has recordado sin tregua durante años —y añadiste sin mirarme—... Nada ni nadie, ni siquiera él, merece tanta lealtad. —Me di cuenta de que estabas a punto de llorar y yo también sentía una especie de dolor en la garganta, que era más bien cierta dificultad al tragar.

Era la primera vez desde tu regreso a Santalén que hablábamos de ello, aunque fuera así, de una manera tan extraña, no como si estuviéramos dialogando sino como si estuviésemos hablando solos en realidad, inmóviles ante la neblina del río o del tiempo, en medio de aquella luz desleída. Debió de ocurrir alguna cosa, tu vulnerabilidad quizá, no sé, algo hiciste, o dijiste o me pareció entender, que me hizo apreciar la cumbre de sintonía a la que se puede llegar en un momento así, o dicho de otro modo, sentí un bienestar sencillo y tranquilo que nunca antes había alcanzado estando sobrio. Pero en el mismo preciso momento debió de suceder también algo en otro orden distinto o contradictorio, una especie de rayo fulminante y destructor, tal vez el germen insano de la inteligencia, que todo lo encuentra mal y me hizo comprender que esa especie de armonía o estado de beatitud era algo que yo no merecía, que no estaba a mi alcance, porque hay pasados, Inés, de los que no se puede salir indemne. Noté que necesitaba cuanto antes un *whisky*. O tres. En la otra orilla del río, el rótulo del café Tear permanecía iluminado debido a la niebla y tenía cierto aspecto de faro con su barandilla de hierro y la rampa de madera para las barcas.

Mientras nos encaminábamos hacia allí recordé, de ese modo caprichoso en que la memoria establece vínculos y asociaciones, cómo había llegado hasta la oscuridad en la que estaba, hasta la sed implacable quiero decir, con su amenaza de sudor helado, a las ideas delirantes, los calambres, las arritmias, la sensación de náuseas. Y me acordé, así sin venir a cuento, que la primera vez que sentí algo remotamente parecido fue cuando di el primer puñetazo de mi vida, ya no recuerdo bien el motivo, ni importa. Quizá fuera por alguna cosa que alguien había dejado caer malintencionadamente en una conversación sobre mi abuela Ángela. No sé bien, sólo soy capaz de evocar el furioso anhelo de destrucción que me invadió, el deseo violento de borrar cualquier rastro de mirada en los ojos de mi contrincante, de apagarlos para siempre. En aquel momento empezaron los golpes como timbales en el corazón, su eco retumbando dentro de mí, pero tal vez eso no era más que la señal de que había comenzado el combate.

Y ahora que lo pienso creo que el mundo se viene a dividir en dos clases de personas: los que recuerdan el momento en el que perdieron para siempre su primera inocencia y los que no lo recuerdan y por lo tanto no tienen constancia de haber sido alguna vez inocentes. ¿A quién le he oído yo hablar así? ¿Sería al ángel anunciador, con espada de zafiro o a alguna voz ronca y alcohólica ligeramente parecida a la mía? Probablemente esto último, al fin y al cabo los bebedores somos los seres humanos más universales y éstas son cosas que cualquier borracho sensible puede decir en una taberna de Santalén desde cuyos ventanales se ve un río, o de Madrid o de Calcuta o de Nueva York, en cualquier idioma, de día o de noche, llorando o riéndose a carcajadas, mientras la otra mitad del género humano lo mira como me miraban a mí los escasos clientes de aquel bar, con esa expresión tan característica de los hombres bien pensantes a medio camino entre el hartazgo y la compasión, sin entender nada, sin querer entender siquiera, y, más que nada, sin poder hacerlo aunque quisieran.

Estabas realmente hermosa bañada por aquella luz especial que emanaba del río, parecías una mujer remando a la vuelta de algún naufragio. Después del primer trago de *whisky* noté que había desaparecido la ansiedad. Me sorprendió que hubieras pedido al camarero lo mismo que yo, normalmente nunca bebes por la mañana y eso me preocupó porque es verdad que una borrachera contigo podría resultar gloriosa pero jamás me perdonaría pervertirte en ese terreno. Tus recuerdos empezaron a fluir. Al principio oían cosas pequeñas que sobresalían como un hueso que se te hubiera dislocado y te lastimara la piel.

—A veces, despierta en mitad de la noche, en mi casa de Kensington street, oyendo la respiración lenta de William, al otro extremo de la cama, me ponía a pensar en todo lo de antes —explicaste y así fue como supe que había habido alguien llamado William o Willy, que era coleccionista de antigüedades y jugaba al *criquet* o a algo, quizá al golf. A algo jugaba, eso seguro, y tenía una casa de campo con caballos.

—Así que te acordabas —interrumpí yo, por si acaso te daba por continuar con el

árbol genealógico de tu caballero. Las mujeres como tú siempre tendéis a casaros con tipos raros y elegantísimos. Y a mí, mucho más que tu divorcio, me interesaba aquello de lo que, al parecer, te habías acordado.

Me miraste con cara de estar dispuesta a meter la mano tan hasta el fondo como hiciera falta, pero yo no estaba seguro de poder llegar contigo hasta el final de ese viaje, no siempre es fácil seguirte. Apoyaste tus largos y blancos dedos en el vaso y con encantadora complicidad hiciste tintinear el hielo y lo alzaste hacia mí en un ademán de ofrenda.

—Sí, me acordaba de todo, de lo bueno y de lo malo, pero especialmente de los últimos días —dijiste clavándome los ojos con una voz grave y fría que me recorrió el espinazo—. Me acordaba de la excursión a los páramos.

Bebí lo que quedaba en el vaso de un solo trago y un vago aroma agreste vino a mí desde el pasado acompañado de algo que podía describirse como la súbita iluminación de un túnel dentro de mi cabeza. No sé si fue porque ya estaba borracho o porque tú estabas dispuesta a decir la verdad, pero estuve a punto de levantarme y hacer algo. Siempre he estado a punto de hacer algo, de tomar una decisión, de tomar otro *whisky*, de tomar tu mano. Gesto que reconvertí a tiempo y desvié convenientemente, con la mayor naturalidad, hacia la cajetilla de Chesterfield, controlando el nerviosismo con un esfuerzo lapidario y demostrando un magistral dominio de mí mismo que tú, por supuesto, no llegaste a percibir.

De la nuestra, como de todas las tragedias anunciadas, existe una prueba irrefutable, una fotografía que preside el desorden de mi mesa. Al fondo, recortado contra el cielo, se ve el perfil amoratado de las montañas y a un lado los terrenos lívidos y crepusculares de los páramos, matojos, piedras, tierra negra. Aquella tarde habíamos jugado un partido de fútbol en una planicie, cerca de donde estábamos acampados. Improvisamos los postes de las porterías con un montón de jerseys. Después, mientras los demás alumnos del grupo descansaban a sus anchas, Lancelot se encaramó a una de aquellas rocas grises erosionadas por el viento y nos hizo posar a los tres para la posteridad, tú en medio y Martín y yo a los lados haciendo el signo de la victoria. Los Águilas habíamos ganado por cuatro a dos. Había sido un día completo, con comida al aire libre y con una luz como de arcilla rosada al caer la tarde y hasta con un trébol de cuatro hojas en un sendero entre roquedos. Por la noche, recuerdo que la niebla empezó a bajar húmeda desde la montaña y yo la notaba como una mano helada en los riñones. Lancelot y yo estábamos sentados en un extremo del círculo, un poco separados del corro que formabais los demás. Podía oler la manga de su jersey sobre mi hombro y veía las llamas de la hoguera ardiendo en el centro, primero en rojo y luego casi en blanco. Imaginé que trataba de decirme algo. La expresión de su rostro parecía un poco angustiada.

—Mira, Byron, esto me está doliendo a mí tanto como te va a doler a ti, pero tienes que saberlo —y al decirlo evitaba mirarme, no encontraba las palabras. El fuego seguía crepitando y Lancelot continuaba en silencio porque se había dado

cuenta de que no existía ninguna manera inocua de hacer esa confidencia y seguro que no toleraba la idea de causarme ningún daño. Probablemente entonces ya había empezado a ser un hombre muerto. En una esquina del cielo había una media luna decreciente envuelta en una especie de velo de tiniebla, tú estabas al otro lado del ruedo rasgueando una guitarra y tarareando con los demás el estribillo de una canción de Simon y Garfunkel, a veces no te respondían algunos acordes, porque era una noche fría y la humedad afectaba a las cuerdas, pero cantabas con voz de plata lunera, como decía el poeta, y eso me hizo pensar por un momento en los puñales de los gitanos. Nosotros seguíamos allí sentados, fumando y mirando el fuego sin que Lancelot se decidiera a hablar.

—Puedes continuar —le dije—, el deseo de saber lo peor es lo que más aviva la curiosidad.

Ésas fueron las palabras exactas que pronuncié pero te juro que no pensaba en su significado. Lo dije sin querer, como si se me hubiera metido dentro una voz ajena, lúcida y sarcástica que, desde las más profundas regiones del espíritu, estuviera hablando por mí. Y él respondió sin tratar de defenderse ni de encontrar siquiera ese pasadizo que une las estancias secretas del corazón con la cámara donde cada uno guarda sus propios cadáveres.

—Estoy con Inés —le oí pronunciar y eso fue todo lo que dijo, bajando los ojos. No dijo: estoy enamorado de Inés, ni amo a Inés, ni necesito a Inés. Dijo solamente: estoy con Inés y yo por un momento casi me sentí aliviado, satisfecho de mi propia decepción, con argumentos suficientes para confirmar que la Humanidad, lo que desde el principio de los tiempos se viene llamando Humanidad, era un inmundo nido de víboras, donde la idea de lo fraternal sólo existía para ser traicionada. Caín y Abel, Esaú y Jacob, y Edipo, y Hamlet, y Otelo, todos acudieron a mi mente revueltos y confundidos en una especie de monstruosa pesadilla bíblico-clásica.

«Estoy con Inés». Esas tres sencillas palabras resonaron en mis oídos con la fuerza trágica de un veredicto —qué digo resonaron, atronaron, redoblaron, multiplicaron su potencia— al mismo tiempo que una voz demoníaca me susurraba al oído en otro tono más sibilino: que alguien mate a este bastardo hijo de puta, que lo haga agonizar. Pero en realidad era el miedo a mí mismo lo que me abrasaba por dentro porque me estaba aguantando las ganas de partirle la cara. No cesaba de repetirme que yo mismo había provocado ese amor, lo había incitado por la manera en que le hablaba siempre de ti, y no podía perdonarle ni perdonarme a mí mismo que se hubiese enamorado así por mediación mía, viéndote a través de mis ojos, como yo te veía, traicionando esa confianza. Algo se rompió dentro de mí o se hizo trizas o estalló por fin y entonces sí, lo odié con toda mi alma, sin piedad pero con una tristeza inmensa sintiendo cómo todos los protones y los aminoácidos que formaban la fibra humana de admiración y respeto y amistad que había sentido por él reventaban de puro desprecio y era una sensación horrenda, como si alguien estuviera pateándome los testículos, que son el órgano masculino por excelencia donde se

libran los grandes combates dialécticos.

Sé que me levanté tropezando y me fui de allí dando tumbos, tratando de seguir el camino iluminado por la linterna entre el verde denso de los arbustos hasta que oí el temblor quebradizo del nylon de las tiendas de campaña agitado por el viento. Abrí como pude la cremallera, torpemente. No había nada entre el cielo y la tierra excepto el frágil tejido de la canadiense, una piel blanquecina aleteando levemente. Me deslicé dentro del saco de dormir y me eché a llorar con una tristeza que en realidad debía de ser algo bastante peor que la pena o que los celos, algo que me salía de los bajos fondos del alma como una arcada vertiginosa de repugnancia.

CUANDO INÉS TRASPASA LA LÍNEA DE SOMBRA

Dentro del libro que él dejó sobre mi mesa había una nota con una dirección y un pequeño plano: «Calle de la Paz, n.º 27, ático». Caligrafía inclinada. A veces no se sabe exactamente de qué tenemos miedo, no se puede saber de antemano. Era por la tarde, después de las seis, la luz parecía menos viva por la sombra de los árboles. Pero al fondo de la calle, el cielo abría aún un abanico solemne de claridades grises y anaranjadas. Estaba caminando hacia el sol poniente y me dolían los ojos. De pronto, a mi izquierda, el número 27 apareció tal como lo había presentido, un portal antiguo, de madera, rematado en arco. Me quedé allí parada en la acera, mirando la puerta de doble hoja, aparentemente distraída, con el papel de la dirección arrugado en la mano, sin saber qué hacer, tratando de no pensar. Después pulsé el timbre deprisa, con el corazón latiéndome muy fuerte, sin aliento, como si me persiguieran, igualmente asustada.

Cuando el ascensor llegó al ático, él se hallaba de pie en el umbral de la casa como un soldado en un puesto fronterizo, sin moverse. En los ojos, mezclado con la sonrisa estaba el desconcierto, ese desamparo de querer cometer un error.

—¿Por qué has querido que viniera a tu casa? —le pregunté.

—Porque soy imbécil —respondió, pero para entonces ya me había atraído hacia él y me miraba con unos ojos tan azules que yo no podía distinguir el centro de su mirada, el lugar desconocido del que procedía—. ¿Y tú por qué has venido?

—No sé —estuve a punto de no decir nada más, pero después añadí—: Porque no estaba segura y es complicado ese pensamiento constante de no estar segura. Tal vez es mejor dejar que las cosas sucedan.

Él asintió con un gesto y luego dijo que sí, que era eso, que el recuerdo de lo que no sucede tiene una forma infernal de permanecer, no se puede olvidar. Después hubo un momento difícil, silencioso. Yo no sabía de dónde surgía aquella dificultad para hablar, igual que la primera vez, en el coche, quizá estaba en sus ojos de puro humo o agua marina pero también de acero, azules hasta no saber.

—Vuelvo a desearte —susurró a mi oído—, no puedes imaginar cuánto...

Y al decirlo se apartó de mí, como si la proximidad le estuviera doliendo y temiera ser brutal, y fue justamente en ese gesto que adiviné cómo iba a ocurrir

todo... Él, sentado en el borde de la cama, quitándome el vestido por abajo, la ropa interior blanca, de algodón, en el suelo, sobre los listones de madera, sus manos subiendo por mis caderas con una especie de temor, los ojos cerrados como si hubiera entrado en un misterioso sufrimiento y después ya tendidos los dos, los dedos navegando, abriendo, descubriendo, el pánico en su voz al decir: «Cierra los ojos, voy a hacerlo, te dolerá». La sensación irremediable de saber que es demasiado tarde para volverse atrás, para saber si quiero ese dolor, porque con todo su peso encima de mi cuerpo, saberlo o no ya daría igual.

El efecto del primer movimiento reflejo del cuerpo que se pone a la defensiva con quietud retráctil, la percepción de un insoportable abismo cuando él se aparta con repentino desinterés, como si el deseo se hubiera diluido momentáneamente por culpa de ese miedo incontrolable de mi cuerpo, pero luego, apenas un momento después, vuelve más fuerte, aumentado por la espera insoportable y entonces es él quien no puede evitar la desesperación de hacerme daño. Son tantas las ganas de ese encuentro que tampoco alcanza a dominar la violencia del acto, como yo no puedo evitar el miedo a la sangre, el gesto de intentar impedirselo, de forcejear, de querer apartarme, pese a sus palabras tranquilizadoras: «Será sólo un momento, el de entrar, ahora, ya estoy dentro, ¿ves?, no pasa nada». Y el dolor terrible, luego contradictorio, que no se parece a ningún otro dolor, que se convierte en el abandono de dejarse hacer y luego en la necesidad de moverse y de llegar a la cumbre de ese dolor desconocido, a lo más alto para caer desde él, para gemir y para gritar y para perder toda la fuerza del cuerpo. La impaciencia en el sonido de las palabras que él murmura, dulces y brutales e incomprensibles, cuando ya no puede más y está a punto de perderse con el gesto tenso y me asusta esa debilidad de verlo perdido, gimiendo con el temblor convulso que se apodera repentinamente de todo su cuerpo, ya fuera del mío, en el último momento, vertiéndose sobre las sábanas, con el rostro muy pálido, como si hubiera llegado en el abandono demasiado lejos y por eso le costara mucho volver en sí. Pero al fin vuelve, poco a poco, igual que vuelve el dolor entre las piernas, y es algo muy leve, como el latido de un pequeño corazón instalado ahí, en el borde de la herida, y la respiración se hace paulatinamente más sosegada y va mezclándose con el ruido que llega de la calle, de los autobuses que pasan, de las conversaciones lejanas, y con la luz de la tarde que todavía dura y se filtra a través de las persianas, y con el olor del cigarrillo que él enciende esparciendo una cortina azul como el humo de sus ojos cuando me observa detenidamente, pensativo con un fondo de culpabilidad o preocupación, como si reparara de pronto en mis dieciséis años, y yo prefiero no corresponder a esa mirada de remordimiento porque hacerlo sería como admitir que no tengo aún la edad de querer para siempre.

Existe un futuro que podemos recordar, lo mismo que a veces el pasado es más que nada un presentimiento. Mientras escribo no tengo la sensación de estar recordando sino abarcando el tiempo en el que todavía no era yo. Porque mi identidad tenía, por una parte, algo de cosa inventada, como una nube de inconsciencia dulce y

todavía infantil formada por un tumulto de personajes de novela en los que quería convertirme y, por otro lado, empezaba a tener los contornos precisos, la intensidad física, las huellas digitales de alguien que está empezando a ingresar en el mundo y que reconoce los atributos indudables de una historia real, la que yo comenzaba a vivir, clandestinamente en un ático de la calle de la Paz, lleno de plantas y libros, con una mezcla irresponsable de fascinación e incredulidad. Como si la vida no pudiera ser otra cosa que una especie de trance, un juego violento al que apostar los sueños.

Hay un momento en la adolescencia en el que aún no hemos tenido tiempo de aprender las reglas de ese juego. Se vive impunemente, en un estado turbulento, como instalados en una cumbre desde la que se alcanza a vislumbrar casi todo, incluso aquello que de adultos antes traicionaremos.

Todo persiste en mi memoria con una precisión que el tiempo no ha conseguido borrar, la disposición exacta de los muebles, el espejo de la entrada, las estanterías de madera, los periódicos amontonados en la alfombra, el faro de cerámica sobre la mesa de trabajo, una fotografía en blanco y negro de Saint-Exupéry con uniforme de aviador, una bandeja plegable, de madera, la cafetera italiana, tazas pequeñas con los bordes pintados de azul, montones de libros apilados por todas partes, plantas, un ficus gigante junto al ventanal de la galería, los números rojos e intermitentes de una radiodespertador, una cama siempre deshecha, un poco hundida en el centro, la caja de preservativos en la mesita de noche con el celofán arrancado, la idea de una habitación en la que se espera, estar tendidos mirando álbumes de fotos en el oro de luz amarilla de algunas tardes, la lentitud, el retraso con el que vivíamos respecto al mundo, la ciudad siempre exterior como un bullicio ajeno, la manera en la que las voces, el ruido del tráfico, el ajetreo de las cafeterías y de los comercios nos atravesaba y pasaban amortiguadamente a través de nuestro cuerpo, en esa quietud de duermevela que nos sobrevinía tras el gusto cumplido del amor, haciendo que todo pareciera insólito, segregado de la realidad, como si el espacio de aquel ático fuera menos un lugar que un estado del alma.

En aquella extrañeza transcurrían los días cada uno diferente al siguiente, salvo en la emoción de lo prohibido, en el riesgo constante a cometer un error, cualquier descuido que pudiera delatarnos y exponernos públicamente a esa situación indigna, intuida, nombrada por una sola palabra, que más tarde caería sobre nosotros con todo el peso del escándalo. Amenazados ya desde el primer momento pero sin ser capaces de evitar las situaciones más peligrosas, obsesionados como estábamos por el anhelo de vernos y tocarnos, por el milagro de tenernos, condenados ya de antemano sin saberlo, o negándonos a saberlo, porque sólo nos importaba la persistencia de aquel deseo. Ahora pienso que ya entonces, dentro de nuestro delirio, había algo que pertenecía a un dolor venidero.

Lo queremos todo de los amantes, el hombre con las ruinas, su miedo, el material de derribo, los sentimientos equívocos. En algunas ocasiones él se dejaba ganar por una especie de conciencia terrible que lo atormentaba y repetía que no podíamos

continuar así, que se había acabado, que nunca más volveríamos a amarnos. Y yo sabía que estaba pensando en su mujer. Hablaba pocas veces de ella, en parte porque no sabía cómo hacerlo, pero a través de palabras sueltas y retazos de conversaciones yo había llegado a imaginármela perfectamente. Era casi como si pudiera verla envuelta en una bata con zapatillas, deambulando por los pasillos de un hospital psiquiátrico, recorriendo las baldosas con pasos cortos, muy pegada a la pared, sonriendo de un modo extraviado, balanceando los brazos igual que si estuviera acunando al bebé que se les murió a los ocho meses de nacer, un niño rubio con patucos azules y chupete que yo había visto en una de las fotografías del álbum jugando con un pato Donald de goma. Los fines de semana iba a visitarla y regresaba a Santalén con el remordimiento inscrito en el rostro como si se sintiera de algún modo culpable de su estado, al no haber sabido librarla del dolor y de la desolación en la que se encontraba y maldecía aquel limbo de inyecciones y pastillas que la dejaban abotargada y ajena y que, a cambio de aliviarle la angustia, la envolvían en una calma vacía, sin recuerdos, ni conciencia, ni identidad. Le cambiaba el semblante cuando se acordaba de ella y se quedaba ensimismado con la cabeza sepultada entre las manos. Pero en el momento en el que yo hacía el ademán de irme, incapaz de soportar aquella manera que tenía de torturarse, pensando también en que debía respetar la intimidad de su sufrimiento y abría sigilosamente la puerta de la calle para marcharme, entonces era él quien intentaba retenerme a la fuerza impulsado por una energía enfermiza. El brillo de sus ojos estaba al borde de las lágrimas y me obligaba a quedarme a su lado con ruegos desesperados como si su mente estuviera dividida en dos mitades por un puente levadizo y no pudiese hacerlas coincidir a la hora de tomar una decisión. Las mismas palabras que me había dicho antes sobre la imposibilidad de continuar viéndonos espoleaban la violencia del deseo, lo hacían persistente y a la vez humillante, complicado, imposible de rehuir. Entonces lo único que importaba era una necesidad perentoria que nos derribaba a uno contra el otro, no para ofrecernos consuelo sino al contrario, para desterrar su más remota posibilidad. La cercanía de los cuerpos hacía más intolerable cualquier postergación y por eso sus súplicas despojadas de orgullo tenían una entonación violenta y delicada al tiempo, cuando invocaba mi nombre e imploraba y me estrechaba con fuerza entre sus brazos como si su vida dependiera por completo de aquella sensación física y era él mismo, que apenas hacía un momento había dicho que debíamos dejar de vernos, quien ahora no podía soportar que las citas se distanciaran y exigía encuentros cada vez más frecuentes y precipitados.

Ésa era la clase de vértigo que nos mantenía unidos, como a dos equilibristas en lo alto de un cable de alta tensión, y hacía que nos buscáramos en el mismo instituto, por los pasillos, en las aulas, entre los bares de las calles del puerto, en cualquier lugar, queriendo creer que la pasión nos inmunizaba contra todos los peligros, más indefensos aún por esa creencia y porque hay maneras de amar que son como elegir no defenderse.

El sexo era un modo de perderse, llamar a la puerta y quedarse allí hasta que él cogía mi cartera y la apartaba en una esquina, me desnudaba frente al espejo del vestíbulo y me cargaba en brazos hasta la cama y se tendía todo a lo largo de mi cuerpo y me penetraba despacio, de una manera tan lenta como en una agonía insoportablemente gozosa, igual que si quisiera llegar al fondo de mi cuerpo y alcanzarlo sin desfallecer tratando al mismo tiempo de calmar cualquier urgencia, de permanecer quieto ardiendo dentro de una noche oscura, de esperar así, moviéndose primero apenas, de modo espaciado, luego continuamente hasta prender fuego a la propia oscuridad de la noche, deteniendo el tiempo en un latido hasta que era yo la que no podía esperar tanto y empezaba a moverme, notando en mi cuello su aliento, muerta de deseo, perdida, sin otra identidad que la de pertenecerle a él, de ser poseída por él, fundida en él, diluida, pervertida, con los ojos cerrados, sin nombre, sin nada más que el placer que me llegaba con una violencia dulce de golpes dentro del cuerpo, como el movimiento de un mar de oleaje imparables, que se ve venir pero no se espera, ni se sabe hasta dónde puede prolongarse, porque se alimenta a sí mismo y se reflejaba finalmente en el ocaso de unos ojos, los suyos, que me buscaban enloquecidos, antes de rendirse, y después se perdían hacia abajo en la contemplación del espacio sombreado de vello que eran los centímetros de piel en que los dos cuerpos entraban en contacto, se rozaban, entrechocaban y se agitaban con un ritmo cada vez más sofocado y veloz hasta hacernos sentir dolor en los huesos de la pelvis y en la juntura de las caderas, mientras íbamos ascendiendo en el delirio para descender después casi inconscientes hacia el abismo de líquidos y savias y sudores en el que finalmente nos desvanecíamos jadeantes, aferrados el uno al otro, entregados y vencidos como en la hora de morir.

DE LA LARGA PLÁTICA EN LA QUE MARTÍN CUENTA UN EPISODIO ACAECIDO EN ARAGÓN

Antes de descolgar el teléfono, a media tarde y oír al otro lado la voz de Inés, yo sabía ya que iba a producirse esa llamada. Fue una especie de... Bueno, de corazonada, pero una corazonada de la razón, por así decirlo, aunque le parezca un contrasentido. Igual que cuando observas un tablero de ajedrez durante mucho tiempo y de pronto adivinas el movimiento que va a hacer uno de los jugadores. Ella quería saber y ya había llegado demasiado lejos. Así que, si pensaba continuar con aquella partida, le tocaba mover ficha.

Nos citamos en los jardines que hay detrás de nuestro antiguo instituto, lo que equivale a decir en un lugar histórico, tan histórico como la Acrópolis de Atenas. Cuando llegué, la encontré sentada en uno de los bancos con la espalda apoyada contra el respaldo y la cabeza un poco reclinada hacia atrás. Tenía una expresión un poco... No encuentro el modo exacto de definirla, un poco desarmada tal vez, mirando al cielo, con el sonido de fondo de los pájaros, como si tratase de encontrar algo que estuviera flotando en el aire. La verdad es que las expresiones de Inés nunca fueron fáciles de interpretar. Puede que sólo estuviera haciendo balance. Había vuelto a su ciudad después de estar fuera demasiado tiempo y... Bueno, supongo que eso tenía que ver con la historia de la que íbamos a hablar.

Según me iba acercando hacia ella desde el fondo del parque iba pensando cosas distintas. Por una parte, me alegraba de poder tener una charla con ella a solas, pero al mismo tiempo... No sé, me sentía igual que en ese juego en el que tienes que apoyar las palmas de tu mano sobre las de otro y has de estar alerta y afinar al máximo los reflejos para intuir de qué lado va a venir la palmada y así poder esquivarla. La verdad es que no entendía por qué, al cabo de tanto tiempo, le había dado por revolver en todo aquello.

—¿A vueltas con los recuerdos? —le pregunté abordándola de espaldas, por sorpresa.

Enfrente de nosotros había un seto mojado y detrás de él se alzaba el edificio del instituto con ese matiz rosado que adquiere el granito después de la lluvia. Me pregunté qué significaría de verdad aquel lugar para ella.

—No —contestó girándose hacia atrás—, sólo estaba pensando. —Y, al decirlo, sonrió de una manera que... Pero probablemente no se trataba de una sonrisa sino de un respiro o una tregua. Como esa especie de distracción inicial en la que se demoran algunas conversaciones que al final no queda más remedio que abordar seriamente. Me senté a su lado y saqué el paquete de cigarrillos del bolsillo de la gabardina.

—¿Entonces, todavía no te has hartado de esta ciudad? —le solté con una ligera entonación de desafío mientras le acercaba el mechero para darle fuego.

—A veces tengo la sensación de que es imposible regresar a ningún lugar si las personas a las que tratabas de reencontrar ya no están en ninguna parte —replicó con un tono tan apagado que... Bueno, pensé que a lo mejor había cambiado de opinión y ya no le importaba llegar al fondo de nada.

—¿Te refieres a Lancelot? —preguté.

—No —respondió—, me refiero a ti y a mí y, sobre todo, a Byron.

Y después me miró de esa manera... y durante un instante tan largo, con los ojos fijos y una especie de temor que, no sé, es difícil de explicar, pero en aquel momento me di cuenta de que, no es que hubiera dejado de importarle llegar al fondo de aquello, sino que tal vez empezaba a sospechar lo que se podía encontrar cuando llegara.

Creo que ella pensaba que Byron había tenido algo que ver con aquella nota anónima. Los había visto a Lancelot y a él una noche en los páramos hablando a solas durante un tiempo infinito y se lo imaginó aunque no quería creerlo porque... Pero había visto sus ojos de odio en el autobús de regreso, su mirada negra vibrando durante todo el viaje como si tuviera dentro de la cabeza el temblor reconcentrado del combustible. Y aquello era verdad porque yo también lo había visto pero... Pero al mismo tiempo no lo era. Lo que quiero decir es que todo el mundo piensa que dentro del odio siempre se encuentra el germen de la traición o de la venganza, como una especie de semilla que está ahí, no se dan cuenta de que a veces esa semilla brota sola y tiene que ver con el azar y con el viento, y con cosas que nadie puede saber y... En fin, hasta por amistad, si me apura, se puede cometer una traición.

Pero Inés no me había preguntado qué pensaba yo de todo aquello. Si lo hubiera hecho, yo le habría respondido la verdad. Pero no lo hizo.

—Hay algo que me preocupa con respecto a Byron —dijo mirando hacia los ventanales del instituto—. He visto a mucha gente decepcionada, con verdaderos problemas que, sin embargo, no se da por vencida. En cambio él, creo que ni siquiera se da cuenta de lo mal que está.

Estuve durante unos minutos en silencio, mirando hacia el suelo y pensando qué demonios entenderían las mujeres por decepciones y verdaderos problemas. Era increíble ella. No sé, debía de pensar que la vida era como un cuaderno y que podías retomar la escritura cuando quisieras en el punto en que la habías dejado. O si no, podías arrancar las páginas que no te gustaban y empezar a escribir de nuevo a partir de una hoja blanca e inmaculada. Así, sin más problemas, como si el tiempo no

destrozara de golpe pedazos enteros de vida, igual que hace con la Historia, con los muros y las estatuas de Lenin y las fronteras y... En fin, los grandes ideales. ¿Se da cuenta? Y en eso la chica reaparece en escena, hermosa, alta y recién divorciada y descubre que efectivamente la situación parece grave y habría que hacer algo. Realmente magnífico. ¿No le parece?

A lo mejor me estoy volviendo un poco sarcástico, como Byron. Son cosas que ocurren con el roce, todo acaba por contagiarse. Les ocurrió a Don Quijote y a Sancho, que estaban protegidos por el aura literaria de Cervantes, cuanto más a nosotros, que somos simples mortales. ¿Ve lo que le decía? Hasta... Bueno, incluso en este párrafo se nota su influencia. Ésta es su manera de razonar, no la mía.

Byron tocó fondo entonces. Fue como si se rompiera en un montón de pedazos igual que una figura de barro que hubiera caído desde un pedestal demasiado alto. De repente, todo dejó de importarle, se pasaba las horas tumbado en la hamaca del desván, sin hacer nada, se le metió dentro una especie de angustia. La verdad es que a todos nos impresionó lo ocurrido, primero aquellos hombres con traje azul haciendo un montón de preguntas, después el director del centro tratando de sonsacarnos y los miembros del Consejo escolar empeñados en que pusiéramos nuestra firma en aquel pliego de papel y finalmente las lanchas del servicio de vigilancia costera rastreando la bahía con sus luces rojas brillando en la oscuridad. Ya sabe, los periódicos, las conjeturas de la gente, sólo se hablaba de eso. Pero luego pasó, como pasa todo y poco a poco el suceso fue diluyéndose, excepto... Excepto para Byron, claro. Aquellas imágenes se le quedaron grabadas, se convirtieron en una visión que siempre estaba dentro de sus ojos, fuera adonde fuera e hiciera lo que hiciese, igual que si aquel dolor le perteneciera sólo a él, fuese asunto suyo. O tal vez se sentía en una horrenda situación de deslealtad, y le abrasaba ese tormento, vivía en él. No sé... El caso es que fue entonces cuando se dio por vencido. Pero sin embargo a beber, lo que se dice beber, no empezó hasta los años de Universidad, y sobre todo después de la muerte de su abuela.

Mientras yo hablaba, Inés me miraba atentamente sin perderse detalle, parecía como si estuviera intentando armar un *puzzle* con mis palabras.

—¿Cómo murió Ángela? —preguntó. Su voz era firme pero al mismo tiempo parecía atravesada por una punzada de emoción. Me arrepentí un poco de haber sido mordaz en mis reflexiones anteriores. Existen determinadas razones, que sólo serán reveladas el día del juicio, por las cuales no soy el más indicado para juzgar a nadie.

—Fue algunos años después de que te fueras, en invierno —respondí e hice una pausa para encender otro cigarrillo, y me di cuenta de que era el último de la cajetilla—. Estaba cosiendo en la galería y tenía la radio puesta. Byron estaba con ella y me lo contó, dijo que... Bueno, en realidad sólo hablamos de ello en una ocasión, pero lo recuerdo perfectamente. Dijo que se había puesto pálida de repente. Me acordaba de todo, de las frases sueltas, los retazos de conversación, cada una de las sensaciones de aquella noche larga y extraña en la que me habló de su abuela, después del entierro.

Casi podía reconstruir toda la escena con tanta precisión como si hubiera estado allí con Byron: ella tenía una labor de costura en el regazo y de pronto se encogió un poco sobre sí misma y dejó escapar un pequeño quejido, pero volvió a incorporarse enseguida quitándole importancia.

—No es nada, de verdad —articuló con una voz muy débil y después añadió—: Ya he estado otras veces en esta oscuridad, es como una ceguera pero pasa.

Entonces Byron se asustó de verdad y quiso telefonar enseguida al hospital, pero ella no le dejó.

—Acércate —le dijo—, deja que te palpe la cara.

Y le acarició con la punta de los dedos las cejas y la frente, como si... No sé, como si quisiera llevarse con ella ese recuerdo. Y también le pidió a Byron que no llorase y se puso a hablar de todo lo de antes. Pero tranquilamente, sin... O sea, no como si fuese una despedida o algo solemne, sino sólo como si estuviesen charlando igual que otras veces y, claro, le habló de él, de su abuelo, siempre estaba hablando de él. Pero esa vez le explicó algo que no le había contado nunca. Algo que ocurrió en Aragón. Su grupo, que estaba formado por 32 milicianos de varios países, capturó a un chico de quince años que peleaba a favor de los fascistas. El muchacho todavía temblaba al recordar los cuerpos de los hombres de su destacamento, reventados por la explosión. En el primer interrogatorio dijo entrecortadamente, con los brazos muy pegados al cuerpo, que lo habían enrolado a la fuerza en las filas de Franco. Pero lo registraron y le encontraron un escapulario del Sagrado Corazón y un carné de Falange. El miedo le producía pequeñas sacudidas en las orejas, como a los corderos, y miraba con los mismos ojos de un animal acorralado. Parece que el capitán de la brigada le dio a elegir entre morir fusilado o incorporarse al grupo. A todos les espantaba la idea porque... Bueno, porque supongo que una cosa es matar en el frente y otra muy distinta hacerlo a sangre fría. El abuelo de Byron estuvo hablando con él durante más de tres horas para intentar convencerlo, pero a veces el propio miedo hace que cualquiera se comporte de un modo ciego y contra sí mismo. El caso es que el chico dijo que prefería morir. Así que, bueno, lo condenaron a ser fusilado. Esas cosas ocurrían diariamente en la guerra, pero el abuelo de Byron no podía soportar la idea de aquella infancia destruida y se las ingenió para que el muchacho pudiera escapar durante la noche. Al día siguiente, los fascistas habían descubierto la posición de la brigada y les tendieron una emboscada, sorprendiéndoles por la retaguardia. Murieron ocho de sus compañeros, entre ellos, un teniente de zapadores de Glasgow que era su mejor amigo. No sé lo que Ángela habría querido decirle exactamente a Byron con esa historia, pero... Bueno, el caso es que se lo contó y, si lo hizo, sería por alguna razón. Yo creo que a lo mejor quería darle a entender que hay cosas que suceden por nuestra causa y de las que, sin embargo, no somos culpables. Su abuelo nunca dejó de padecer atrozmente por aquello y, pese a todo, si pudiera volver a elegir, no elegiría fusilar al chico. Aquella contradicción lo sustentaba de un modo inexplicable. A lo mejor tenían razón los comunistas y por

cosas así se perdió la guerra. Pero, bueno, los comunistas son los comunistas y, no sé, creo que para ella lo importante era que no se desvaneciera el sentido de lo humano, una determinada... No me refiero a una ideología, sino a un talante, una manera de vivir. Y a Byron quería decirle algo con esa historia. Eso seguro.

Inés se inclinó hacia adelante apoyando los codos en las rodillas, mirando obstinadamente al suelo, concentrada, con el ceño fruncido como si estuviera intentando descubrir el sentido de lo que acababa de contarle. Luego se quedó en silencio durante un buen rato hasta que por fin se decidió a hacer la pregunta.

—Martín, dime la verdad. ¿Crees que hay alguna esperanza para Byron, que todavía se puede hacer algo? —dijo, sin cambiar de posición. Su voz ahora sonaba lenta e insegura.

—¿Te refieres a su manera de beber? —pregunté y al comprobar que ella asentía con la cabeza, continué hablando—. Quizá el problema no sea exactamente la bebida, sino lo que le conduce a ella. Hace tiempo intenté convencerlo de que se sometiera a una cura de desintoxicación en una clínica, pero... Si quieres que te diga la verdad, no creo que se pueda hacer nada hasta que él mismo acepte que necesita ayuda. Y, conociendo a Byron, sabes que eso no es... Bueno, no es muy probable.

—Pero ¿por qué? —exclamó Inés de pronto, como si más que una pregunta fuese una manera de rebelarse contra la situación. Su tono era tan amargo que me sentí en la obligación de introducir algún resquicio de optimismo.

—Tal vez ahora que estás aquí, tú puedas hacer algo —le contesté sin demasiado convencimiento.

La verdad es que no creía que su ocurrencia de los cuadernos y volver a remover todo lo ocurrido... En fin, no creía que fuese una buena idea. Las mujeres tienen una extraña manera de afrontar las cosas. No se dan cuenta de que, al hurgar en una herida, lo único que van a conseguir es hacer daño. Pero por alguna razón es difícil siempre convencerlas de que están equivocadas. Me gustaría saber si la actitud de Inés con respecto a Byron es la misma que adoptaría con un hermano o por el contrario... Quiero decir que me gustaría saber hasta dónde está dispuesta a llegar.

—A veces pienso que intentar salvar a alguien es la única manera que tenemos de no condenarnos —manifestó con solemnidad, pero sonriendo al mismo tiempo de un modo enigmático, casi vengativo, como si estuviese burlándose de sí misma.

Era exactamente la clase de sonrisa que podía hacer que a uno le volviesen de golpe todas las dudas de años atrás.

BYRON ENTRE LA SED Y LA NIEBLA

Cuando salimos del café Tear me ofreciste tu brazo al comprobar que tenía ciertas dificultades pasajeras para colocar un pie delante de otro. Un detalle entrañable por tu parte.

—Byron, por favor... —empezaste a decir casi con voz lastimera.

—Escucha —te interrumpí yo poniendo un dedo sobre tus labios—, ¿quieres que hablemos de aquello o vas a comenzar a amonestarme de nuevo con el discurso sobre la bebida? En algún lugar de mi conciencia comprendí de pronto que era absolutamente necesario conservar el delirio de la embriaguez, porque si no, no iba a atreverme a decirte lo que tenía que decir. Tú bajaste la mirada, apretando el paso y mordiéndote los labios. Yo proseguí, ebrio pero de algún modo sereno, coherente, casi admirable hasta cierto punto. Estaba hablándote de la noche de los páramos, por esa parte iba, noche de noches, verde oscura y púrpura en lo alto y con buitres que flotaban perezosos en las alturas como agüeros o aviones o papeles negros, chamuscados, escapando de una hoguera, meciéndose, planeando hacia las tinieblas. Te miré a los ojos, implacables y decepcionados e inolvidablemente hermosos, y contemplé en ellos la misma terrible sentencia con la que ya una vez me habías juzgado. Pero aun así, encontré el suficiente valor para defender mi inocencia.

—Claro que sabía lo vuestro, él me lo dijo. En realidad dijo algo impreciso pero suficientemente revelador. —Mientras te hablaba, seguía mirándote a los ojos, aterradores ojos verdes de ángel justiciero—. Y es verdad que os odié y os deseé el infierno y que cometí cuantos abyectos crímenes se pueden cometer con la imaginación. —Hice una pausa, para cerciorarme de tu atención y proseguí muy despacio, sin parpadear, midiendo el efecto de cada una de mis palabras—. Pero te juro, Inés, que yo no escribí aquella nota.

—Nadie más que tú lo sabía —respondiste y apartaste la mirada de mí con escepticismo y te pusiste a observar detenidamente el bordillo mojado de la acera para que yo me diese cuenta de que, a pesar de que con el tiempo casi habías logrado perdonarme, tu veredicto no había variado lo más mínimo.

Entonces entendí por qué ni las mismísimas puertas del cielo abiertas de par en par, o sea, tus brazos extendidos para recibirme podrían llenarme de un gozo tan

perfecto y desesperanzado como el que siento cada vez que me llevo un vaso trémulo a los labios y un relámpago me recorre la espina dorsal como una lengua de fuego. Todos los misterios, todas las esperanzas, todos los desengaños están ahí, los espíritus del abismo en ese tacto mortal, en la profundidad de los mares de malta, de los océanos de *whisky*, dulces infiernos llenos de tempestad.

Algún día tendré que explicarte algo sobre la flor de Coleridge, sobre el significado de los sueños o de la existencia, de las cosas que ocurren y se nos ocurren, qué sé yo. Explicarte ese sentimiento atronador y constante de que tal vez nuestras vidas hubieran podido ser de otro modo. En otro mundo. Y entonces quizá entre los dos podamos entender cómo, cuándo, en qué degradado momento, cambiaron tanto las cosas para llegar a este punto en el que estamos hoy. O casi mejor, no voy a decirte nada de eso. Te diré nada más que lo que ocurrió una sola vez, lo que permaneció inexplicado durante todos estos años, sigue ocurriendo siempre, actuando como una fuerza oculta sobre nuestras vidas porque cualquier dolor humano por íntimo que sea pone en cuestión la humanidad entera. Hay secretos que permanecen enquistados en la memoria como un germen nocivo que la deja dañada irreparablemente. ¿Te has preguntado alguna vez qué clase de vínculo teje la delicada trama que une lo que éramos antes con lo que somos ahora? ¿Qué poderosa sensación ha sido capaz de acercar la atmósfera detenida de aquellos años hasta hoy, hasta el aire inmóvil de esta misma mañana... la niebla flotando sobre el río, tu forma de inclinarte sobre el pretil del puente, apoyando un pie en la barandilla, fumando, sin fijar la vista en nada y luego volviendo hacia mí tus ojos de ángel decepcionado mirándome como desde otra orilla y haciéndome pensar en catástrofes inminentes y silenciosas, exactamente en el mismo instante en el que me tocabas el brazo muy delicadamente?

—En Londres, cada vez que aprendía una palabra nueva me acordaba de ti —te oí pronunciar y después sonreíste de ese modo triste y desorientado que tanto me desconcierta.

—¿Sí? —articulé con incredulidad pero sin ninguna ironía.

—Al final resultó que tenías razón —afirmaste en un tono tan bajo como si estuvieras hablando contigo misma.

—¿En qué? —traté de indagar.

—En que acabaría viviendo en el país de lord Byron y Shelley —respondiste—. ¿Te acuerdas aquella vez en el desván, cuando me desterraste para siempre a la pérfida Albión?

Lo que siguió debí haberlo previsto, no tus palabras que son siempre imprevisibles sino el vuelco ante el abismo del tiempo transcurrido.

—Sí —acerté a decir—. Siempre tuve algo de profeta. Y además, entonces aún creíamos en la inmortalidad.

—¿Por qué? —preguntaste haciendo ese gesto de arquear mucho las cejas, con una curiosidad que se parecía también a una cierta y vaga ternura.

En el río había una especie de misterio, de inmovilidad, las aguas lisas y los árboles fantasmales blanqueando la distancia.

—Te fijaste en lo raro que parece todo hoy —dije.

—Es por la niebla —respondiste.

—Seguramente —continué yo. Y volviendo a tu pregunta añadí—: ¿Por qué, qué?

—¿Por qué no podemos seguir creyendo —dijiste tú— en la inmortalidad, en nosotros mismos, no sé... en algo? —Y entonces, apoyaste tus largos dedos sobre mi mano esperando sin duda alguna palabra o señal o esperanza.

Pero lamentablemente, para esa incontrovertible pregunta yo no tenía respuesta.

DONDE INÉS PRESENCIA UN DUELO

A veces, en clase, se atrincheraba tras su armadura de profesor. Se mostraba más locuaz, ironizaba con todo, como si estuviese representando un papel ante un escenario, contaba anécdotas que a él mismo no le hacían gracia, atacaba sus propias ideas y defendía cosas en las que no creía. Parecía que se hubiera vuelto en contra de sí mismo, sonreía y se encogía de hombros aparentando frivolidad. Era la forma que tenía de comportarse cuando se sentía desesperado.

Esta mañana mientras paseaba con Byron por la orilla del Tear y hablábamos de él abiertamente, de todo lo ocurrido, me di cuenta de muchas cosas que permanecían en mi memoria sin un significado claro. Miré a Byron a los ojos, y durante una milésima de segundo percibí exactamente lo mismo que había visto hace mucho tiempo, un día también con niebla, en el instituto. Vi a un muchacho de dieciséis años sentado de medio lado en el pupitre con la cabeza apoyada en la mano y un mechón de pelo sobre la frente ensombreciéndole la mirada con una especie de furiosa desdicha. Vi el vértigo y la angustia de alguien que ya se sabe traicionado y sin embargo todavía tiene la candidez inquebrantable de negarse a saberlo. Vi el cielo gris y violeta detrás de la ventana, los pupitres alineados, los tubos fluorescentes en lo alto del techo, la pizarra al fondo. Desde la distancia reconozco la voz oscura de Lancelot retumbando como un eco lejano contra las paredes del aula convertidas de pronto en un espacio cerrado y quieto como esos lugares en los que transcurre un duelo, la réplica de Byron más honda y desconcertada. Los oigo como en sueños misteriosamente dignos, severos ante la expectación silenciosa de la clase, mostrando por primera vez su discrepancia ante todos, con palabras cortantes que no salían de un ansia desinteresada de conocimiento, sino de otra clase diferente de avidez, más encarnizada, la que muestran dos adversarios en un campo de batalla. Los caminos por los que iba derivando la discusión nos dejaban fuera de ella a todos los demás.

Poco a poco aquel combate dialéctico fue subiendo de tono hasta convertirse en un particular cuerpo a cuerpo, en medio de una atmósfera tensa a la que todos asistíamos con estupor, conteniendo la respiración. Versos perdidos acuden ahora a mi memoria enaltecidos por el recuerdo, con un sentido premonitorio... Puedo oír las palabras de Byron, con aquella inflexión de extrañeza, discrepando de los argumentos

de su contrincante, sin entender el porqué de aquella repentina acritud, defendiéndose con una sencillez incontestable, capaz de abarcar, sin explicaciones teóricas, el misterio de una metáfora, su sentido del tiempo, como un reloj puede abarcar la noche inmensa con su pequeñez. Y de nuevo la respuesta de Lancelot usando por primera vez un lenguaje cruel aunque su voz continuaba siendo profunda y muy hermosa. Las palabras como bisturíes cortando, diseccionando el poema, reconduciendo el debate, llevándolo con ventaja a su terreno:

—El poeta que contempla la noche, en realidad, está enfrentándose a la idea de infinito. Lo infinito es aquello que siempre se prolonga más allá de sí mismo: el Universo, la geometría...

—Yo creo que quien contempla la noche, sólo contempla la noche —le interrumpió Byron—, y la contempla porque la siente, porque está en ella, no porque piense en ella. —Y a continuación añadió—: La noche no es un pensamiento como la idea de infinito, la noche existe. Todo lo que existe tiene principio y fin. Lo que es infinito no existe.

Fue entonces cuando Lancelot perdió la paciencia.

—Imagínate una estrella —dijo fulminándolo con la mirada—. ¿Sabes lo que hay detrás? Pues otra estrella —se contestó a sí mismo— y detrás de ésta, otra y otra y otra —repitió como si estuviera siendo víctima de un ataque de ira.

—A lo mejor llega un punto en el que no hay más estrellas —balbuceó Byron—, se acaban las estrellas y después ya no hay nada, ya no hay ni después.

—Piensa en un número —gritó Lancelot, con cara de querer acabar de una vez por todas—, el 17, el 1900, el 289 000, el que quieras, por muy alto que sea siempre habrá una cifra mayor, y después de ésta, otra. Así eternamente. Hasta un niño podría entenderlo —murmuró con aspereza no sólo en las palabras sino incluso en las pausas y en la entonación. Pero entonces era un hombre que ya no creía en lo que estaba diciendo.

Byron no podía entender por qué le hablaba de ese modo. Hubo un momento en el que se quedó desconcertado en medio del silencio de la clase, hundido en el pupitre con la barbilla apoyada en la mano y el ceño fruncido mirándonos a Martín y a mí sin rastro de orgullo, como si la falta de una buena respuesta fuera el peor de los destierros. Aunque ahora pienso que tal vez no le importara nada perder aquel reto. Tal vez era todo lo demás lo que le importaba.

Recuerdo el cielo oscurecido detrás de los cristales, el sonido del timbre señalando el final de la clase, los sentimientos enfrentados que luchaban por abrirse paso dentro de mí, la trampa de sentirme prisionera de un hombre al que no siempre podía admirar y, a la vez, amarle. La mirada de Lancelot, su derrumbamiento silencioso, íntimo, al dar por ganada aquella partida, el desprecio que empezaba a sentir hacia sí mismo y, por último, cuando ya nadie lo esperaba, la respuesta de Byron:

—Pero eso son sólo números, profesor. Porque ¿qué es en realidad el 17? —dijo

mirándolo de frente con una formidable franqueza.

Entonces sí que la clase rompió el silencio, toda la tensión acumulada en los últimos minutos estalló en una descarga de aplausos dirigidos a Byron. Vi la mano de Lancelot crisparse contra la mesa, y después enseguida abrirse en un movimiento de perdedor que reconoce la grandeza del contrario y quizá también lo infantil de aquel juego, su dureza, su inutilidad. Y observé también el gesto de Byron mientras recogía los libros. Era un gesto vacío, no triunfal, sino triste y desencantado, como si ya intuyera que aquella victoria no valía en ningún modo el precio que habría de pagar por ella.

El tiempo del recuerdo nos concede una visión más completa de los hechos pasados, un conocimiento más profundo, una comprensión que quizá entonces nos estaba vedada. Las voces adquieren en mi memoria un matiz que me estremece y no sólo por las palabras sino por las sensaciones recobradas, el dibujo hecho descuidadamente en una esquina de la libreta, los trazos gruesos de un bolígrafo Bic sobre el papel cuadriculado, el roce de la lana del jersey en el cuello, el gesto cómplice de Martín dándome un codazo, la mirada de Byron, su mortificación, la desarmada inocencia con la que sus ojos me interrogaban sin entender lo que estaba pasando, buscando posibles motivos que yo pudiera explicarle. Y pienso ahora con estremecimiento en el peso que lo abrumaba por dentro, en las torpes armas de que podía disponer un muchacho de apenas dieciséis años para enfrentarse a un rival que le doblaba la edad y que era al mismo tiempo el ídolo a quien admiraba, el maestro en quien confiaba, y el amigo que iba a traicionarle o que tal vez le había traicionado ya. Los recuerdos irradian entre sí una poderosa corriente de vínculos.

—Inés... —me llamó Lancelot desde el pasillo con la voz alterada—. ¿Puedes venir al seminario? Quiero hablar contigo.

Me quedé paralizada por una sensación desconocida, como una oleada de calor que iba extendiéndose por toda mi piel. Tenía la impresión de que todos los alumnos nos estaban mirando. Entonces vino andando hacia mí con paso apresurado y me agarró fuertemente por el brazo, atenazándome con sus dedos.

—Voy a volverme loco —dijo—, la mitad del tiempo no soporto la idea de que no estés conmigo, la otra mitad sólo pienso en la manera de dejar de verte.

Yo no sabía qué contestarle, me asustaba cuando se comportaba así y sentía su confusión, la sinceridad con la que quería y no quería acabar con todo, el énfasis con el que se atormentaba. Era capaz de decidir pero no podía llevar adelante sus decisiones, porque las propias dificultades que nos rodeaban hacían que el amor no se gastara, que fuera siempre demasiado nuevo, como al principio, con toda su fuerza naciente y no le era posible en absoluto desprenderse de ese sentimiento. Su violencia se concentraba en la manera que había tenido de actuar en clase, contra Byron que era su alumno predilecto, en la forma en la que me agarraba a mí por el brazo, ejerciendo mucha presión, hasta dejarme señales. Cualquiera de sus contactos, desde los más suaves hasta los más bruscos, tenían la peculiar aptitud de ser perdurables. Aproveché

la proximidad de Byron y Martín, que pasaban a nuestro lado para librarme de aquella situación y regresé a casa con ellos, caminando a través del parque. Pero sin poder olvidar lo ocurrido, ni lo que él me había dicho, su irritación, la manera de transmitirme tensión, un dolor intenso a la altura del codo y me di cuenta que hasta esa sensación tenía una impronta fuertemente sexual.

Desde que había empezado todo, mi relación con Byron y Martín era distinta, flotaba entre los tres una especie de distancia o de extrañeza, una mayor reserva por mi parte, ya no nos veíamos tanto como antes, no íbamos al desván, ni a los muelles. Había intentado que ese cambio fuera gradual, que tuviera la naturalidad de las cosas que se dejan de hacer despacio, mis evasivas eran las mentiras más increíbles que he contado nunca. Me convertí en una embustera consumada, pero, a pesar de mis esfuerzos, notaba en sus miradas una recriminación que seguramente no podían evitar porque superaba su entendimiento, incluso en alguna ocasión llegué a tener la certeza de que Byron me espiaba, como una vez que lo encontré en uno de los cafés del puerto donde acostumbraba a citarme con Lancelot, un lugar bastante apartado. Entonces noté su sospecha, aunque todavía era una sospecha abstracta e indefinida, sin nombres. Nunca le había visto una mirada tan alterada, utilizó un lenguaje que no era habitual en él, me pareció que había bebido. Yo me había situado al margen de ellos por propia voluntad ya para siempre. Sin embargo, su presencia me reconfortaba como de niña, taparme bajo las mantas durante las tormentas. Tal vez por eso, aquel día regresando a casa, con ellos, igual que en los viejos tiempos, me sentí a salvo dentro de una isla inviolable envuelta por una clase especial de niebla o de fatiga, con el brazo dolorido y de pronto sin saber por qué, empecé a notar que estaba perdiendo el contorno de las cosas, tenía la visión cada vez más empañada. Fue una manera extraña de llorar, sin pena exactamente, sin inocencia, sin sentimientos definidos. Nunca olvidaré el encanto que les infundía la actitud respetuosa que adoptaron en aquella ocasión al acompañarme mientras atravesábamos los caminos de gravilla flanqueados por castaños de Indias, la delicadeza de saber que, a pesar de la incertidumbre, no debían preguntar. Hay momentos en los que la mayor ayuda no está en las palabras.

Durante los minutos que nos llevó cruzar el parque iba sintiendo el derrumbamiento silencioso del mundo, el olor a seto mojado, el estanque de los cisnes como una lámina de metal, la imposibilidad de aquel amor tan secreto. Percibía el tiempo como un intervalo de discordia regido por el temor a que ocurriese siempre algo irreparable y por la espera larguísima en la que transcurrían los días. Todo exaltaba obsesivamente la permanencia de las sensaciones, su complicación e intensidad: el recuerdo incesante de sus caricias, la inflexión entregada de su voz cuando se dirigía a mí en clase, el tono distinto con el que se enfrentaba a Byron, el gesto lívido de sus manos al trepar por mis muslos suavemente, como un roce de seda, para convertirse después inesperadamente en una presión dolorosa de garra, violenta y dominante cuando me sujetaba por el codo, apretándolo con fuerza,

haciéndome daño y haciéndoselo a sí mismo como todo el que, de alguna manera, ama contra su voluntad.

El esfuerzo de estar al mismo tiempo con él y contra él me dejaba muerta por dentro.

En casa empecé a notar que mis padres me observaban con extrañeza y preocupación. Me preguntaban adónde iba y de dónde venía, si me encontraba bien, centraban su atención en mí. Al notarme desganada y abstraída, estrechaban más el cerco de su vigilancia. Yo sólo podía mentir.

Cada vez resultaba más difícil verme a solas con él. Cuando pasaban algunos días sin que hubiera podido ir al ático de la calle de la Paz, entonces me esperaba en el coche detrás del instituto, dos manzanas más abajo, en un lugar que habíamos convenido. Sólo teníamos tiempo de abrazarnos y fumar un cigarrillo, excluidos de cualquier otra posibilidad, como si persiguiéramos una felicidad que nunca podríamos llegar a merecer. Él me hablaba con voz baja en la penumbra tamizada del interior del coche, sin mirarme, asediado por pensamientos y deseos contradictorios mientras yo sentía cómo la cabeza me pesaba cada vez menos y me limitaba a estar muy callada hasta que sentía sus dedos incontrolados tratando de vencer la resistencia de mis pantis y entonces buscaba su sexo y apoyaba la palma de mi mano en aquel abultamiento de tensión absoluta, cerraba los ojos y lo sentía palpar como un misterio en el centro exacto del mundo. Nuestro aliento empañaba los cristales.

Otras veces me escribía cartas y me las hacía llegar ocultas en el cuaderno de clase o en algún libro. Yo escondía el papel doblado en un bolsillo y las leía en mi habitación, por la noche, hasta aprenderlas de memoria, sus palabras todavía me alcanzan ahora, después de tantos años: «No tengo ni la más remota idea de cómo voy a poder seguir amándote sin dejar de ser yo, de tener veinte años más que tú. Cómo ser quien no soy, estar donde no estoy, en otro lugar donde tú puedas esperarme a la salida de un cine o en un bar cualquiera sin que nadie nos vigile, cómo me las voy a arreglar para no tenerte cuando más te necesito, cuando me muero de ganas y eso es urgentísimo porque nadie puede bastarse sólo con su cuerpo y, menos que nadie, yo, que sé que el tiempo se detiene cuando estoy dentro de ti y te ayudo a morir conmigo de muerte natural. Yo, que conozco el sabor, la humedad, el punto exacto de acidez que tienen las savias de nuestros cuerpos juntos y mezclados porque lo he probado de tu mano, ¿te acuerdas? Y ¿cómo no saber lo que se sabe? ¿Cómo desaprobarlo? ¿Cómo evitarlo?...».

Nada destroza más que un recuerdo avivado hora tras hora, día tras día, la resonancia de unas palabras, el desgarrar de una risa, su letra, un gesto de las manos buscando aferrarse a algo, la expresión de su rostro inmerso en una tensión demasiado fuerte, los ojos como un punto lejano, de fuga o agotamiento, el azul mismo de la distancia, enmarcado por una piel extenuada, el cerco de unas ojeras cada vez más oscuras.

Su manera predestinada de silbar *Saint-Louis blues*.

MARTÍN, EL MENSAJERO

Durante el camino de vuelta, en el autobús empecé a darle vueltas a la idea. Miraba desde la ventanilla los quitamiedos de las curvas y los precipicios que caían escarpadamente hacia el valle. Byron no tenía ganas de hablar y yo sabía exactamente por qué. Pero me gustaba estar allí, sin decir nada, sentado al lado de mi mejor amigo en este mundo, escuchando el sonido de fondo del motor que era como un ronroneo perezoso y mecánico que me ayudaba a pensar. Cuando uno va atravesando carreteras secundarias en autocar, a esa hora en que empieza a oscurecer y el cielo tiene un color indefinido y va dejando atrás pequeñas aldeas, casas solitarias, pues... No sé, acaban por venirle a la cabeza ideas extrañas, cosas que no piensa normalmente. Cerré los ojos y empecé a recordar pequeños fragmentos de mi vida, imágenes sueltas y desordenadas: una gota de sangre vista a través de la lente del microscopio en el laboratorio de Química, el foco de luz del Cinexin proyectado sobre una de las paredes del desván, una película de dibujos animados del Pájaro Loco, una frase subrayada en un libro, la cara de Inés la noche anterior en los páramos, semidesnuda, con los ojos entornados y el pelo despeinado, cayéndole sobre la cara y, que me maten si puedo explicarlo, pero... había una relación entre todo aquello. Me giré hacia Byron y lo observé detenidamente, tenía la cabeza apoyada contra la ventanilla y esa expresión suya de estar al borde de... Bueno, como si estuviera luchando contra algo o contra alguien mucho más fuerte que él. En el asiento de atrás, Inés había cogido la guitarra y tocaba una melodía que yo nunca había escuchado, parecía un *blues* de los años treinta, su voz un poco ronca, el jersey ajustado, la mano izquierda con una pulsera de cuero ceñida a la muñeca... No sé, de pronto la vi como si se tratase de alguien a quien estuviésemos a punto de perder. Había algo en su manera de tocar que ya no tenía nada que ver con nosotros. Lo que quiero decir es que tuve una sensación de extrañeza muy fuerte. ¿No le ha ocurrido a usted alguna vez? El autocar recordaba una fragata iluminada avanzando en medio de la noche, los árboles que flanqueaban la carretera brillaban como si estuvieran barnizados por una especie de pátina blanca que les daba un aspecto fantasmal, las montañas parecían agrandarse a nuestras espaldas hasta ocupar completamente la oscuridad y eso me hizo pensar en lo raro que resulta todo en los viajes. Parecía como si en realidad no estuviésemos

regresando a casa ni a ningún lugar.

Fui contando los pueblos que quedaban hasta llegar a Santalén: San Andrés, Las Cruces, Andariz... Es algo que siempre hacía para ayudarme con las decisiones, igual que cuando éramos bereberes y sorteábamos a los chinos el papel que representaría cada uno en el juego, una pequeña argucia. Salió impar y lo vi claro de pronto. También supe que no podía decírselo a nadie, sería mi secreto. Así que, al llegar a casa, enrollé el papel sobre el rodillo negro de la máquina Olivetti y empecé a golpear las teclas con el índice, repetidamente con una saña infatigable, hasta escribir lo que tenía que escribir. Cada letra sonaba como un disparo en la noche. Yo no quería causarle ningún daño a Lancelot, tiene que entenderlo. Ya le expliqué mi teoría sobre el azar, tal vez si no me hubiera despertado de noche... Pero me desperté y mis pasos me llevaron hasta aquel árbol y además salió impar y... nadie quiere darse cuenta, pero fue así. ¿Qué podía hacer? Además yo aún era el capitán y de algún modo tenía que salvar el barco y la tripulación, encontrar una manera de que lo nuestro no terminase. Más claro, imposible. Todo lo que hacemos es así, parece que estuviera establecido desde siempre, no como lo escribo yo ahora, sino como estaba escrito antes de que sucediera. Es la verdad. No lo digo por excusarme. Vamos a todas partes envueltos en nuestro destino igual que una carta que llevara escrita en el sobre una determinada dirección. Así que... Bueno, al día siguiente cogí el sobre y lo eché al correo. Lo demás ya puede imaginárselo.

BYRON DESCIENDE A LA MORADA DEL HADES

Me desperté de golpe, cubierto de sudor. Recordé que la noche anterior había cenado con Inés y Martín en la taberna irlandesa de la avenida del puerto. Recordé también que, durante la cena, ella me había mirado al menos en dos ocasiones, con sus ojos líquidos y perversos e imposibles de olvidar y que, antes de los postres y de atragantarse un poco con la tarta de almendra y de comunicarnos que estaba pensando en regresar a esos mundos de su Graciosa Majestad británica, levantó su copa a modo de despedida y dijo con voz de ángel (o de demonio, ¿por qué prejuzgar?):

—El próximo invierno en Londres.

Hasta ahí, mis recuerdos.

Por la luz que entraba por la persiana a medio levantar, deduje que debía de ser ya bastante tarde. Después de esa vaga aproximación temporal, de lo primero que fui consciente fue de la sequedad de desierto que estaba a punto de incendiarme el paladar, lo segundo fueron los golpes como mazazos rítmicos a la altura de las sienes y, por último, los calambres en el estómago. Pero había algo que no encajaba. Según mi experiencia, la sed, las náuseas y el dolor de cabeza son los efectos posteriores del alcohol, pertenecen a la fase de la resaca y yo todavía estaba en la situación previa, es decir, que hablando con precisión podía decirse que aún estaba borracho. Bueno, pensé, en situaciones como ésta lo fundamental es no perder la calma para poder dar respuesta a las más elementales preguntas existenciales. O sea, ¿dónde estoy?, ¿con quién? Con respecto a la primera cuestión no había problema, estaba en mi habitación, eso seguro. La segunda ya presentaba mayor complicación. Porque aquella sílfide que estaba atravesada en diagonal en mi cama era sin duda una mujer y las mujeres siempre tienen algún nombre, aunque pensándolo bien el nombre era lo de menos sobre todo porque en las condiciones en las que me encontraba, lo más probable es que hubiera decidido bautizar a la muchacha con algún atributo de pléyade o diosa etíope.

Así que decidí no preocuparme por esa cuestión de momento. La claridad de la mañana tenía un penetrante efecto láser que estaba a punto de reducir a polvo mi retina. La ropa estaba desperdigada por el suelo. Traté de incorporarme, pero sentí una especie de vértigo como si estuviera descendiendo por un terreno lleno de curvas

y desniveles. Pensé en el programa de radio que debería haber grabado la noche anterior. Y de pronto me acordé. Después de cenar me había despedido de Inés y Martín y me había encaminado hacia la emisora, pero de alguna manera, no sé cómo (aunque puedo imaginármelo), busqué con cierta desesperación un bar abierto por la calle Platerías y fui a parar a una singular taberna subterránea donde tocaba una banda juvenil. Ya me acuerdo. Fue terrible porque, aunque apenas había tomado dos *whiskys*, empecé a ver fantasmas, dragones, vampiros y soldados ingleses de la guardia de Buckingham por todas partes. Sólo conseguí tranquilizarme cuando uno de aquellos espectros que se deslizaban sobre el suelo de cemento me explicó que aquello era una fiesta de disfraces. Bien, hasta ahí todo en orden. Poco a poco se iban aclarando las cosas.

El estómago me dio un respingo como si hubiera pasado por un bache, y en eso, la mujer que estaba dormida a mi lado cambió de posición, pasó su brazo alrededor de mi cintura y apoyó con toda naturalidad su cabeza en mi hombro. La miré desde arriba un poco sorprendido de aquella familiaridad. Entonces una corriente repentina volvió a sacudirme. Aquella melena oscura, la cara redonda e inocente, el lunar encima del pómulo izquierdo. Yo a aquella mujer la conocía. Por un momento pensé que a lo mejor se trataba de alguien a quien había encontrado en otra reencarnación, pero enseguida me di cuenta de que el contacto no solamente se remontaba a la noche anterior y reconocí en el acto con inmensa gratitud a la becaria encargada del control de sonido que amablemente me había rescatado de no se sabe qué terribles peligros la noche anterior, en aquella fiesta cuando estaba a punto, por lo menos, de volverme loco. Ahora todo empezaba a tener sentido. Y al parecer, habíamos tenido un breve idilio de estrellas (la dama, cuyo nombre ya recordaré, y yo o lo que quedaba de mí). Tal vez la desnudé dulce y lentamente a oscuras, sin pensar mucho en nada, ni en la muchacha desnuda que tenía debajo, ni en su nombre, que había olvidado porque la cabeza estaba a punto de estallarme y, efectivamente, de pronto, pummm, estalló. Fue como si se encendieran a la vez todas las luces de una ciudad en tinieblas: sí, Elena, así se llamaba. Otra cosa distinta ya era saber cómo había resuelto el problema erótico derivado de aquella situación dadas las lamentables condiciones en las que debí de encontrarme, pero mejor no pensarlo, sabiendo además que en cuanto me tomo un *whisky*, me siento capaz de solucionarle la vida para siempre a cualquier mujer. El asunto era recordar cómo se comportaba ella en la cama (sería de las que dicen es la primera vez que, o por el contrario habría que azotarle las nalgas o fingir alguna clase de agresividad, pertenecería al selecto club de las que sueñan con que las aten o formaría parte de la legión de mujeres a las que les gusta dejarse hacer cual estatuas silentes...). De pronto me entró verdadero miedo a ese vacío de la memoria, pánico a la disminución de la capacidad sexual, terror también de no poder controlar mis reacciones físicas ante ella, de vomitarle encima para ser precisos. Pero afortunadamente conseguí apartar su brazo de mi cintura a tiempo y aguantar la náusea tapándome la boca hasta alcanzar el baño. Miré hacia el espejo sin

reconocerme y estaba a punto de empezar a hablar con aquel extraño que tenía enfrente, pero antes de darle tiempo a que me replicara con alguna verdad irrevocable, creo que me desplomé.

No sé cuánto tiempo me quedé en el suelo, boca abajo, sin moverme. Notaba el cuerpo contra las baldosas frías, veía dibujos de dunas y paisajes transfigurados, de estalactitas y neuronas multiformes pero no tenía fuerza para levantarme, experimenté toda suerte de alucinaciones, infinitud de delicadas luminarias cerebrales con aspecto de insectos viscosos e inmundos, cuadricéfalos, que me subían por la espalda provocándome un temblor convulso que amenazaba con partirme la espina dorsal. Cerré los ojos aunque sabía que era inútil o incluso peor, ya que seguía viéndolos a través de los párpados. Lo que debía hacer era tranquilizarme, no pensar, no sentir, ni mucho menos llorar. Mi corazón bombeaba la sangre demasiado deprisa, sentía su esponjosidad de víscera en cada movimiento de sístole y diástole. Pero lo peor no eran las ratas o las cucarachas o los triángulos abstractos y aterradores, sino tener la certeza de que, a pesar de que no existían, yo podía verlos y percibirlos con todos mis sentidos. Percepción, enigma, abismo, en fin, puro magma del ser de las cosas. El suelo me daba una cierta tranquilidad sin vértigo, como de haber llegado al límite y de saber que a partir de la posición en la que me encontraba, allí tirado y humillado en medio de mi propio vómito, estaba en el fondo del fondo, por lo tanto no podía caer más bajo y, sin embargo, al mismo tiempo aquello era el umbral de algo pavoroso. Entonces, de repente, no lo pensé, sino que lo supe. Supe que aquél era el momento áureo, eterno, absoluto, atronador en el que, con ayuda de los ángeles anunciadores o sin ella, iba a dejar el alcohol.

Lo siguiente que recuerdo es que entré en una especie de país remoto o mítico con viento y arena donde nadie se despierta nunca ante el mismo paisaje frente al que se durmió la noche anterior. Y allí, en aquel territorio inexplorado bajo las ruinas de una cúpula gótica, yacía mi propio cuerpo desnudo, tendido sobre un sarcófago y rodeado por extraños rostros estáticos y serenos que me miraban sin odio ni tristeza ni piedad sino con la fría indiferencia de los astros.

A través de aquella luz ágata y cenital reconocí a mis padres jóvenes y hermosos en un atardecer olvidado, vi a mis abuelos recorriendo la noche de los sueños derrumbados en medio de un resplandor de olivos, descubrí a Lancelot con el cuerpo cubierto de oro como los chamanes de Altamira que danzaban en torno a las fogatas encendidas por los cazadores de bisontes. Contemplé a Inés con sus diáfanos ojos esmeralda, envuelta en un aura de niebla y caminando por una marisma sembrada de nenúfares. Y observé también a Martín como un mensajero volando entre gavilanes sobre un bosque incendiado y no era una alegoría o una parábola sino un viaje a esas tierras que todo alcohólico ha vislumbrado alguna vez y de las que muy pocos pueden regresar, detrás de las cuales se levantaba una arboleda de eucaliptos altos y la verja de hierro que circunda el pabellón de desintoxicación del hospital psiquiátrico de Andariz.

En la ficha figuran los siguientes datos debajo de mi nombre: Entrada: 3 de diciembre de 1991. Cuadro: adicción alcohólica (*delirium tremens*). Tratamiento: desintoxicación. Subrayado: internamiento voluntario. Supongo que el subrayado significa que se trata de algo fundamental. En más de una ocasión me negué a las sugerencias de Martín de que me sometiera a una cura de este tipo. Sé que tú también lo has pensado desde tu regreso cientos de veces. Bien, aquí estoy dispuesto a renunciar a mi universo de geometrías fulgurantes y abstractas, a exterminar de mi pensamiento toda la fauna coreácica, inclasificable y metafísica que me estremeció en mi soledad durante todos los sueños no exactamente soñados, o soñados de otro modo como los monstruos de la razón que imaginó Coya.

Paredes blancas y altos cielos. Un sol invernal arranca limaduras doradas entre las ramas de los eucaliptos.

El eucalipto es bueno para la memoria.

INÉS MALDICE EL VENENO DE LAS LENGUAS DE ÁSPID

Hubo un momento de placidez antes del final de nuestra historia, como si el destino hubiera querido premiarnos con un remanso de paz. Fue durante una excursión del instituto a los páramos de Alnai, en las vacaciones de Pascua. Éramos un grupo de quince alumnos, y él estaba al frente de la expedición. Llevábamos tiendas de campaña e íbamos equipados con mapas, brújulas y todo lo necesario para hacer senderismo. Nunca lo había visto tan desbordante de energía. Caminábamos durante horas entre valles, recorriamos rutas escarpadas, vertientes brillantes de mica, hasta parecía que su trato con Byron volvía a la simpatía mutua de los primeros tiempos. Bromeaban juntos mientras sorteaban los matorrales de tojo y desde alguna elevación señalaban sonrientes una pradera, el curioso encrespamiento de una roca, el rebote del eco de un extremo al otro del valle. La naturaleza nos inculcaba un cansancio saludable, esa tranquilidad interior que infunden los lugares limpios de la tierra. Por la noche, alrededor de una fogata, Lancelot nos leía historias de exploradores, la del capitán Scott en la Antártida, relatos de Conrad, a veces también poemas. En algún momento, mientras leía, levantaba la vista del libro y mi mirada se cruzaba con la suya y entonces aparecía en su rostro una sonrisa mínima. Allí en aquel aislamiento se mostraba más cauto que en la ciudad, rodeados de todos los peligros. Parecía como si quisiera a aquellas alturas iniciar un proceso de reeducación, empezar de cero, desde el galanteo. La situación no dejaba de ser extraña, él era el mayor, el que poseía más conocimientos de la vida, de los libros y del cuerpo. Sin embargo no era capaz de mirar serenamente dentro de sí mismo. En muchos sentidos yo me sentía más adulta que él.

Las palabras que él pronunciaba al otro lado del fuego llenaban el silencio circular en torno al que todos estábamos sentados. Leía con voz lenta, demorándose en construir con imágenes aquella geografía de los exploradores, paisajes geológicos de una blancura purpúrea a cuarenta grados bajo cero, con los glaciares al fondo y una luz dañina de aire congelado, brillante, oscilando bajo el cielo como una cúpula de cuarzo sin otro rastro de vida humana que la propia imagen de Wilson y Scott con las caras azuladas de yesca y esa sonrisa inigualable de tener el Polo Sur bajo sus pies. Ésa era la fuerza que él tenía, la de dar vida a las palabras, de ser un Dios

creando el mundo junto a las llamas de una hoguera. La fascinación crepitaba en su rostro como el mismo magnetismo de las llamas primero en rojo, luego en azul. Era un poder que tenía sobre todos nosotros pero no sobre sí mismo. Me enamoré de él por ese poder, su voz era el alimento que yo necesitaba para crecer, la linterna que iluminaba todas las habitaciones oscuras de mi pensamiento, estaba obsesionada con llegar a conquistar el territorio desconocido que había dentro de mí y necesitaba sus palabras, con una avidez irrenunciable como la de los exploradores cuando intentan hacer ondear su bandera sobre una cumbre intacta.

La última noche estuvimos en la peña de Ibir, los dos solos, envueltos en una manta de cuadros, mirábamos la lejanía de los picos, su contorno negro alrededor de la noche. Luego, poco a poco, como hielo, las estrellas. El lujo de aquel momento me emocionaba, su ternura, nuestras cabezas estaban muy próximas, su mano reposaba encima de la mía estática, la belleza nos dejaba mudos. Quizá él estaba entrando en otra fase del amor que le obligaba a olvidar la manera violenta en la que me había amado hasta entonces, tal vez creía que a fuerza de ternura aún era posible devolverme la inocencia. No sentíamos el tiempo como algo limitado, sino inexistente, como si aquel momento fuera un punto sin dimensiones en la historia de nuestra vida, un pequeño espacio en blanco sobre el que todavía podíamos escribir una palabra de esperanza. Los pigmentos de la noche, la fosforescencia de los árboles. Estábamos en el centro de la oscuridad, bajo su hechizo.

Demasiados pensamientos permanecen invisibles en la mente de un hombre, desconocidos para los demás. De nada sirve recrear los hechos, ningún enigma puede resolverse. Entonces, cuando el que los conoce ya no puede hablar sólo queda la infinitud, el silencio. Atributos de la noche.

Al regreso de aquel viaje se supo todo, estalló el escándalo. Una nota anónima, tal vez una llamada telefónica, qué más da. Las cosas suceden así, de pronto, como un golpe inesperado a primera hora de la mañana y luego se convierten en una corriente muy poderosa y destructiva que se va extendiendo por todas partes: el claustro de profesores, las asociaciones de padres, el consejo escolar, la delegación de educación, los comités de alumnos, toda la ciudad.

Lo vi salir del despacho del director y atravesar el patio en medio de una expectación unánime, recorrer hacia el portón aquel increíble silencio. La luz rebotaba en las paredes y se incrustaba en mis ojos como minúsculas puntas de alfileres. Caminaba con la elegancia de los proscritos, ensimismado, abatido, el cansancio cortándole la expresión del rostro con la aspereza de una navaja de afeitar, atravesando en diagonal aquel espacio asfixiante como si estuviese avanzando por el borde de un precipicio. Ningún miembro del equipo educativo se acercó a él, a excepción del profesor de Física. La mayoría se limitaba a mirarlo desde la galería de la parte sur, sin saber muy bien cómo actuar, y después estaba todo el plantel de los bien pensantes que lo observaban a distancia como si estuviera apestado. El corruptor de menores, decía la percherona de Ciencias Naturales mirándolo por encima de sus

gafas. El perverso, murmuraba el jefe de estudios con voz meliflua pasándose las manos viscosas por la calva con grandes gestos de fariseo y una expresión tan refinadamente condenatoria como ni siquiera llegaron a manifestar los peores jueces del Santo Oficio. Inventaban historias, cosas que nunca habían ocurrido. Nadie hablaba de amor, ni siquiera los que iban de avanzados y nos dejaban fumar en los exámenes y criticaban de boquilla determinados prejuicios sociales. Sencillamente no creían que pudiéramos amarnos, dado que no teníamos derecho a hacerlo, no lo podían concebir. Por lo tanto, su desprecio era la ignorancia de aquel amor que condenaban. Lo recuerdo, recuerdo la impotencia que sentí, el desgarramiento ante la certeza íntima de la soledad en la que él estaba, y que se reflejaba en su manera de andar con una mezcla de arrogancia y desvalimiento, y en la amargura definitiva de sus ojos sobre los que tal vez planeaba ya una sombra aciaga. Era un hombre que había desistido de sí mismo. Nunca olvidaré la perspectiva de pesadilla, que adquiría toda la escena vista desde la sala de tutoría del segundo piso, donde me tenían recluida, ni la sensación de bloqueo, la urgencia por acabar cuanto antes con aquella situación, el deseo de saltar, de hacer algo, y al mismo tiempo la imposibilidad de moverme como si estuviera clavada al suelo con una fijeza mineral.

Yo todavía no sabía qué iba a ocurrir conmigo, ni me importaba. Llevaba más de una hora en aquella sala, esperando a que llegaran mis padres. Pensaba que Byron era el único que podía haber escrito aquella nota pero al mismo tiempo me negaba a pensarlo. Estaba acorralada por esa contradicción, sumida en la duda, parada al filo de una revelación que nunca conseguí desvelar, ni siquiera ahora, al cabo de tantos años cuando me he propuesto arrancar los velos del silencio. Por fin, la puerta se abrió y lo primero que vi fue un súbito espanto en el rostro de mi madre, las ganas apenas contenidas de abofetearme. Después, la voz estridente del jefe de estudios, las palabras llegaban hasta mí ampliadas como si las oyera a través de un tubo metálico, que las volvía ensordecedoras, con el mismo significado indigno y estricto de todas las conversaciones que circulaban de boca en boca por toda la ciudad, un juicio tan poderoso que se inhalaba en el aire, haciendo difícil la respiración hasta tal punto que llegué a sentir que las paredes de aquella estancia cedían y se distorsionaban en extrañas formas alargadas y cambiantes. Oí la palabra internado, Inglaterra, la palabra infamia y, poco a poco, fue entrando en mi pensamiento una idea nueva, blanca, como la que empecé a vislumbrar en la soledad de las montañas, desde la peña de Ibir, en medio de aquel aire frío del que colgaban, en racimos, las estrellas. La sensación era de una dulzura indecible.

Después todo se desdibujó y fui deslizándome por una pálida oquedad más deseada que el olvido. Me quedé quieta, sin conocimiento, como dormida en el fondo de un lago.

MARTIN EN EL CORAZÓN DEL ICEBERG

En todos estos años no ha habido una sola ocasión en la que Byron me haya preguntado... y ninguna de las veces en las que lo he visto dudar con los ojos le he dicho que sí... Aunque tampoco le he dicho que no. O sea, nunca le he contado nada. En una ocasión estuve a punto de hacerlo, porque... No sé, tenía la impresión de que era mejor decirlo, desprenderme de aquel lastre. De modo que empecé a hablar de ello, pero de modo indirecto, como si fuera un ejemplo, ya sabe... una manera de plantear las cosas, pero Byron me miró seriamente y después estuvo un rato callado y luego dio un trago largo al *whisky* que tenía delante y dijo: «No sigas, Martín, ha pasado demasiado tiempo». Así que yo no pronuncié ni una palabra más. Y ni siquiera después en la vida, nunca hemos hablado de esta historia. Como si fuera una especie de... De secreto.

El coche de Lancelot se despeñó por el acantilado del cabo de los Ingleses. Después amaneció y sacaron el automóvil. Dos remolcadores lo arrastraron hacia la playa donde esperaban la ambulancia y una patrulla de la policía. Había un sol rojo sobre la niebla. Cubrieron el cuerpo con una lona. Luego la playa se quedó vacía con las huellas de los neumáticos en la arena. Yo no podía imaginarme que fuera a suceder, pero sucedió.

Durante los inviernos siguientes, algunos días Byron y yo caminábamos hasta el borde del acantilado, nos quedábamos allí, de pie, mudos, contemplando cómo el mar se estrellaba contra las rocas. Sin escuchar nada más que el bramido infernal del oleaje. Parecía que el mundo entero hubiera desaparecido dentro de aquel sonido igual que bajo una costra espesa de hielo, todas las ciudades del mundo heladas, y todas las carreteras y los océanos y los puertos y todos los lugares del mundo helados. No sé... Era lo mismo que estar atrapado en un alud de nieve, pero por dentro o desde dentro, donde no hay escapatoria posible, con el corazón encogido. Así permanecíamos inmóviles, mirando el agua al fondo y sintiendo esa clase de frío. Cada uno a solas con su silencio.

DONDE BYRON DA NOTICIA DEL ÚLTIMO COMBATE

(Paisaje) contra el cristal de la ventana del hospital, viene a afilar su pico una gaviota. Se agitan las ramas de los eucaliptos. Luz de azafrán. Última hora.

Recuerdo que Lancelot nos contó una vez que Ezra Pound, mientras estaba recluido en un campo de concentración, guardaba en su bolsillo la vaina del eucalipto que había recogido cuando lo detuvieron en el jardín de quien lo traicionó.

El eucalipto es bueno para la memoria. Igual que este cuaderno de Leviatán de tapas duras en el que escribo. A veces el recuerdo es como el gusto áspero y celestial de un repugnante sorbo de *whisky*, otras se parece a un silencio negro como el de los volcanes y ahora mismo es algo así (¿cómo decirlo?) igual que la paz dentro de un dolor que todavía duele pero ya no importa. Releo lo que he escrito y compruebo que falta el último episodio de nuestra historia.

¿Puede un mismo día tener diferentes noches y ningún amanecer? ¿Qué sucede cuando dos personas, que no se odian exactamente ni se admiran ya pero permanecen unidas por lo que podría llamarse un resto mínimo de lealtad, charlan después de varios *whiskys* al borde de la barra metálica de un bar cualquiera?

Ocurrió después de que estallara todo el escándalo en el instituto. Esa misma noche nos citamos en un bar del puerto que, por si no se cree en el destino, se llamaba casualmente Finisterre. De algún modo teníamos que despedirnos aunque nunca hubiera imaginado que el *adiós* acabaría siendo tan *largo, solitario y final*.

Yo estaba allí, con un pie apoyado en el travesaño del taburete, acariciando mi vaso y escuchando a Lancelot, aunque más que escuchar, en realidad estaba sabiendo lo que decía, sin necesidad de atender a sus palabras expertas en casuística, pródigas en metáforas, llenas de sentimentalismo, como quien asiste erguido al trance más importante de su vida. Al más decisivo. Al momento en que la víctima asegura para los años venideros su futuro asedio como fantasma.

Yo sabía cómo debía de sentirse y quería de algún modo reconfortarlo. Sin embargo, al mismo tiempo también existía en mi ánimo, ya desde el principio, la intención contraria, algo que pertenecía a un orden diferente, de otra naturaleza. Había miles de cosas que debíamos decirnos pero lo difícil era saber por dónde empezar y además en última instancia estaba claro que ninguno de los dos confiaba

plenamente en el otro. No se puede confiar en nadie cuando se trata de beber hasta el final como nosotros lo estábamos haciendo aquella noche.

De pronto experimenté una sensación nunca antes percibida con tanta certidumbre. El latigazo de un relámpago púrpura que me golpeó con una intensidad intolerable en la región más honda de mi amor propio, allí donde el cuerno de la luna proyecta su sombra y envenena las imágenes que nos fuerza a ver. Lo que me hizo sentir fulminado por ese rayo de locura fue algo que Lancelot dijo sin darse cuenta sobre cierto episodio ocurrido en la hamaca de Veracruz bajo los idus de noviembre y la luz de los astros, un día en que la edad de las estrellas nos hizo envejecer. Tú y yo habíamos acordado que no se lo diríamos nunca a nadie, era nuestro secreto, la clase de secreto que uno supone que una mujer no debe olvidar. Pero tú por alguna razón, tal vez por una lealtad equívoca o futura, lo desvelaste. Y eso, Inés, en todos los mitos clásicos y leyendas antiguas se llama alta traición. En ese momento Lancelot se puso otro cigarrillo en la boca y descubrió que su mechero se había quedado sin gas, entonces se inclinó hacia mí, yo encendí un fósforo que produjo un chasquido muy peculiar y él acercó su cigarrillo a la llama protegiéndolo entre sus manos como si hiciera viento mientras bajaba la cabeza. El tiempo que le llevó ese gesto fue inusitadamente largo, había algo sumiso en la forma en que lo hizo. Y expectante. O, mejor dicho, no. Era más bien como si estuviera esperando algo, y luego otra vez, no esperando. De pronto, me di cuenta de que había un rescoldo dentro de mí, ardiendo, y de esa hoguera surgió tu imagen, aquel día no tan lejano en el desván, desnudándote con una lentitud sacrificial. Tu imagen, o tu espíritu, o tu sueño. Sentí cómo me inflamaba una sensación intensa de celos desesperantes que, agravados por la bebida, a la que entonces aún no estaba acostumbrado, se convertían en un deseo de destruirme o de destruir algo. Cerré los ojos, de pie con el vaso en la mano, pensando con glacial tranquilidad dónde asestarle el primer golpe. Y de pronto noté que tenía en mi mano las solapas de la pelliza de Lancelot, le miré a la cara, esa cara que había estado también tan cerca de ti, quizá hacía muy poco tiempo. ¿Cuándo habíais hecho el amor por última vez? ¿El día anterior? ¿La semana pasada? ¿Esa misma mañana? Él trataba de explicarme con un tono tranquilo y pedagógico que ciertas cosas — como por ejemplo aprovecharse de la confianza de un amigo para seducir a su chica, pensé yo inflamado de odio— sencillamente ocurren y no hay nada que se pueda hacer a partir de ahí. Entonces ocurrió, también con la misma inevitable sencillez, que mi puño cerrado fue a estamparse bajo su barbilla, al tiempo que sentía cómo los ojos se me llenaban de lágrimas y me invadía una tristeza insoportable que me salía de los esfínteres y del fondo de las tripas, o algo peor que la tristeza, que nos abarcaba no sólo a nosotros dos, sino también a toda la especie, a todos los descendientes de aquel apaleado pero indestructible mono de mandíbula prominente, tierno, violento y sentimental. La resistencia pasiva de Lancelot me enardecía todavía más. Mis insultos estallaban en sus oídos pero él no respondía, y tampoco trataba de esquivar mis embestidas. Apenas se limitaba a protegerse con los brazos.

Al otro lado del bar, en las mesas del fondo, algunos clientes se ponían de pie mientras el camarero trataba de evitar la pelea sin ningún éxito.

—Eres un hijo de puta —grité mientras levantaba con frialdad criminal la rodilla derecha contra sus testículos y pensaba al mismo tiempo en un Chevrolet negro que cruzaba la carretera de Sintra y en que tú tenías dieciséis años y los ojos verdes y en que yo... En fin, qué más da—. Defiéndete. ¿O es que no te das cuenta?

—¿De qué tengo que darme cuenta? —acertó a preguntar él desde el suelo. El tono de su voz no traslucía ningún ánimo de incitarme, pero tampoco de inspirarme indulgencia. Se limitaba a recibir los golpes mansamente como si en realidad no quisiera eludirlos. Por un momento estuve a punto de tenderle una mano para que se levantase, abrumado de compasión, pero cuando iba a hacerlo algo me lo impidió. Algo o millones de células nerviosas ardientes que hicieron surgir dentro de mí un impulso de asesino nato.

—De que voy a matarte —me oí decir, enajenado, impulsado por un ansia de venganza irrevocable y aniquiladora. Entonces levanté los dos puños juntos, entrelazados y los descargué con toda mi alma contra su cabeza. Mientras intentaba levantarse con gran dificultad, le planté la rodilla en la cara, oí el chasquido seco de algún cartílago, y vi cómo toda la camisa se le llenaba de sangre. Esa visión me enardeció y aullé como un animal con unos gritos que salían de algún lugar todavía humano de mi cerebro, y era como la felicidad, como una náusea orgiástica, como si todo aquello no fuera más que un acto de amor terminal, espantoso y definitivo. Mientras sentía todas estas sensaciones agolpándose dentro de mí y otras distintas, ambiguas e incluso antagónicas, Lancelot estaba tirado en el suelo mirándome con una expresión desarmada y desprovista de toda hostilidad, los ojos cordiales, señalando tal vez una frontera de dignidad. Pero yo tenía los dientes apretados y no podía parar de blasfemar y de patearle los riñones, iluminado por una luz blanca y evanescente que me arrasaba por dentro, como si realmente quisiera hacerle pagar hasta su última culpa en este mundo.

Entonces alguien gritó y otras voces y otros brazos, que no distinguí, se interpusieron entre nosotros. Uno de los clientes del bar me sujetó los brazos y los inmovilizó contra mi espalda, forzando la articulación de los codos y mantuvo esa presión mientras yo trataba inútilmente de utilizar los pies hasta que consiguieron separarnos.

Afuera, la noche estaba erizada de humedad y caía con una luz levemente anaranjada sobre las aguas sucias del puerto. Me quedé allí sentado en el bordillo de la acera, aturdido, recobrando poco a poco el aliento, con esa sensación de angustia y de frío y de terror con la que uno se despierta de una anestesia y empieza a entrar en razón, a darse cuenta de lo lejos que estuvo de sí mismo. A comprender que la verdadera naturaleza del infierno es espantosamente humana.

Vi cómo Lancelot se dirigía dando tumbos, medio arrastrándose hasta su coche, casi heroico, tropezando, ahogado por la tos y las lágrimas. Arrancó el motor, avanzó

unos metros, se saltó el semáforo del cruce y giró bruscamente el volante haciendo chirriar los neumáticos en dirección al cabo de los Ingleses. Y mientras lo miraba alejarse así, por última vez, sin sentir ya ni odio ni desprecio, sólo los golpes del viento en la cara, supe absolutamente que yo, por un momento, en el fondo de mi voluntad, había querido matar a ese hombre.

Nunca podría dejar de saberlo.

CUANDO LA NOCHE EXTENDIÓ SOBRE INÉS SU MANTO DE TINIEBLAS

Alguien trajo la noticia de su muerte. Oí voces en la escalera, portazos. Byron estaba en el rellano del primer piso, no lo recuerdo con certeza. Debió de mirarme y yo adiviné. Grité que no, que no podía ser, subí de nuevo a la habitación. Chillaba, me golpeaba la cabeza contra las paredes, de eso me acuerdo, hasta querer matarme. Entraron los vecinos, vino un médico, la muerte salía de mis gritos. Me inyectaron un calmante. Y después, nada. Esa sal extraña que se apodera de mí, que me abrasa de sed, como si todo el mar se me hubiera metido dentro, en la garganta, el recuerdo de su número de teléfono, la necesidad salvaje de llamarle, hacerlo en sueños, oír su voz al descolgar. Y después, nada, otra vez, nada, un pitido intermitente. Mi desesperación era la de no haberle amado más, contra todos, con un amor que lo hubiera salvado, porque, quizá por primera vez, estaba empezando a entender todo lo que él había significado para mí. El tacto de su mano en mis rodillas en un trayecto de coche, su voz rozándome el cuello mientras subíamos apresuradamente las escaleras hasta llegar al ático donde vivía, el sol filtrándose a través de la tela blanca de su camisa una vez que vino andando hacia mí con los brazos extendidos desde el fondo de la alameda, la forma que tenía de mirarme justamente un segundo antes de dar rienda suelta al deseo, el gesto estremecido de abandono con el que se entregaba en el sexo como si esperara morir. Recordaba cada momento sin tregua, empujada por una conciencia de mí misma que sólo he logrado ahora, dieciocho años después.

Permanecí durante días en un estado de dolor inerte, anestesiada por las inyecciones que me ponían, desasida de la realidad y del sentido del tiempo, con una imagen fija royéndome por dentro y tratando inútilmente de abrirse camino hacia la consciencia, pero perdiéndose en cientos de laberintos, caminos de arena o de ceniza, entre vastos espacios circulares que mi mente trazaba en una secuencia incierta y obsesiva, parecida a esa clase especial de angustia que se siente de un modo anticipado como si todo lo ocurrido estuviese aún, pero de un modo ya inevitable, a punto de ocurrir: la luz de los faros endureciéndose sobre el asfalto, la línea blanca de la carretera desdibujada por momentos, el paisaje nocturno, el indicador de velocidad pasando de 110 kilómetros por hora a 120 y después a 130 antes de la curva, su pie

agarrotado de pronto sobre el pedal del acelerador y las lágrimas nublándole la visión, arrastrándolo como un torrente hacia el lado oscuro, más como resultado de la implacabilidad de aquel instante que de una elección personal. La voz de Billie Holiday sonando en la radio como herida por una tensión demasiado fuerte que ha llegado ya al punto extremo de dolor en que se quiebra para expresar la muerte inminente, la dulzura de soñar que se vuela. La carretera vertiginosa, al filo del acantilado, sumida en la oscuridad exacta de la una de la madrugada. La cabeza a punto de estallar, la necesidad de abandonarse, de tirar la toalla mientras suena *St. Louis blues* y de repente la música se convierte en un código secreto diluido en la noche, en un misterio al que sólo se accede a través de la ofrenda y del fervor en el que se consume la propia vida, una fisura en el silencio, un vacío inminente que se precipita sobre el mar justo antes de que la última nota se extinga.

Así transcurrieron los días o las semanas o la eternidad estática en la que fui comprendiendo lo que había ocurrido con helada exactitud, sumida en un estado hipnótico pero inmune al sosiego, que sólo pueden conocer aquellos que han transitado por las tinieblas. Pasé del dolor a la melancolía, del rencor contra todos al pensar en aquella nota anónima en el despacho del director a la conmiseración de mí misma, del abatimiento a la ira, del abandono a la exasperación, en una espiral interminable, agotadora, enloquecida, así hasta encontrarme, sin saber muy bien cómo, recostada en la butaca de un avión que atravesaba una pista delimitada por luces amarillas y despegaba elevándose lentamente sobre la terminal del aeropuerto de Santalén, sobrevolando los edificios de ladrillo como si estuviera dejando atrás una ciudad sitiada, las pequeñas plazas de piedra coronadas de estatuas de bronce, los pináculos góticos de la iglesia de San Francisco sobresaliendo por encima del casco antiguo, el castillo de los condes de Guimarães con sus extrañas almenas iluminadas por reflectores, las casas ajardinadas del barrio donde nació, la extensión inclinada y rojiza de los tejados, los meandros serpenteantes del Tear descendiendo hasta el mar, el perfil verde oscuro de los cerros cayendo sobre terrazas escalonadas de viñedos. Miraba hacia abajo sin pizca de vértigo, con la cabeza apoyada en la ventanilla, sola y sin otra vocación que la de no olvidar nunca, decidida a regresar algún día a aquella ciudad para vengarme, jurándomelo a mí misma, mientras el avión iba sesgando el aire con dirección a Londres en el contraluz de un atardecer que se reflejaba con un brillo de distancia definitiva sobre las aguas gris-plata del océano.

LA DICHA Y LOS DESASTRES

Invierno de 1991. Diciembre.
Al despuntar el alba.

Desde la galería se ve una perspectiva lateral de la calle Núñez de Balboa con los escaparates iluminados y decorados con adornos navideños. Sobre el asfalto centellean con un brillo de esmalte los pigmentos dorados de las guirnaldas de luces, las farolas todavía permanecen encendidas y toda la atmósfera gravita sobre esa fascinación silenciosa de la madrugada. Por encima de los tejados sobresale la torre del edificio de la Telefónica con una estrella de Belén horadando el cielo y más allá resplandece el letrero azul fluorescente de los cines Casablanca. Una mujer contempla ensimismada los edificios de enfrente mientras enciende un cigarrillo contra la rendija de la ventana, lleva el pelo suelto sobre los hombros y va vestida con unos tejanos ajustados y un suéter de lana. Parece como si dudara de esa ilusión que emana de la ciudad o estuviera tratando de retener un pensamiento furtivo o tal vez soñando o formulando un deseo. La luz posee aún esa belleza tan frágil del amanecer, siempre a punto de extinguirse. La mujer se gira y da unos pasos hacia la mesa que hay en la estancia recorriéndola de un extremo a otro con la mirada, pasa sus dedos por la superficie pulida tratando de aprehender con el tacto la textura de la madera, su sentido del tiempo. Lentamente va acariciando los objetos que hay sobre ella, como quien inicia un ritual de despedida: un candelabro de siete brazos, dos dragones de papel de seda, un carné sindical de la CNT y una cédula de identificación con el logotipo de las Brigadas Internacionales, un pequeño Ford de latón, del modelo T de principios de siglo, que sostiene sobre la palma de la mano y al hacerlo su gesto se embosca de un modo contradictorio, como si el recuerdo hundiera su filo en ella hasta la empuñadura y le hiciera sentir, a la vez, aunque confusamente, placer y dolor, lo que no es extraño, pues el sufrimiento también forma parte de la añoranza.

Después lo deja de nuevo sobre la mesa y coge en su lugar un ejemplar de *Las flores del mal* que está abierto por la página 141. Pasa la yema de los dedos por el centro del libro y lee en voz alta los versos del «himno a la belleza» subrayados a lápiz: «En tus ojos contiene la aurora y el ocaso / cual tormentosa noche tú derramas

perfumes / tus besos son un filtro y un ánfora tu boca /... / Vas al azar sembrando la dicha y los desastres». Por un momento da la impresión de que su frente se nubla pero apenas llega a fruncirla ligeramente, sin embargo, sus ojos se humedecen y adquieren un resplandor verde de acuario. A continuación avanza unos pasos y clava la mirada en una fotografía, se la acerca, la examina con detenimiento, identificando, observando, reconociendo. En la instantánea, dos amigos sonríen haciendo el signo de la victoria y una mujer rubia, casi una niña, marca justo el centro del encuadre. Su expresión parece ahora más misteriosa que apesadumbrada, no es fácil distinguir en qué está pensando o, mejor dicho, qué está recordando, pero podría decirse que en los ojos de la mujer que mira late la misma inquietud que en la del retrato, una especie de ambigüedad fragilísima o indecisión.

Muy cerca, se oye el sonido de unos pasos que se acercan por el pasillo haciendo crujir los tablones de madera. La luz ha perdido ya su tonalidad malva y un sol lívido e invernal empieza a sobresalir con su aura crepuscular por encima de las nubes que coronan el cerro de Santa Marina. Son las ocho de la mañana. Por la puerta entornada un hombre asoma lentamente la cabeza. Después entra en la estancia. Va vestido con descuido, como si se hubiera puesto lo primero que encontró al levantarse. Lleva la camisa abierta, por fuera del pantalón. A la imagen de desaliño contribuye el pelo revuelto y la barba de un día que le ensombrece la cara, endureciéndole la expresión y dándole un aspecto de desertor reciente de la mala vida, un aire ambiguo, a la vez huraño y vulnerable, vagamente parecido a Montgomery Clift en Yo confieso. Tal vez le han ocurrido cosas que le obligan a mirar el mundo a distancia, puede que haya estado enfermo o se haya visto sometido a alguna coacción moral de la que no pudo salir indemne o haya sufrido de cualquier modo y por eso se protege detrás de esa expresión que quizá no indica un desaliento pasajero, sino probablemente un hábito definitivo. Apenas se puede reconocer en él al muchacho de la fotografía salvo por el aire agitanado. Los rasgos se han afilado como si el tiempo los hubiera cincelado bruscamente, las ojeras se han acentuado remarcando la sensación de fatiga, el ceño está más fruncido, ha desaparecido la blandura del mentón, los pliegues bajo los ojos son más profundos, sin embargo, de algún modo podría decirse que sigue conservando insólitamente la misma extraña sugestión de carácter.

Lleva una bandeja en las manos. La mujer lo mira sin sorpresa, y se apresura a hacer un hueco sobre la mesa apartando periódicos y papeles como quien abre un claro en el bosque. Toda la habitación se impregna del olor del café. Se miran encogiendo los hombros con un gesto instintivo que no es de descreimiento ni de melancolía que, en realidad, ni siquiera llega a ser un gesto, sino más bien una especie de imposibilidad, una emoción contenida y, en cualquier caso, difícil de expresar. Desayunan sin dejar de mirarse. Después la mujer se incorpora y se dirige a la ventana, como si encontrara un vago alivio en contemplar por última vez el cielo con el gris anaranjado del crepúsculo por encima de la alta línea de tejados sembrados de antenas. Él se acerca a ella y por un momento da la impresión de que

va a abrazarla porque adelanta el brazo, pero lo retira al instante, limitándose a rozarle levemente la mejilla con el dorso de la mano, un movimiento lentísimo. Cierra los ojos quizá para sentir con mayor intensidad el tacto de esa piel o para reconocerla con una certeza más íntima que la de la mirada. Pero tal vez ella no sea una mujer junto a la cual se pueda encontrar el olvido.

De pronto, en la calle se oye el claxon de un coche, tres toques seguidos. Probablemente sea una señal convenida. Los dos se sobresaltan, la expresión de sus rostros adquiere un matiz angustiado. Se miran durante un último instante hasta deshacerse como si en el fondo de sus miradas hubiera el mismo naufragio. Después él acaba de vestirse con premura y ella se enfunda una cazadora de aviador, masculina, de una talla demasiado grande que le da un aire soñador y aventurero igual al de aquellos jóvenes brigadistas que recorrieron las líneas del frente en el terrible invierno de 1937. Antes de salir de la casa, la mujer recoge tres cuadernos de tapas duras que están apilados en una esquina de la mesa y los coloca cuidadosamente en su bolsa de viaje. Mientras pasa la cremallera le dirige a él un gesto cómplice como si se tratara de un pacto o una misión secreta, algo que sólo ellos saben. Puede que sean informes confidenciales, cuadernos de a bordo, diarios íntimos, o quizá sean escritos que aspiran a convertirse en una especie de apuesta contra el tiempo. Puede que alguna vez en la sórdida noche de una ciudad extranjera, alguien encienda un cigarrillo y relea esas libretas y apure la última copa y teclee compulsivamente en una máquina de escribir. Puede que lo que escribe acabe por ser una novela, pero eso ¿quién podría saberlo? Después cierran la puerta con un golpe seco y bajan apresuradamente las escaleras.

Un Peugeot blanco espera aparcado frente al portal. Acomodan el equipaje en el maletero. El hombre que está sentado al volante recuerda al otro muchacho de la fotografía. Tiene la misma expresión amable y aniñada, a la que contribuye un ligerísimo estrabismo, aunque ha engordado y las entradas de la frente son más pronunciadas. Los otros lo saludan con un ademán de camaradería antes de subir al coche. Hay restos de lluvia sobre el asfalto y las calles por las que transitan empiezan a llenarse del tráfico matinal, de autobuses rojos con las ventanas empañadas, de hombres y mujeres que caminan deprisa por las aceras y entran y salen de los comercios. Los árboles de las plazas están decorados con bombillas y bolas de cristal. Toda la ciudad tiene un brillo de celofán. Pero es una ciudad como cualquier otra, en la que también hay que defenderse del miedo. Atraviesan la avenida principal y a continuación enfilan hacia los barrios periféricos, dejando atrás la gasolinera, el polideportivo, el concesionario de Citroën, las naves industriales de la fábrica de lámparas y los hangares abandonados de una antigua metalurgia. La luz ya no es crepuscular, ni naranja, ni gris sino de un color desleído y fugaz como las nubes que surcan velozmente el cielo. A la altura del kilómetro 12 toman la desviación hacia el aeropuerto. En la radio, el locutor del informativo informa que la capital croata de Zagreb ha sido bombardeada durante toda la noche por aviones de combate y fuego

de blindados.

En la siguiente escena, los tres amigos caminan abrazados por el vestíbulo del aeropuerto, la mujer en medio, y los dos hombres en los extremos, igual que en la fotografía. En la terminal hay un gran abeto de Navidad con un letrero luminoso que pone «felices fiestas» en distintos idiomas. Facturan el equipaje y entonces uno de los hombres, el que conducía, se despide inesperadamente, como si fuera algo que acabara de decidir de improviso. Tal vez no le gusta prolongar demasiado los adioses o a lo mejor lo hace por gentileza, quizá piensa por alguna razón que debe concederles a los otros dos una mayor intimidad en la despedida. Se inclina en una casi imperceptible reverencia poniendo a la vez su mano derecha abierta sobre el corazón, con el mismo gesto augusto con el que se juran lealtad los tuaregs, los cabilas y todas las tribus bereberes del norte de África. La mujer sonríe y repite el mismo saludo, dando a entender que ha reconocido una antigua contraseña. Después lo sigue con la mirada hasta que desaparece tras las escaleras mecánicas que conducen al aparcamiento del piso inferior. Por las vidrieras del aeropuerto entra ahora una luz reverberante. El sol ha salido repentinamente de una nube y su brillo destella contra todas las superficies, el mármol pulido del suelo, el aluminio de los mostradores, las cabinas de cristal, pulverizándolas con regueros de chispas. La mujer rubia y el hombre que la acompaña atraviesan solos el pasillo hacia la puerta de embarque. Mientras avanzan él lleva las manos hundidas en los bolsillos y va silbando un *blues*, probablemente lo haga para diluir la tensión de la despedida o para no tener que pensar. Pero ella se sobresalta al identificar la melodía y lo observa como si de repente le recordase a otra persona. Tal vez siente que ya lo ha amado antes, en el enigma de otro hombre, con otra edad, en otro tiempo y ese sentimiento de naturaleza indefinida va extendiéndose por sus ojos como la pólvora. Se detienen unos metros antes de llegar al detector de metales. Están así, de pie en silencio, sin decir nada, la cercanía de los cuerpos hace más intensa la frontera entre ellos, el espacio en el que desisten del contacto físico. Sólo se miran como si los dos acabaran de darse cuenta de que hay cosas que pasan por última vez. En ese gesto, de pronto gravita todo el pasado pero no de un modo continuo sino detenido, como si a partir de ahí no fuese a ocurrir nada más. Las novelas tienen siempre un principio y un final, pero quizá esto no sea una novela sino una historia y las historias no empiezan ni acaban. Solamente suceden.

Después de ese instante de inmovilidad en el que transcurren edades geológicas, ella mira instintivamente el reloj e insinúa apenas una sonrisa a la vez que hace un movimiento lívido con la mano, dejándola abierta, suspendida en el aire. Después se da la vuelta y empieza a caminar lentamente, con una mezcla de pereza y arrogancia. Él enciende un cigarrillo y mientras la observa alejarse piensa que se mueve exactamente como una pantera antes de atacar. Al cabo de unos pasos ella se detiene, mira hacia el suelo y se gira repentinamente, movida por un resorte interior. Él la observa conteniendo el aliento como todos los hombres que saben lo que quieren pero

serían capaces de dejarse morir antes de pedirlo. El altavoz anuncia el último aviso para los pasajeros del vuelo 427 de la compañía Iberia con destino a Londres. Ella continúa su camino dubitativa y está a punto ya de dejar su bolso de mano en la cinta transportadora. El guardia civil del control la observa con cierta suspicacia. Entonces ella mira de nuevo hacia atrás, pero en sus ojos hay ahora una ciega determinación, un brillo distinto, salvaje, una voluntad inquebrantable que sólo poseen aquellos que están condenados a vivir en el pasado. Introduce desafiante la mano dentro del bolso como si fuera a sacar algo. Él la observa con una expresión de ironía suicida, de elegante resignación, quizá intuye lo que está a punto de suceder o tiene una especial facultad para presentir la muerte. Parece incluso que estuviera diciéndole con los ojos: «Dispara, me harías un favor». Así es como él la ha amado siempre. Y en ese preciso momento suena un impacto conciso y seco.

La luz exterior se tamiza pasando del oro al gris y después al púrpura. Aviones plateados cruzan el cielo con la ligereza de las aves migratorias y se pierden en la lejanía, más allá de los lugares sin nombre.

Desde el otro lado del control, ella esboza una sonrisa estrictamente asesina, de fugitiva sin patria, de mujer sin futuro, de ángel vengador enmendando demasiado tarde los errores del destino, con un ligerísimo matiz cómplice en la comisura de los labios, esa clase de complicidad que sólo concede el haber visto las mismas películas, haber leído las mismas novelas, haber soñado la misma historia. Y a continuación guarda de nuevo la cámara fotográfica en el bolso.

Mientras se dirige apresuradamente hacia la puerta de embarque con el pasaporte en la mano, se jura a sí misma.... Siempre se está jurando a sí misma más cosas de las que puede cumplir.



SUSANA FORTES (Pontevedra, 1959) es una escritora y articulista española.

Licenciada en Geografía e Historia por la Universidad de Santiago de Compostela, y en Historia de América por la Universidad de Barcelona, combina su pasión por la novela con el trabajo como profesora en Valencia, en el Instituto Sorolla. Ha dado clases de español e Historia del arte y conferencias en Estados Unidos (Luisiana y California).

Es autora de diversas novelas. Su primera novela *Querido Corto Maltés* ganó el premio Nuevos Narradores 1994. Su obra más destacada es *El amante albanés*, con la que quedó finalista del Premio Planeta en su edición de 2003. En ambas novelas se desarrolla una historia de amor, en la primera inserta en la dictadura franquista y la segunda desarrollada bajo la albanesa de Enver Hoxha. Su obra se caracteriza por bordear el género policíaco. También es articulista en diversos medios relacionados con la literatura y el cine, al que considera muy vinculada su obra: «es como si tuviera interiorizada la sintaxis del cine en la literatura».

Es hija del escritor Xosé Fortes Bouzán y hermana del periodista de TVE Xabier Fortes.